

Eduardo Caballero Calderón

el
cristo
de
espaldas

PQ8179
C11C93

I^{er.}

FESTIVAL DEL LIBRO
COLOMBIANO



PQ8179
.C11C93

J. NOE HERRERA
SALES OF COLOMBIAN BOOKS
APARTADO AEREO 12053
BOGOTA, COLOMBIA



EL HOMBRE QUI LEE, VALE MAS



EL CRISTO DE ESPALDAS

BIBLIOTECA BASICA DE CULTURA COLOMBIANA

Dirigida por EDUARDO CABALLERO CALDERON

Comisión Organizadora: ALBERTO ZALAMEA, Presidente

PRIMERA SERIE

- 1.—José María Cordovez Moure, *REMINISCENCIAS DE SANTAFE Y BOGOTA.*
- 2.—Tomás Carrasquilla, *SUS MEJORES CUENTOS.*
- 3.—Eduardo Zalamea, *CUATRO AÑOS A BORDO DE MI MISMO.*
- 4.—Eduardo Caballero Calderón, *EL CRISTO DE ESPALDAS.*
- 5.—Hernando Téllez, *SUS MEJORES PROSAS.*
- 6.—*LOS MEJORES CUENTOS COLOMBIANOS.*
- 7.—*LAS MEJORES POESIAS COLOMBIANAS.*
- 8.—Jorge Zalamea, *EL GRAN BURUNDUN-BURUNDA HA MUERTO.*
- 9.—García Márquez, *LA HOJARASCA.*
- 10.—Germán Arciniegas, *EL CABALLERO DE EL DORADO.*

SEGUNDA SERIE

en preparación

E. CABALLERO CALDERON

LIBRARY PRINCETON

JUN 26 1961

EDUCATIONAL

EL CRISTO DE ESPALDAS



EL HOMBRE QUE LEE, GANA MAS

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO COLOMBIANO
ORGANIZACION CONTINENTAL DE LOS FESTIVALES DEL LIBRO
Caracas - Bogotá - Lima - Quito - La Habana - México -
Río de Janeiro.

COMPAÑIA GRANCOLOMBIANA DE EDICIONES S. A.
Representante autorizado de la Organización Continental
de los Festivales del Libro.

Todos los derechos reservados para la Editora Latinoamericana S. A. de Lima, Perú, representante autorizado de la "Organización Continental de los Festivales del Libro", Bogotá, Colombia. Las palabras "Biblioteca Básica de Cultura", seguida de calificativos de nacionalidad; así como la frase "Festival del Libro", antecedida por correlativos y seguida de calificativos de nacionalidad, se reservan íntegramente, en todos los países de América Latina, incluyendo derechos de traducción y adaptación, para Editora Latinoamericana S. A. y la Organización Continental de los Festivales del Libro.

“En aquel tiempo: Dijo Jesús a sus discípulos: Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos; por tanto habéis de ser prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Recatáos, empero, de los tales hombres; pues os delatarán a los tribunales, y os azotarán en sus sinagogas; y por mi causa seréis conducidos ante los gobernadores y los reyes para dar testimonio de mí a ellos y a las naciones. Si bien cuando os hicieren comparecer, no os dé cuidado el cómo o lo que habéis de hablar, porque os será dado en aquella misma hora lo que hayáis de decir; puesto que no sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros. Entonces un hermano entregará a su hermano a la muerte, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir. Y vosotros vendréis a ser odiados de todos por causa de mi nombre; pero quien perseverase hasta el fin, éste se salvará”.

(MATEO, X, 16-22).

CAPITULO I

LA NOCHE DEL JUEVES

DESDE la boca del monte, sobre un barranco negro tallado por la lluvia, bruñido por el viento cortante que soplaba con fuerza, se veía allá abajo el estrecho valle iluminado por un rayo de sol. Una mata de frailejón, peludo y gris como la oreja de un burro, brotaba entre las grietas del barranco. Su flor amarilla tiritaba mecida por el viento. A la orilla de un río que espejeaba en su lecho de rocas, resplandecía el pueblo en medio del valle, blanco, limpio, luminoso. La torre de la iglesia era la flor del frailejón, apuntando al cielo lechoso del páramo, que cernía la luz de las primeras estrellas.

Fue un instante nada más, porque de pronto cayó la noche y un vapor frío y pegajoso disolvió los contornos y los perfiles de las cosas. Tornó a ventear, y la llovizna que había dejado de caer un momento, repicó en los flancos humeantes de las mulas y en el cuero tieso de los zamarros. En el fondo del valle, ahora negro como un abismo, comenzaron a parpadear unas luces.

—Ya prontico llegamos. Falta una legua de camino, —dijo el sacristán cuya voz baja y opaca rasgó los oídos del cura como la espada de una mata de fique. Sacudió éste las riendas de la mula, se arropó en el bayetón que tenía un rústico olor a oveja, se caló el sombrero cubierto con un forro de hule, y se entregó dócilmente a la caprichosa voluntad de la bestia. Esta se dejaba ir por el sendero abajo, con paso duro y cauteloso. El sacristán, que venía detrás con las alforjas y la maleta del cura atravesada en la delantera de la enjalma, encendió un cabo de chicote. Un humo apestoso, empujado por el viento, llegó a las narices del cura.

—¿Es grande el pueblo? — preguntó.

—¿Qué dice sumercé?

—¿Es grande el pueblo?

—¿Qué?

—¿Que si es grande el pueblo?...

—El viento no me dejaba oír... ¿Grande el pueblo?...
Allá lo verá sumercé...

Y no dijo más. El viento se ensañaba con el sombrero del cura y mordía furioso las vueltas del bayetón. La llovizna se filtraba por entre el embozo del abrigo y el cuello de la sotana, y le clavaba agujas en la frente. A veces se oían ladridos entre la niebla. Otras veces la mula paraba en seco, sacudía la jáquima, estiraba las orejas y resoplaba largamente. Dos lucecitas verdes y amarillas cruzaron raudas a lo ancho del camino, entre barranco y barranco.

—¿Hay venado en estas montañas?

—¿Cómo dice sumercé?

—¿Hay venado?

—¿Venados?... ¡Ave María Purísima!... Eso que vio pasar la mula fue un difunto, un alma bendita...

—¿Un alma bendita?

—O en pena, que es lo mismo. Aquí en la boca del monte, que llaman el Alto de la Cruz, han despachado para el otro toldo a mucha gente... A mucha gente en-diablada...

La mula sacudió los aperos, corroborando las palabras del sacristán; meneó las orejas, despidió dos chorros de vapor por las fauces, y se dejó ir otra vez bambolean-te, con las patas tensas, por el camino abajo. El sacristán le alargó al señor cura un frasco de aguardiente, para que se calentara en aquel trance. El camino parecía abierto a machetazos en los barrancos del páramo. Estaba salpicado de cantos rodados que sacaban chispas a los cascos de las mulas, cuando tropezaban con ellos. Descendía en espiral, con tan malos pasos en algunas partes, que temía el cura romperse la crisma contra la arista de una roca que sobresalía del talud, y hasta creyó rodar a veces monte abajo, con todo y cabalgadura, al fondo del abismo. ¡Virgen Santísima! mascullaba entonces para darse ánimos, y se santiguaba por debajo del bayetón.

Los cascos de la mula repicaban ahora en un empedrado duro y desigual, más plano y abierto que el camino. A lado y lado de las orejas del animal, bordeando aquello que debía ser un callejón, blanqueaban vagamente las tapias de unos solares. Grandes manchas de follaje sobresalían de las bardas. Una luz mortecina, de vela y no de bombilla, alumbraba apenas en la esquina de la plaza la vitela de un santo que estaba en una hornacina.

—¿No hay luz eléctrica en el pueblo?—, preguntó el cura.

—¿Luz eléctrica, dice sumercé?... ¡De eso no hay por aquí!... ¡Para la falta que hace!

La plaza se abría enorme, difusa, silenciosa, limitada por paredones que clareaban entre las sombras. La mole de la iglesia irrumpió de pronto ante los ojos del cura, en un momento en que la luna de invierno logró asomar el rostro entre dos pesados nubarrones, para esconderse en el acto. Tornó a llover. La mula, sin que el jinete tuviera necesidad de requerirla con las riendas, dio un respingo y se paró en seco. Un perro que salió de algún rincón de la desierta plaza, se acercó al grupo para husmear y saludar a los viajeros. Ladró un momento, y luego calló aburrido.

—Ahora sí estamos en la casa. Tenemos que entrar por la iglesia, pues como la casa cural no tiene chapa ni llave, toca cerrarla con un tranquero por dentro. ¿No sabía sumercé? Pero desmóntese su reverencia, que yo le tengo el estribo. No hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo resista, y ya llegamos. Voy a abrirle la puerta de la iglesia. Por todas partes se va a Roma, decía el señor cura viejo que se fue, y por aquí también podemos colarnos a la casa... ¡Si no lo sabré yo! ¡Cuarenta años de sacristán en este pueblo!

A la lumbre del chicote, entre dos chupones que le avivaron la candela, columbró el cura la cara del sacristán, embutida entre el jipa y la ruana, erizada de pelos hirsutos y abierta de oreja a oreja por un machetazo feroz que dejaba al descubierto hasta las muelas cordales. El señor cura sintió más repugnancia que espanto, como cuando lo vio aquella mañana por primera vez.

Con lúgubre chirrido se entreabrió la portezuela empujada en el paredón de calicanto, al lado de la puerta central. El cura, precedido por el sacristán que había encendido una cerilla para alumbrarle el camino, penetró en aquella cueva helada, que repetía desmesuradamente el ruido de los pasos. En el altar mayor, muy lejos, había una claridad difusa.

—¿No hay lámpara en el altar mayor? ¿No está el Santísimo?

—No sumercé, no está, porque el señor cura viejo que se fue para el pueblo de abajo —¡lástima grande de hombre!— consumió ayer en la madrugada todas las formas, por si sumercé tardaba en llegar y quedaba la iglesia sola por varios días... ¡Arre!... ¡Me estaba quemando los de-

dos! Voy a encender otro fósforo. ¡Soplan aquí unos ventarrones del lado del coro, que está sin vidrios! Y eso que una vez los tapé con unos costales...

—¿No hay vidrios en los ventanales?

—El señor cura viejo tenía la idea de hacer un bazar para reunir con qué comprarlos. Hasta ahora, son meras esperanzas...

—¡Entonces, sigamos!

Y tropezando a veces con una banca que gemía al despertar de un sueño sepulcral, y otras cayendo de bruces en las gradas podridas de un confesonario, con los brazos tendidos hacia adelante para tantear los obstáculos, el cura seguía en pos del sacristán, que agitaba las gruesas llaves de vez en cuando para orientarlo en las tinieblas. Pasaron por un túnel largo y estrecho que olía a moho y debía ser la sacristía, pues estaba lleno de trastos que crujían de pronto, cerrando el paso. Por una puertecilla tan baja de umbralado que fue necesario agacharse para franquearla, salieron a un corredor o pasadizo, de tierra apisonada y resbalosa. A trechos tendría charcos y hendeduras, porque los pies del cura chapoteaban sonoramente entre el barro. Una gallina que empollaba en las vigas del techo, al sentirlos sacudió las alas y cacareó un momento. En un rincón del corredor se oyó el gruñido de un perro, que al olfatear al sacristán y oírse llamar por su nombre, volvió a dormirse. Una canal rota goteaba sobre un tarro de lata. Al final del corredor, tras una puerta de madera cuyas hojas batían golpeadas por el viento, se encontraba la alcoba destinada al párroco. El *Caricortao* encendió una nueva cerilla, mascullando maldiciones entre los dientes, y la arrimó a un mechón de sebo que ensartado en una botella de cerveza se encontraba sobre una mesa de palo. Este trasto, con la cuja que se veía en el rincón y la silla de estera desfondada que estaba junto a la cuja, componían el mobiliario de la alcoba. El señor cura tiró del cajón de la mesa, para guardar la cartera de sus papeles que no había querido desamparar en todo el camino. Antes la abrió con mucho tiento, y extrajo una cubierta grande, pesada, sellada con lacre.

—Toma; me la dieron de parte del señor gobernador, para el señor alcalde. Prefiero que la entregues esta misma noche, si no es muy tarde, porque me dijeron que es cosa importante. Dile al alcalde que mañana iré a verle.

El sacristán agarró la cubierta con la mano que tenía libre, y se la puso entre los dientes, para levantar con ambas manos y sin estorbos la maleta del cura. La

descargó de un solo golpe sobre la mesa, y como un tintineo metálico saliera del cajón, el cura acercó la vela para ver lo que había.

—¿Qué cosa es ésta?

Por un momento cruzó por su mente el pensamiento de que aquello no podía ser sino un cilicio, y las manchas negruzcas de sangre seca que tenía en las puntas, debían provenir quizá de las carnes atormentadas del párroco viejo. Se enterneció casi hasta verter lágrimas, por ser hombre sensible a los dolores ajenos, y dijo con voz pausada, para dominar el temblor que podría destemplantarla:

—¿Qué cosa es ésta?

—¿Eso?... ¿Que qué es eso, dice sumercé?... ¡Pues la espuela del señor cura viejo! ¡Y la falta que le habrá hecho en esos tremedales del páramo, donde se entierran las mulas hasta la cincha y hay que sacarlas a espolazos! ¡Las maldiciones que me echó porque no encontré la bendita espuela!

El sacristán se tocó el ala del jipa con dos dedos y dijo:

—Mañana vendré temprano a tocar las campanas para la misa de cinco. Si recordará su reverencia que es primer viernes. A las seis debe llegar la boba para barrer la casa y preparar el desayuno. Por la tarde tenemos Rosario con Bendición. Pasado mañana, que es sábado, hay confesiones y doctrina para los chicos de la escuela. Si algo le falta a sumercé, mañana me lo dice... ¡Ah! Ya se me estaba olvidando... A yo me puede llamar el *Caricortao*, que es como todos me mientan... Y buenas noches, y que sumercé descanse. Voy corriendo a llevarle ese papel al alcalde.

—Dios te lo pague —dijo el cura tendiéndole un billete que el otro le rapó casi de la mano y se lo guardó presto en la faltriquera, debajo de la ruana. El cura dio un suspiro de alivio. Se encontraba solo, solo con su alma, más solo que nunca lo hubiera estado a todo lo largo de su vida, que no lo era, pues apenas llegaba a los veinticinco años.

Con la mezquina ayuda de la vela, que no tardaría en consumirse, hizo una minuciosa inspección de la habitación donde habría de dormir años y años, según pensaba, hasta encorvarse y envejecer y tal vez morir cualquier noche tirado en aquel camastro. El cual estaba cubierto con una sábana pegajosa, una almohada dura de tamo y dos frazadas rojas que despedían un olor a ropa sucia y sudada. Haciendo de tripas corazón y dominando el cansancio que le encalambraba las piernas, se desvistió a pri-

sa y se arrodilló al pie del lecho. Pensaba dormir de un tirón una vez despachados las oraciones y el oficio. Dormiría hasta la madrugada, sin despertar un momento, derregado por el sueño y el cansancio.

Girones de imágenes, nieblas paramunas y ventoleras, cruzaban de prisa ante sus ojos. Veía al *Caricortao* esperándolo en el pueblo de abajo, a la orilla de la carretera... Y el áspero camino, cortado por peñas y precipicios que daban vértigo... Y la llovizna que le golpeaba el rostro... El cansancio le entumecía las piernas... Pasaba raudo el grupo amable de los seminaristas y los sacerdotes que fueron sus profesores y directores en el Seminario. El día de ayer lo despidieron con lágrimas en los ojos... Y ahora volvía este dolor tenaz, sordo, en las corvas y la cintura... La lluvia seguía cayendo, y una gota insistente, pesada, monótona, golpeaba en el tarro de lata, en el corredor...

—¡Pensar que era una espuela! —sonrió amargamente.

Un ruido irregular se escuchaba del lado de la maleta que permanecía abierta, medio vacía, sobre la mesa. Pensó que los ratones cenarian con su cepillo de dientes... ¡Bah! ¡Qué importa!... En aquel momento la vela se esponjó en un postrer resplandor y se apagó de golpe. Una racha helada golpeó las batientes de la puerta. Arrodillado al pie de la cama, el cura, vencido a medias por el sueño pero sin poder al mismo tiempo dominar el torrente de sus pensamientos, comenzó a rezar el Rosario...

El *Caricortao* había salido de la iglesia, y una vez en el atrio, tomó las mulas por el ronzal para llevarlas a beber a la pila, antes de soltarles a que pasaran la noche paciando en la plaza. Era demasiado perezoso para ocurrírsele llevarlas al potrero. En aquel momento brilló la luz de una linterna en la ventana del alcalde, y se escuchó un silbido.

—¡Ya voy, mi amo! No le dejan a uno ni respirar—, masculló entre dientes.

Luego de beber dos o tres sorbos de agua en el chorro de la pila, y limpiarse la hirsuta barba con una punta de la ruana, arrastrando los pies se encaminó hacia el alcalde. Un hombre de mediana edad, rostro abotargado, barba descuidada, ojos legañosos, más dientes desportillados en la boca, asomó la cabeza por entre el hueco dejado en la ventana por un vidrio roto.

—¿Qué tal? —dijo—. ¿Cómo te pareció el cura?

El sacristán chasqueó la lengua contra el paladar y menéo dubitativamente la cabeza.

—Asina no más, sumercé... ¡Muy mocito!... Tendrá veinticinco años.

—¡Ajá!... En pocos días lo amansaremos y lo pondremos a comer sal en la mano... ¿Me trajo la carta?

—Aquí mismito la tiene, sumercé. Advirtió el señor cura que era muy importante, y agregó que mañana pasaría a verlo... Se me ha metido en la cabeza que son las cédulas que sumercé estaba esperando...

—Tú cállate. ¿Qué te importa lo que venga en la carta? ¡Y lárgate pronto! Ahora no corras a llevarle el cuento al notario...

—Como el señor notario también estaba esperando las cédulas... ¿Y sumercé no ha visto todavía al hijo de don Roque Piragua?

—¿Quién te contó que había llegado?

—Entonces sí era el hijo de don Roque Piragua el que llegó esta tarde.

—Y tú, ¿qué sabes? ¿Pero por qué lo sabes?

—Me contaron allá abajo, en el otro pueblo, que había contratado una bestia en la madrugada para subir al Alto...

—¡Pues yo no lo he visto! Hoy mismo le hice notificar por el secretario que sólo podría permanecer dos días en este pueblo, mientras liquida la herencia. ¡No queremos rojos en el pueblo! El notario anda en esas cosas... Lo estoy esperando...

—Y el viejo don Roque, ¿no ha dicho nada?

—Yo qué sé... Ahora, ¡lárgate!... Aunque no, espera un momento. Corre hasta la tienda de la plaza de abajo, y ves si ya salió el notario de la casa de don Roque...

Un bulto negro se deslizó pegado a las paredes, tanteándolas con las antenas de los brazos, y a poco llegó ante la ventana del alcalde el propio señor notario. Era bajo de cuerpo, viejo, achaparrado, y usaba unas gruesas gafas de aro de plata, porque era muy cegato.

—¡Por Dios, compadre! ¿Cuándo tendremos luz eléctrica en este pueblo? Ya la tienen todos los de la provincia, hasta los más infelices, menos éste. Por poco me descalabro contra los barrotes de la cárcel, allí en la esquina...

—¿Y cómo le fue, compadre?

—Ahora lo verá, compadre... ¿También estás tú aquí, *Caricortao*?

—En este momentico me iba a buscarlo a sumercé, por orden del señor alcalde...

—Entonces, ¿llegó el nuevo párroco?

—Lo dejé ahorita mismo en su casa.

—¿Viejo... joven... simpático... taimado?

—Para decir, verdad, muy poco habla. Es jovencito. Así, por encima, por lo que pude catear entre dos luces, no tiene el temple del señor cura viejo. ¡Quién sabe si será de los nuestros! ¡Eso Dios lo sabe!

—Ahora, vete... ¡Vete pronto!... Tengo que hablar dos palabritas con el compadre antes de recogerme, que ya es tarde... ¿Qué te quedas mirando? ¡Lárgate, he dicho! Luego me avisarás lo del mandado... Mejor mañana.

El sacristán, mohino, se arremangó las perneras de los pantalones y sin prisa se adentró en las sombras de la plaza, dio vuelta a la esquina y se perdió en la noche.

—¿Y qué hubo, compadre?

—Ahora lo verá, compadre... Ya quedó todo arreglado. De allá vengo, y don Roque y el Anacleto leyeron y firmaron las escrituras. La herencia de la madre de Anacleto vale unos cuarenta mil pesos, según mis cálculos: la casa de la plaza de abajo, que es de las mejores del pueblo; la estancia de Agua Bonita, en el Alto de la Cruz, que da muy buena papa cuando no hiela; dos vacas, el caballo tuerto... Las ovejas sí son de don Roque.

—¿Y la tienda hace parte de la casa?

—El local también es de Anacleto, pero las mercancías son de don Roque, y para decirle verdad a mi compadre es la tienda mejor surtida del pueblo. ¡Me río de la de Rafo!

—¿Y pudo hablar de aquellito con el muchacho, compadre?

—Sí, señor, pude hablar con él. Tenía un tufo que botaba de espaldas, pues se olía a leguas que había estado bebiendo toda la tarde...

—¿Con mi secretario, claro! Alguien me dijo que estuvieron de piquete donde las gordas...

—Como ante todo lo que quiere es dinero contante y sonante, me dijo que estaba dispuesto a venderle a mi compadre toda la herencia por veinte mil pesos: una mitad de contado y la otra mitad con letras. Tal como convinimos con don Roque...

—¡No está mal, no está mal! Sólo que mi compadre tendrá que escribir esas letras, y conseguir el fiador,

porque yo poco entiendo de esas marrullas de las leyes. ¿Y cuándo se va el muchacho?

—Mañana por la noche, en recibiendo la plata, porque la escritura de venta aquí la tengo ya firmada y en regla... ¡No se quejarán don Roque ni mi compadre!

—Mañana celebraremos el negocio con un piquete en la quebrada, que nos ofrece el viejo donde las gordas, apenas despachemos al muchacho. He resuelto hacerlo acompañar por los dos guardias del municipio hasta el pueblo de abajo, porque me ha entrado espina de si no va entrevistarse con los bandidos que andan escondidos en Llano Redondo, por cuenta del Pío Quinto...

—¡No me diga, compadre! ¿De manera que todavía anda suelto ese bandido? ¡Parece mentira la debilidad de estos gobiernos!

—Pues el Pío Quinto Flechas está muy campante en el otro pueblo, mangoneando a los rojos que sacamos de aquí. Pero ya verán... ¡Allá les mandamos al cura viejo, que es muy zorro...! Por el camino se enderezan las cargas, compadre. Arrieros somos y en el camino nos encontramos.

—Así será, compadre. Y pasando a otra cosa: ¿no mandó el señor cura una carta para don Roque Piragua? Son las cedulitas que estábamos esperando...

—Mandó una carta, sí señor, pero no para don Roque, sino para mí. Eso de las cédulas lo conversaremos más tarde...

—Entonces mañana hablaremos, y si mi compadre quiere, cuando venga el señor cura me manda llamar y yo le diré después cómo me pareció el nuevo párroco. ¿Me presta su candela para encender este cigarro? ¡Gracias, gracias! Ya me voy, porque otra vez está lloviendo y la vieja no se duerme hasta que yo no llego. ¡Maldito páramo!

—Y diga, compadre... ¿Se amistarón don Roque y el Anacleto?

—No se dijeron esta boca es mía, como si no fueran ni prójimos. El viejo no le perdonará nunca al muchacho el haberle salido rojo. Conmigo sentía hasta vergüenza, y apenas se atrevía a mirarme. El muchacho salió a su tío, y es muy insolente. Cuando me despedí de ellos, que ambos firmaron las escrituras sin mirarse, el viejo subió renqueando las escaleras para acostarse en la pieza de arriba, y el Anacleto se quedó en la de abajo, para dormir sobre el mostrador de la tienda... Yo tengo miedo... Se

me ha metido en la cabeza... ¡No sé si debería decirselo, compadre!

—¿Miedo?

—¡Miedo de que ese rojo bandido del muchacho mate un día de estos a don Roque, que es tan buen godó! ¡Tan buen godó! Recuerde, compadre, que cuando don Roque echó al muchacho de la casa, hace tres años, éste juró que cualquier día volvería a vengarse...

—De veras... ¡Ya no me acordaba!

—Gracias a Dios se va mañana el Anacleto... ¡Ave María Purísima!... ¡Haberle salido rojo ese muchacho! Es lo que yo digo: cualquier día lo mata, porque de estos rojos no hay que fiarse... Diga una cosa, compadre: ¿no sería bueno que esta noche le mandara los guardias? En fin: son aprensiones mías... ¡Buenas noches, compadre!

—¡Buenas las tenga, compadre!

El cura, asaeteado por una legión de chinches que habían practicado ayuno con abstinencia durante varios días, y un ejército de pulgas que tenían hambre atrasada, no pegaba los ojos. A tientas buscó entre los bolsillos de la sotana, que tenía doblada sobre el espaldar del asiento, una caja de fósforos. Cuando al fin la halló, restregó el primero en el suelo, y afanosamente se dió a husmear por los rincones y en el cajón de la mesa para ver qué encontraba para alumbrarse. En el cajón halló un cabo de vela, que colocó en la botella con grandes precauciones, para resguardarla del viento. Luego, tiritando, se arropó en el bayetón que todavía húmedo colgaba de la cabecera de la cama. ¡Todo sea por el amor de Dios!, dijo para sí, e intentó rezar su Rosario. En su reloj eran las once de la noche, y la llovizna continuaba cayendo. Quería concentrar su espíritu en el rezo, pero la voluntad se le escapaba como agua en cedazo. La rasquiña de las ronchas y el dolor de las corvas y la cintura, no le daban reposo. Tenía medio cuerpo en ascuas, y medio helado. Era un hombre joven, de cuerpo alto y enjuto, endurecido en voluntarias privaciones. Una seriedad prematura abría dos pliegues paralelos en mitad de su frente, que era muy despejada; pero sus ojos negros y muy vivos tenían una mirada irónica y risueña, como de niño. Porque este varón fuerte padecía de una tentación que solía perturbar el curso plácido y exaltado de su rica vida interior, y era que veía el lado flaco de las personas, y el aspecto ridículo de las cosas, y la paradójica contradicción que existe entre las ideas y los hombres que las profesan, y los sen-

timientos y los ojos a que se asoman. Prescindiendo de esta particularidad de su carácter, que podría atribuirse a su extrema juventud, era un hombre muy digno. A veces lo desalentaba y aun lo llenaba de vergüenza la pretensión de alcanzar la perfección de los santos. Mas es lo cierto que en lugar de la sabiduría a que lo destinaban sus maestros del Seminario, preferiría conquistar la paz que se promete en este mundo a los verdaderos ascetas. Por eso resistió visiblemente la tentación de viajar al Pío Latino de Roma, cuando sus superiores, interesados en el desarrollo de su inteligencia grave y penetrante, le ofrecieron una beca en el famoso instituto. Al ordenarse, hacía seis meses escasos, pidió al obispo que le enviase al último curato del país, el más remoto y anónimo, aquel que siempre destinaron en las diócesis a los curas viejos y rústicos, que se convierten a la larga en torpes campesinos con sotana para quienes las órdenes sagradas más que sacerdocio son oficio. Fueron vanos los esfuerzos que hizo el obispo por disuadirlo de aquella idea, pues el joven sacerdote tenía talento para la oratoria sagrada y una feliz disposición para las letras divinas. Hundirlo en un pueblo sería perderlo para destinos más altos en la ciudad, donde tanta falta hace un clero docto.

—Precisamente para alcanzar la perfección que deseo debo humillarme y ser el menor de todos; sumergirme en el melancólico purgatorio que es un curato pobre —había dicho el joven sacerdote a monseñor, abriéndole de par en par el corazón como a su propio padre—. No aspiro a una carrera brillante, y sólo sé de la jerarquía porque la obedezco, pero temería disfrutarla. No quiero volver jamás a la ciudad. Deseo simplemente, como lo dice el Evangelio, ser un pastor de ovejas, o si Su Excelencia lo prefiere, un rústico guardián de pobres diablos.

El obispo, que vio en aquella tranquila renunciación del sacerdote no una llamada de la vocación divina sino más bien un capricho juvenil, lo envió sin entusiasmo a ese pueblo casi desconocido y perdido entre las nieblas de la cordillera, rodeado de páramos, precipicios y calveros, y poblado de gentes que viven de cuidar ovejas, engordar cerdos y cosechar cebada.

—Dios te lleve con bien —le había dicho el obispo al despedirle dos días antes—. Sigue el camino recto que es muy estrecho, sin mirar a los lados para no dejarte tentar por las cosas mezquinas y los vanos halagos, entre los cuales hallarías los cardos de la maledicencia y sobre todo los abrojos de la política. En ese pueblo, si bien es

cierto puedes encontrar el paraíso espiritual en el silencio, la soledad, la ausencia del mundo, la simplicidad de las costumbres y la sencillez aldeana, también puedes caer de bruces, sin saber a qué horas, en un infiernillo de pequeñeces. Para mí eso sería más terrible y doloroso que luchar contra un infierno de cosas grandes. Ya soy viejo, poco leo porque con la edad he perdido casi completamente la vista, y mi memoria flaquea aun en aquellas ceremonias que en mi vida he realizado varios miles de veces. No sabría decirte por eso cuál de nuestros Padres dijo que preferiría la muerte en el martirio, a vivir entre gente de corazón duro e inteligencia mezquina, pervertida por la ignorancia de las verdades eternas. Puedes encontrar, repito, tu paraíso espiritual o un infierno espantoso en ese pueblo. Quiera Dios lo primero y te dé fuerzas para combatir lo segundo. Sobre todo, Dios te libre de un purgatorio lento. Para endulzar el dolor y los desengaños, El te dio una sonrisa ingenua, y para perdonar a los hombres te hizo inteligente. Ahora vete, y vete pronto. De viejo he venido a apegarme a las personas, y me duele verte partir porque me asalta el temor de no verte llegar. Y te digo la última palabra para que puedas disculpar este desfallecimiento de mi corazón viejo: nada hay, hijo mío, tan difícil en el camino de la perfección espiritual, como el libertar el corazón del amor a las cosas. Más fácil es olvidar a los hombres que prescindir de ellas. Estoy seguro de que de mí no te acordarás en seis meses. En cambio de la casona amable y dulce del Seminario, de tu celda de sacerdote, de tu primer confesonario, del rincón tibio de la capilla en que rezabas: de eso te acordarás toda la vida, y para ser perfecto, también de eso y por amor de Dios te debes olvidar.

En aquel momento, sintió que la cabeza le daba vueltas, la lengua, seca como una estopa, se le pegaba al paladar. La imagen del obispo se le perdió entre las nieblas. Se levantó trabajosamente de su asiento, temblando de frío, y con manos convulsas buscó el reloj que no recordaba dónde había puesto. Marcaba las once y media de la noche; pero cuando se lo acercó al oído en un gesto maquinal, cayó en la cuenta de que se había detenido. Esto lo hizo pensar que bien podía suceder que la medianoche fuera pasada, caso en el cual, aunque muriese de hambre, y sobre todo de sed, pues no había pasado bocado en todo el día, fuera del aguardiente que le dio el sacristán en el páramo, tenía que vencer su debilidad física mientras pasaba la noche. Si cedía a la

tentación de beber, su primera misa en el aquel pueblo quedaría mancillada por un pobre pecado que no cometen los niños. Seguía lloviendo y la canal rota del patio vertía en el cubo, rebosante, una gota pesada e insistente. Debía ser un agua fría y sabrosa, que podría inundar a raudales su fauces secas y empapar su lengua gruesa y estropajosa en la que se cuajaba la saliva. Mientras paseaba por la alcoba, que era pequeña, de techo bajo y piso de ladrillos rotos y mal pegados, pensaba en uno de sus temas preferidos de meditación, que eran los padecimientos de Jesús crucificado. Y ahora le parecía que ni el dolor de las manos y los pies, taladrados por los clavos; ni la frente rasgada y tumefacta por la corona de espinas; ni los calambres del pecho, distorsionados por los brazos en cruz: nada debió superar aquel tormento de la sed que ahora a él mismo lo devoraba, lo abrasaba, lo encendía en un deseo tan violento y tenaz, que estaba a punto de sucumbir. Varias veces se llegó al rincón del corredor y hundió las yertas manos en la fría agua del cubo y se enjuagó la boca. Los labios, torcidos en un gesto de amargura, tenían un sabor acre, y las carótidas hinchadas palpitaban sordamente.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó el buen cura, con la cabeza contra los ladrillos del piso, tiritando de angustia—. ¡Perdóname! Por la sed que sentiste en la cruz tienes que perdonarme, porque daría mi vida entera por un sorbo de agua.

El notario se arrebujó en su ruana, y tanteando las paredes con una mano mientras tenía la otra bien apoyada en su bordón de guayacán, contorneó media plaza y al llegar a una casa baja y espaciosa que miraba a la iglesia, dio dos golpecitos en la ventana.

—¡Ya voy, ya voy! —gritó una voz chillona desde adentro. Casi al punto se abrió a medias el portón, resguardado con una tranca de madera, y una gruesa señora envuelta en un pañolón de flecos, con una palmatoria en la mano, salió a recibir al notario.

—¿Como te fue?... Y te apuesto cualquier cosa a que no te dio ese sinvergüenza...

—¡Calla, calla, mujer!

—Seguro que no te dio ese sinvergüenza ni un mal trago de brandy... Porque además de infame, porque sabes que es un infame, es roñoso y tacaño como si estuviera en la miseria. La María Encarna me contó que no le había querido prorrogar un día más del mes próximo el arriendo

de esa casumba que tiene sobre el camino, y todo para hacerla abandonar el pueblo y cerrar la tienda, que comienza a estorbarle... ¡Y es una viuda con cinco criaturas a cuestas!

Mientras se desvestía para meterse en la cama, que era de aquellas muy espaciosas de nogal con pesadas patas en forma de garra que sostiene una bola, el notario, fastidiado por la garrulería de su mujer, apenas contestaba.

—Ya te he dicho que no conviene que te metas con esa mujer, con esa desconocida...

—¿Porque es una desgraciada?

—Porque nadie sabe de dónde vino a este pueblo... ¡Y porque es una roja!

—¿Acaño tiene ella la culpa de las que ustedes le achacaban a su marido? ¿También a ella la quieren matar, como a ese pobre hombre que al fin y al cabo, y tú mismo lo decías, no era una mala persona?

—¡Cállate, por favor!

—Si al señor don Roque Piragua, cacique de este pueblo, no le da la gana de que viva aquí una pobre viuda con seis criaturas...

—Dijiste que cinco.

—Lo mismo da. Tú tienes una sola hija, y yo sé que darías tu cargo de notario, y hasta tus esperanzas de llegar a ser magistrado del Tribunal, por no haberla tenido nunca. ¿Me oyes? ¡Nunca!

—Te he pedido por el amor de Dios que no hablemos de eso... No quiero oírlo ni mentar...

—Está muy bien. Hágase tu santa voluntad, pero después no me pidas con lágrimas en los ojos que te muestre su carta, porque acabo de recibir una carta suya...

—¿Recibiste una carta de Belencita?

—Ahora no puedo contestarte.

—Por la Virgen Santísima, Ursulita, no me atormentes... ¿De veras recibiste una carta? ¿Pero cómo ha podido ser, si el correo nacional no llega sino los sábados y hoy estamos a jueves?... Aunque, ¡claro!, debió traerla el *Caricortao*, que llegó esta noche del pueblo de abajo con el señor cura. Pero dime, mujer: ¿El *Caricortao* te trajo la carta?

—¿Ya lo ves? ¿Ya lo estás viendo? Yo siempre tengo razón y tú siempre me contradices.

—No quieres entender que cuanto hago es por tu bien, y por mi bien, y por bien de Belencita...

—¡Lo que no quiero entender es por qué te has entregado en cuerpo y alma a ese diablo de hombre que es don Roque Piragua!

—¿No te he dicho que el viejo está dispuesto, como lo manifestó delante de ti, a imponer mi elección para el Tribunal Superior del Circuito, que será elegido por la Asamblea en el mes de octubre?

—¿No se le atravesará el alcalde en ese empeño?... ¡Mira que el alcalde está pensando en escamotearle los votos a don Roque!

—¡No me hagas reír! ¡El alcalde es un pobre diablo! Además, tendría que renunciar su cargo antes de las elecciones, que ya están encima. ¿Crees tú que él va a meterse en esa aventura? Es una hechura de don Roque, y nada más. Era, como todo el mundo lo recuerda en el pueblo, un mayordomo de Agua Bonita... ¡Un pobre infeliz!... Acabo de hablar con él.

—Lo supe, sí señor, lo supe... Y supe también que se quedó con el sobre que trajo el señor cura para don Roque Piragua. No te lo quiso dar a ti...

—Se me pone que el indio aquel vino a contarte todo.

—¿Y no te llama la atención que el sobre que era para don Roque, fuera a parar a manos del alcalde?

—Eso te lo dijo el *Caricortao*, que no sabe leer. Claro que el sobre venía dirigido al alcalde, aunque tú ya sabes lo que eso significa, porque el verdadero alcalde es don Roque Piragua y el otro no es sino testafarro, su calanchín, su monigote.

—Será lo que tú quieras, pero ándate con cuidado porque una de las gordas, la que es novia del secretario, me dijo ayer cuando fui a comprarle unas mogollitas y un queso de oveja... Ese queso tan bueno, que te gusta tanto... ¿Quieres una tajada?... Ahí te la puse en tu mesa de noche, con un plato de dulce de breva, para tus morideras...

—Gracias, gracias, mujer... Pero, ¿qué dijo la gorda?

—Dijo que muchos piensan que son alcaldes sin serlo, y otras que hoy son novias de secretarios mañana podrán ser señoras de alcaldes. ¿Lo oyes?... ¡De alcaldes! ¿Eso no te está diciendo nada?

—Eso me está diciendo que nuestro pobre alcalde, el Burro, como tú lo llamas... ¡Ah! No vuelvas a decir eso en público jamás... Pues el Burro quiere que le haga las elecciones el secretario, a quien ya postuló de alcalde, para él lanzarse como diputado... Está muy bien... Sólo que una cosa piensa el burro y otra el que lo está enjal-

mando... Una cosa piensa el alcalde, y otra don Roque, que es el que lo manda. ¿Estamos?

—En todo caso, ¡no te descuides! Ya encontraré yo la manera de llevarle el cuento a ese viejo zorro de don Roque Piragua, que ahora anda detrás de otra de las gordas, porque es insaciable... ¡Aunque ese hombre me repugna tanto, que no quisiera ni verlo! ¡Dios me valga! ¡La Virgen de Chiquinquirá me favorezca! ¡Cuántas humillaciones tiene que sufrir una señora honrada, parienta de los Rodríguez del pueblo de abajo, en un chiquero de bandidos como éste! ¡Cuántas lágrimas en silencio! ¡Cuántas penas, cuántos disgustos!... ¡Si ya no puedo más!

—Por Dios, Ursulita, no llores... Estás muy nerviosa y es que seguramente te olvidaste de tomar tu agua de coca... Si quieres, pues no me leas esa carta, y se acabó. ¡Pero no llores, no llores!

—Mañana temprano, en la primera misa, hablaré con el señor cura, que según me contó el *Caricortao* es un hombre joven, y serio, que acaba de ordenarse en el Seminario de la capital. ¡De la ca-pi-tal!... No es cualquier bruto, como el cura viejo que a Dios gracias se fue, porque era un... ¡Dios me perdone!... Porque era un...

—Mira, Ursulita, que tú vas a morir por la lengua, como los peces.

—Dirás por la boca, no seas necio, que es como verdaderamente se dice. Pero no te asustes... Yo sé lo que digo y a quién debo decírselo... Y al nuevo cura, si es un hombre bueno, que yo lo calaré desde el primer momento, ¡se lo diré todo! ¡Todo!

—Te pido por la salvación de tu alma que seas prudente y esperes unas semanas, siquiera hasta el día de las elecciones, porque voy a contarte que don Roque recibió desde el mes pasado una carta del Directorio Departamental en la cual le prometen, a cambio de su voto o el del Anacarsis en la Asamblea por determinado senador...

—¿Cuál senador?

—Yo qué sé... Un señor de ésos de la capital a quien nadie conoce en la provincia... Le promete el Directorio, te repito, conseguir los votos que sean necesarios para que yo, tu marido, de quien dices que no sirve para nada, llegue a ser magistrado en el Tribunal Superior del Circuito... Tenemos, pues, que esperar, aunque ya por lo que te he contado no tendría que esperar nada más... Pero tenemos que ser prudentes... Te digo que esperes

antes de contarle nada al señor cura, a quien ni siquiera conoces, por lo cual no sería extraño que te sucediera lo que te pasó con el otro, con el viejo, a quien le fuiste con tus tristezas y te dejó con un palmo de narices, porque era íntimo de don Roque.

—Ya veremos, ya veremos lo que pasa con éste...

—Y entonces, cuando me elijan, volveremos aquí, no como notarios, ni como alcaldes, ni como diputados... sino ¿lo oyes?... ¡Sino como magistrados del Tribunal Superior! Y con mis ahorros compraré la casa de Agua Bonita, que te gusta tanto... El alcalde, que se piensa quedar con ella, me la venderá por cinco mil pesos.

—¿Cómo así? ¿No me habías dicho esta mañana que con las propiedades del Anacleto se quedaría el alcalde?

—Tú no comprendes esas cosas, mujer. El dinero para comprar las propiedades de Anacleto por la mitad del precio que realmente tienen, se lo dio don Roque al alcalde, con el compromiso formal de que se las devolviera después. ¿Entiendes? Pero sucede que el alcalde no ha firmado todavía esa escritura de promesa de venta a don Roque, y mientras no la firme las propiedades serán tuyas. Esto tienen las escrituras de confianza. A mí me venderá después a Agua Bonita, cuando las cosas se aquieten y se olviden un poco...

—Es un enredo que francamente no entiendo. Allá tú que sabes de esas cosas y por algo eres notario. Pero dime: ¿tú vas pagarle al alcalde cinco mil pesos por las propiedades de Anacleto? Digo, algún día...

—Las voy a pagar, con letras que firmaremos y pagaremos después, cuando sea Magistrado del Tribunal... O no pagaremos nunca esas letras, porque sólo Dios sabe lo que puede pasar de aquí a entonces... Y todo quedará nuestro, tuyo y mío, y de Belencita también... Y volveremos con ella a este pueblo... ¿Entiendes? Con dos años de magistratura, quedaremos en regla. Y podremos casar a la niña con quien se nos dé la gana...

—Quedamos en que don Roque le entregó el dinero al alcalde para que éste le compre a Anacleto su herencia por la mitad de lo que vale. Y el alcalde, que es un pícaro, en vez de devolverle a don Roque las propiedades, se las guarda y más tarde te las revende a ti por cinco mil pesos. En ese trato se gana el alcalde, que por lo visto no es tan burro, cinco mil pesos; y tú, que no eres menos que él, por cinco mil te quedas con el resto, que vale realmente veinte mil.

—Exacto... ¡Qué maravilla serías tú si supieras algo más que leer!

—Sé leer letra menuda, que es lo difícil. Pero te advierto que por no saber más, ni ser sabia, como tú, esta noche te vas a quedar sin leer la carta de Belencita...

—Dámela... ¡Ya te lo conté todo!

—Será, pues, para que me dejes dormir. No son sino cuatro letras... Me pregunta en primer lugar si tú ya la perdonaste...

—¡Pobrecita!

—Me dice que para la semana que viene, si Dios quiere, estará otra vez con nosotros.

—¿Luego ya pasó aquello? ¡No digas!

—Ya pasó, ya pasó... ¡Somos abuelos!

—¡Dios mío! Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

—¿Ahora? Dormir... ¡Lo que dice la carta de tu hija tenía que suceder, y tú lo sabías desde hace mucho tiempo!... Ahora déjame rezar el Rosario, que es muy tarde. ¿Tú lo encabezas o lo encabezo yo?

—Una palabra antes de que empecemos... ¡Pero mira! Ahí está, detrás de la puerta, el *Caricortao*... ¿Por qué no me dijiste que ese hombre estaba en la casa?

—Me pidió licencia de quedarse aquí, porque era muy tarde para ir hasta su rancho. Debiste suponerlo, porque de lo contrario, ¿quién habría venido a contarme todo?... Pero, ¿por qué te entraste hasta la misma alcoba, indio abusivo?

El sacristán, estirando la cabeza a través de la puerta, los miró entre sorprendido y malicioso.

—Ya quedó despachada la recomendación, mi amo.

El notario se estremeció de pies a cabeza, como si tuviera calenturas.

—¿Tienes frío? —preguntó la señora Ursulita.

—¡Un poco, un poco!... ¡Llovía tanto allá afuera que debí resfriarme!... ¡Ahora vete, *Caricortao*, vete pronto!... Acuéstate en la cocina... Si no me falla la memoria, te había dicho que me esperaras en la plaza o me anunciaras por la ventana la llegada del cura... Pero el cura llegó, como sabemos, y ahora es tarde. ¡Vete, vete a la cocina!

El *Caricortao* hizo un gesto de comprensión y asentimiento, y desapareció sigilosamente, como una alimaña. El notario sopló la vela y comenzó a rezar en voz alta el Rosario. Sobre el pueblo pesaba el silencio igual que una losa mortuoria, y la lluvia continuaba cayendo, cayendo,

cayendo, cuando la señora Ursulita, que decía mecánicamente las avemarías, se quedó dormida y empezó a roncar.

El cura, en cambio, no podía dormir. A veces caía en un estado de postración y somnolencia. Se veía cuando aquella mañana echaba pie a tierra del bus que lo trajo de la ciudad, y en el pueblo abajo encontró al sacristán con las mulas, esperándolo. Sin detenerse un momento, saltó sobre el galápago y emprendieron viaje. Era la primera vez que montaba a caballo, por lo cual le tocaba desasnarse en mula. El camino bajaba rápidamente hacia un río profundo, de aguas pesadas y cenagosas; saltaba por un puente de piedra, y luego trepaba por peñas y desfiladeros desnudos, ardientes, quemados por un sol de fuego que pegaba la ropa del cura a sus carnes empapadas de sudor...

El cura despertó tiritando, aunque tuviera la garganta en llamas, escaldada por una sed devoradora. El bayetón, húmedo y frío, se le pegaba a las espaldas.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Ayúdame en este trance!... Si no amanece pronto, no podré resistir una hora más... ¡Es algo superior a mis fuerzas!

Se levantó, encorvado por el dolor de los muslos y la cintura, abrasado a trechos el cuerpo por el ardor de las chinches, y helado en las espaldas y el pecho. Buscó a tientas la puerta de la alcoba, salió al corredor, hundió el rostro en el cubo y humedeció una y otra vez sus labios con el líquido que debía ser claro como un cristal y era tan frío y delgado como la linfa de un pozo... Levantó los ojos al cielo, pugnando por vislumbrar la claridad de una estrella o la macilenta luz que anuncia la madrugada, pero la oscuridad era completa, aunque ya no llovía. De las espesas frondas que debían encontrarse en el solar sobre el cual se abría el corredor, caían a intervalos desiguales gruesas gotas, que repicaban frescas y alegres en los charcos del piso. Y como le parecía que aquellas gotas cobraban una vida misteriosa e irónica, y le hablaban un lenguaje cadencioso (ven a beber, ven a beber, ven a beber) entró nuevamente a la alcoba y se tiró bocabajo sobre el camastro, cuyo penetrante olor a sudor lo adormeció muy pronto.

El camino, a medida que trepaba hacia el páramo, se volvía estrecho y resbaloso. A veces se perdía entre zarzas y jarales, compuestos por digitales florecidos, helechos, pajas del Niño Dios, matas de fique erizadas de espinas, y grises frailejones que fingían a lo lejos grandes rebaños

de ovejas. Se oía el jadear angustioso de las mulas. A veces aturdí el dichoso repique de una cascada que saltaba sobre el camino, regándose por las quiebras de la montaña en un abanico de arroyos que rebotaban contra las peñas. Llovía otra vez, y con tanta fuerza como si cántaros se vertieran sobre el camino, empapando las vueltas del bayetón del cura y lavándole a chorros el rostro entumecido. Creía ahogarse entre aquella lluvia. La mula chapoteaba, hundida hasta la cincha, en torrentes desbordados que formaban hondos regatos. La lluvia, enfurecida, se convirtió leguas más arriba en tormentoso aguacero. Pesados jirones de niebla pasaban raudos por el páramo, cubriendo y despejando alternativamente grandes extensiones de pantanos y lodazales. Un estruendo espantoso dominó todos los ruidos, que a fuer de reiterados se habían convertido en familiares: el de la lluvia que golpeaba los zamarros y el ala del sombrero; el de los cascos de la mula chapoteando en los charcos; el de los riachuelos que saltando de escalón en escalón y de piedra en piedra, rodaban persiguiéndose en tumbos espumosos, monte abajo. Lo que ahora tenía delante era una catarata furiosa que se despeñaba desde lo alto de un barranco, anegando a toda prisa un pequeño valle entre rocas, a cuyo puerto llegaban los fatigosos viajeros.

—¡Aquí, en esta laguna, vamos a morir ahogados! —gritó el sacristán, con su sonrisa de oreja a oreja, abierta en mitad del rostro por un feroz machetazo que dejaba peladas y a la vista hasta las muelas cordales.

Al cura se le heló la sangre en las venas, y tuvo un sobresalto de espanto. La mula, arisca, encabritada, se resistía a dar un paso más.

—¡Métale su reverencia las espuelas; hínqueselas en los ijares hasta los huesos, porque si no salimos de este atolladero nos ahogamos!

Pero el cura no tenía espuelas porque se las había llevado el cura viejo, y sus piernas sumidas en el pantano hasta más arriba de la cintura, eran dos pesados bloques de hielo que no le obedecían. Y el agua seguía subiendo, hasta llegar el momento en que le alcanzó la barbilla, después los labios, finalmente un chorro se le metió por la boca hasta la garganta...

Despertó otra vez, pues sentía unos violentos deseos de vomitar, sólo que aquello no pasó de meras arcadas que le doblaban sobre la cama. Al entreabrir los ojos percibió una difusa claridad en la estancia, pues la mesa, y la maleta abierta, y el vano de la puerta, se recortaban

con nitidez, y al través de esta última se columbraban las vigas del corredor, torcidas y nudosas.

—¡Ayúdame, Dios mío! Si me dejo derrotar por esta pequeña prueba, y no tengo fuerzas para dominar la tentación de beber que me asalta por primera vez en la vida : ¿qué podré esperar para más adelante? ¿Sería capaz de arder en una parrilla, a fuego lento, como San Lorenzo mártir? ¿Podría dejarme arrancar la piel a tiras, sin un quejido, como San Bartolomé desollado? ¿Mi fe saldría ileso de la cueva de los leones, como la de Daniel? ¿Resistiría el hambre y la sed de los desiertos, en compañía de San Antonio Abad y de San Pablo el ermitaño? ¿Besaría a los leprosos, sin sentir asco, como San Ignacio de Loyola?

Bocarriba en su lecho, soñaba otra vez, porque al intentar rezar, la repetición de las palabras le sumía en una somnolencia angustiosa. Los párpados, cargados de sueño, no le obedecían. El camino seguía ahora el lomo escabroso del páramo, entre nieblas que descendían del cielo algodonoso y vapores que se exhalaban de la tierra, con un penetrante olor a moho y a ropas muy sudadas.

—Ya llegamos, —le dijo el sacristán...— Un momento más y estamos en la plaza... —Mire sumercé allá abajo, sobre el abismo, porque acaba de salir el sol y está cayendo a plomo sobre el pueblo...

Blanco, limpio, brillante, a la orilla de un río que corría mansamente, el caserío levantaba al cielo la torre de su iglesia, dorada por un último rayo de sol, como la flor amarilla de una cepa de frailejón. Fue un instante no más, en que olvidó el cura toda la fatiga del viaje, y el dolor de los muslos y los riñones, y el sobresalto de los precipicios, y la deprimente visión de las rocas estériles y bruñidas por una lluvia incesante. Otra vez el viento arreció arrancándole casi el sombrero que sostenía con la diestra entumecida, y a duras penas lograba mantener puesto en la cabeza. Se borró de sus ojos la imagen del pueblo porque cayó súbitamente la noche. El sacristán, con aquella macabra sonrisa que le helaba la sangre, le tendió la botella de aguardiente para que se tomara un trago. Levantó la botella a la altura del ala del sombrero y bebió un largo sorbo. Le ardieron los labios y quedó en sus narices un olor meloso del que no podía desprenderse, pues le empapaba al mismo tiempo la memoria y la ropa. Una onda de lava hirviente, de plomo derretido, le abrasaba el paladar y le quemaba la lengua...

Despertó enloquecido, como si se hubiese tragado la espuela del cura viejo. Cuando abrió los ojos, una claridad lechosa bañaba el corredor y los contornos de su cuarto. Había dejado de llover, y a través de la puerta se columbraba el cielo desvaído, despejado de nubes. Saltó del lecho, y como un sonámbulo salió al corredor con los brazos tendidos hacia adelante, y se precipitó de bruces sobre el cubo. Hundió el rostro en el agua, abrió la boca y bebió con tal ansia que a intervalos tenía que levantar la cabeza y respirar profundamente porque se hallaba a punto de asfixiarse. Y tornaba a hundir la cabeza en el cubo y a beber con más ansia. Bebió hasta saciarse, hasta embriagarse, hasta aturdirse, hasta que no pudo más y vomitó un poco sobre los ladrillos del corredor. Cerró los ojos, feliz, embebido en una especie de deliciosa beatitud, y oía con gusto el apresurado batir de su sangre en las sienas. Al reabrir los ojos, vio de pie frente a él, saludándole con una sonrisa melosa y estúpida, a una mujercita deforme, una especie de vieja-niña, sin dientes, bizca, con los ojos saltones y cuyo coto, grueso como una naranja, le levantaba la parte baja del cuello. Vestía una falda mugrienta que le llegaba a la mitad de las pantorrillas. Los senos escuálidos, recatados por una blusa de percal y un pañolón roto y grasoso, le chorreaban sobre el trozo de lazo con que se ataba las enaguas.

—Buenos días, mi amo... —le dijo con la voz gangosa y entrecortada de quien además tiene frenillo—. Yo soy la boba... Voy a prender la candela para tenerle listo el desayuno cuando sumercé vuelva de misa...

Las campanas repicaron en lo alto de la torre, que se levanta en vilo sobre la casa cural, aplastándola y ensombreciéndola. El buen cura, sin responder siquiera al saludo de la boba, se levantó del suelo donde se hallaba hincado de rodillas, al pie del cubo, y entró a la alcoba y se arrojó sobre el lecho para llorar con sollozos que le agitaban convulsivamente las espaldas. No pensaba en nada, como si no supiera hacer otra cosa en esta vida que llorar.

CAPITULO II

LA MAÑANA DEL VIERNES

POR la primera vez miró a su rebaño, encerrado en el vasto y destartalado aprisco de la iglesia, cuando leído el Evangelio del día vuelto de espaldas al altar, alzó con unción los brazos largos y descarnados y recitó de memoria esta parábola que prefería a todas las que trae el Evangelio :

“En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos : Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es el propio pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo, desampara las ovejas, y huye ; y el lobo las arrebató y dispersa el rebaño. El mercenario huye, por la razón de que es asalariado y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el Buen Pastor; y conozco mis ovejas y las ovejas mías me conocen a mí. Así como el Padre me conoce a mí, así yo conozco al Padre; y yo doy mi vida por mis ovejas. Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco, las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz, y de todas se hará un solo rebaño y un solo pastor”.

—Evangelio de San Juan, capítulo décimo, versículos once al dieciséis. He escogido esta divina palabra al dirigirme por la primera vez a vosotros, mis feligreses, mis ovejas, porque en verdad os digo que yo quisiera ser un cura en quien vosotros viéseris un buen pastor...

Como le sucedía casi siempre, por muy estudiado que tuviera el cuerpo del sermón, las ideas se le fugaban de la cabeza al comenzar a embrollársele las palabras. Entre las tentaciones más sutiles y difíciles de vencer que asaltan el corazón de los predicadores, figura la de ceder a la cadencia de la palabra y al encanto indefinible de la retórica. Al comenzar a predicar se le escapaban las ideas como un tropel de ovejas asustadas, cuando aparecía amenazante el lobo de la gramática y las frases, arrebatadas

por un ritmo melódico, se alargaban, se desarticulaban y se perdían en el vacío. Se volvían cometas cuya cuerda se rompe, es decir, frases sin cola, sin complemento lógico y directo.

¿Para qué tales vanidades, cuando quien habla no es el hombre sino el Evangelio? Es como agitar con la mano el agua pura de un pozo, con lo cual sólo se consigue enturbiarla. En la tesis que desarrolló en un certamen final en el Seminario, cuando aún era estudiante, se atrevió a sostener algunas ideas que interesaron a Su Excelencia el señor obispo de la diócesis, quien se dignó discutir larga y paternalmente con él porque lo amaba mucho. Era aquél un viejo comprensivo y discreto, que en su juventud practicó la elocuencia. Ante él sostuvo el joven seminarista, que la preocupación literaria perjudica la exposición correcta y clara de la doctrina evangélica; antes la embrolla y oscurece, como quien agita el agua de un pozo con la mano. Tal pensamiento nacía del estudio concienzudo que había hecho de los sermones de Cuaresma. Algunos oradores sagrados procuran adornarlos como a pasos de procesión, o a altares de Jueves Santo, con cintas, repujados, terciopelos, candelas y arabescos, de manera que el auditorio de los fieles, colgado de estas vanidades, olvida el fondo y la sustancia de la palabra de Cristo. Esta queda sepultada como los santos de pueblo, cuyas imágenes herían ahora dolorosamente sus ojos puestos en una Santa Rita y en un San Roque con su perro. (Aparecían a cual más feo, como un matrimonio campesino que espera la hora del mercado para descender de su peana y "mercar" unas arracachas).

Con sus enaguas de color granate, sus mantos de franjas doradas, sus sobrepellices de encaje, sus aureolas de papel dorado, sus velos de liencillo más propio para fabricar cortinas que roquetes, los santos pueblerinos son la imagen de la mala oratoria. Ya lo dijo el padre Isla en su *Fray Gerundio de Campazas*, pero la absurda moda que él combatió renace como la verdolaga en todos los climas. Y la preocupación literaria y gramatical, tan vacua, tan mundana, perjudica la exégesis. Cristo habló en palabras sencillas y transparentes como el agua, que abrevaban el corazón de un pueblo cuya imaginación estaba acostumbrada a la miel de una lengua esencialmente parabólica. Se refería a hechos, costumbres y cosas, íntimamente familiares a los pastores, los pescadores, los artesanos, los obreros y los campesinos que fueron en esa tierra de bendición los primeros hombres de Cristo.

Cuando El les hablaba de un lagar y una viña, era porque viñedos y lagares esmaltaban las colinas del lago de Tiberíades. Cuando mentaba una torre, era porque del lado de Cafarnaúm, entre las agrias peñas, se veían muchas torres del tiempo de David, a cuyo amparo levantaron sus tiendas los patriarcas del Viejo Testamento. Y cuando recordaba los cerdos, las ovejas, las cabras y el buen pastor, era porque pastores de cabras y de ovejas detenían un momento su paso para oírle contar una parábola, cuando arreaban sus rebaños hacia Jerusalén, en la proximidad de la Pascua.

Cristo habló también para nosotros, los hombres de una edad que entonces se consideraba futura. Se dirigió a los gentiles, que habitaban lugares distintos de los valles y desiertos de su tierra natal, y eran gentes de otros países, así como nosotros somos gente de otros tiempos. Y de la misma manera que los Apóstoles recibieron el don de lenguas que les trasfundió el Espíritu Santo, para que los entendiesen los gentiles que no conocían el arameo, así también la doctrina de Cristo, para los apóstoles de los nuevos tiempos, solicita un don de comprensión y exposición que sirva para actualizar la divina enseñanza. Es, pues, obrar dentro del espíritu evangélico que iluminó la mente y desató la lengua de los Apóstoles, traducir la palabra del Señor a las costumbres, los usos, los hechos y las cosas que hoy nos son familiares: porque lo importante es el fondo y no la forma, el pensamiento y no la imagen que inspiró el Evangelio.

—“El Buen Pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es el propio pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo desampara las ovejas, y huye; y el lobo las arrebató y dispersa el rebaño...”

El predicador hizo una larga pausa, y luego, según sus ideas, actualizó la imagen evangélica traduciéndola a la realidad triste y monótona de aquel pueblo.

—El cura es el buen pastor —repitió—. Es el hombre a quien le interesan los fieles que tiene a su cuidado, en cuanto seres que sufren y hay que consolar por el amor de Dios, pecan y hay que perdonar en nombre de Dios, yerran y hay que corregir para conducirlos a Dios y por el buen camino. Sólo un hombre en estas montañas se puede interesar tan directa, tan íntima, tan desinteresadamente por la persona y el alma de cada uno de sus habitantes, y ese hombre es el cura. Tenemos que considerar que el señor alcalde, por ejemplo, en nombre de un

gobierno temporal se interesa por el progreso del pueblo y la seguridad personal de cada uno de sus vecinos...

Se percató entonces de que en la primera fila de bancas, que no eran muchas, pues no pasaban de media docena y el resto de la iglesia estaba desnudo, y a la sazón, por ser día de entresemana, casi solo: en la primera fila, entre dos guardias descalzos y soñolientos había un hombre de ojos enrojecidos y legañosos. Tenía también el pelo hirsuto y revuelto, el rostro abotargado y en la boca grandes dientes desportillados y amarillos. Miró un momento a los ojos del orador, sorprendido, y luego volvió la cabeza hacia la concurrencia de los fieles, para enterarse de qué efecto habían producido esas palabras. El orador ya continuaba, pensando para sí: Este bruto debe ser el alcalde.

—El juez, hermanos míos, en nombre del poder judicial que también es un poder temporal, velará porque se cumpla la justicia: porque los crímenes, de que Dios nos libre y nos proteja, no permanezcan impunes; porque los enemigos de la sociedad sean castigados, los huérfanos protegidos, los derechos de todos respetados por igual...

En la segunda banca, detrás de quien parecía ser el alcalde, un viejo de pelo cano y ojos protegidos por gruesas gafas de aro de plata, codeó discretamente al hombrecito enteco y amarillo, picado de viruelas, que se encontraba a su lado hurgándose los dientes con una pluma de pollo.

—Y los consejeros municipales, cuya autoridad emana del pueblo mismo, tienen a su cuidado los intereses materiales, los dineros del recaudo, los negocios del vecindario...

Hablaba muy lentamente para perseguir el efecto de sus palabras. Divisó ahora en las últimas filas tres sonrisas desdentadas que se abrían en sendos rostros terrosos, erizados de cerdas ralas. Pensó que aquellos tres indios debían ser concejales, porque no llegaba a llamarlos concejeros, de lo cual ellos nunca habían caído en la cuenta.

—Y el diputado...

Aquí se encabritaron dos ovejas: un joven, de rostro entre verde y amarillo porque era muy zambo, que se encontraba en medio de los policías y el alcalde; y un mocetón de pelo negro y abundante, que le brotaba a dos dedos escasos de las cejas, y se hallaba sólo, en un tabu-

rete que al pie de una columna del presbiterio se encontraba pegado a una silla de baqueta, a la sazón vacía.

—Y el notario...

El viejo de las gafas de aro de plata recibió en los riñones dos encontrados y discretos codazos: por un costado, el del hombrecito picado de viruelas, a quien él había despertado hacía un momento; y por el otro, el de una señora de ojos pequeñitos, cuyas facciones, de la nariz chata hacia abajo, naufragaban en una marea de grasa que se esponjaba en el busto en una ola imponente.

Cuando el sacerdote explicó que tanto el diputado como el notario tenían funciones muy delicadas que desempeñar en el pueblo, una sonrisa de aprobación resplandeció en todas las filas. Luego pasó a explicar que al médico le correspondía cuidar de la salud de los cuerpos, y en la última banca alguien sopló una cuchufleta al oído del boticario, que se mordió los labios sin poder contestar porque era muy duro de cabeza. Y cuando habló de los deberes del jefe del municipio, de la cabeza visible del lugar, de su miembro sobresaliente, (pues pensó que a no dudar tendría que haber un gamonal en ese pueblo) todas las miradas de los fieles se dirigieron a la silla vacía. El joven del taburete contiguo, contestó casi en voz alta a una pregunta que le formuló desde la cuarta banca una cuarentona muy peripuesta, gorda ella, que al sonreír enseñaba dos dientes revestidos de oro:

—No sé... Anoche no me quedé en la casa... Pero hoy es primer viernes y ha debido venir a comulgar... Debe estar enfermo...

—Pues bien, ninguno de esos personajes que he nombrado, con ser tan importantes para la salud, la tranquilidad, la justicia, el progreso, la riqueza, el buen gobierno y la felicidad de este pueblo, es el verdadero pastor, el buen pastor de que habla la parábola evangélica. Este es el cura, que representa a Dios mismo, y como lo dijo el Evangelio "sacrifica su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es el propio pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir el lobo, desampara las ovejas, y huye; y el lobo... (la política baja y parroquial, la concupiscencia del dinero, la maledicencia, la envidia, el odio, la venganza, el chisme) las arrebató y dispersa el rebaño". El párroco llega, con su palabra, a donde no penetra el médico con sus drogas, ni el notario con sus escrituras, ni el juez con sus sentencias, ni el alcalde con sus edictos, ni el político con sus promesas electorales. El alma sólo es de Dios, y en su santo nombre, como

guardián de un rebaño que sólo a El le pertenece, el cura vela sobre cada uno de sus fieles lo mismo que el buen pastor sobre cada una de sus ovejas. Pero quiero llamaros la atención hacia estas últimas y comprometedoras palabras de Nuestro Señor Jesucristo, con las cuales culmina y se perfecciona la enseñanza de la parábola que estamos comentando :

“Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco, las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz, y de todas se hará un solo rebaño y un solo pastor”.

—Lo cual quiere decir, hermanos míos, —continuó con palabra enérgica y rotunda que se había elevado poco a poco de tono y ahora retumbaba sonoramente en el recinto de la iglesia...—. Lo cual quiere decir que yo, guardián de este rebaño y párroco de este pueblo que el señor obispo, en el nombre de Dios, me ha encomendado, no reconozco enemigos, ni acepto ovejas de dos pelambres, ni tolero que las blancas nieguen a las negras, por no ser blancas, su derecho a oír mi voz que es la palabra evangélica. Aquí, hermanos míos, “de todas se hará un solo rebaño y un solo pastor”. Ante mí, en este pueblo y fuera de él hasta donde alcance mi jurisdicción eclesiástica, todos los fieles serán iguales, pues ante el Buen Pastor que está en los cielos todos hacemos parte del rebaño, y seamos blancos o negros, todos somos ovejas.

Vuelto de espalda a los fieles se dirigió al centro del altar, con las sienes bañadas de sudor, pero con el alma tranquila. No pudo ver, por eso, que entre los rostros de la concurrencia, en su mayoría estólidos, feos, inexpressivos, algunos se ensombrecieron y otros se iluminaron con una sonrisa irónica. Cuando el monaguillo agitó la campanilla, en la iglesia se hizo un silencio helado, denso, húmedo, como el de un cuarto que durante mucho tiempo hubiera permanecido vacío.

Mientras se quitaba los ornamentos y los doblaba cuidadosamente, para guardarlos en la vieja y carcomida alacena que olía a moho y a ratón muerto, rumiaba una vaga indignación que no se concretaba en ideas claras y sentimientos precisos. Era algo confuso, mezcla de muchas impresiones mezquinas. Sobre todo le llenaba de desaliento la claudicación que tuvo a la madrugada, cuando vencido por la tentación de beber no supo poner a prueba su resistencia espiritual. Le avergonzaba íntimamente su conducta, así como aquella inicua parodia de la liturgia a que se reducía la misa rural, acolitada por un rapazuelo descalzo y mocoso a quien tuvo que llamar

la atención para que tocara la campanilla cuando alzaba a Santos. El sacristán intervenía en menesteres que no le correspondían : trotaba de un lado a otro del altar por el mero placer de que le vieran pellizcar al monaguillo para que despabilara las velas y pasara el misal de la Epístola al Evangelio. El vino era una tintura, más bien agria que dulzarrona. El agua turbia flotaba en unos frascos opacos que debieron contener alguna loción medicinal, y ahora pasaban por vinajeras. El alba, el roquete, la estola, el manípulo y el amito, estaban manchados de grasa humana y chorreados de sebo de vela : amarillentos y ajados como si no los hubieran lavado nunca. Y él tenía el amor y el respeto de la liturgia. La consideraba no solamente un magnífico y simbólico lenguaje, sino una obra de arte a cuya perfección contribuyeron siglos despaciosos, iluminados por la fe, la misma que palpita en las agujas de la catedrales y vibra en el coro celeste de los registros del órgano. No podía concebir que el misterio que se desarrolla en el altar, en la penumbra del ábside, entre una nube de incienso, a la luz de unas antorchas que recuerdan el esplendor de la verdad revelada, degenera en una pantomima rutinaria, sin emoción ni belleza. El sublime espectáculo que contemplaba su espíritu, y le sacudía profundamente las más tiernas fibras del corazón, se había convertido entre los altos y desconchados paredones de la iglesia rural, en una ceremonia fría e inexpressiva. Quien cuidaba con tanto esmero de tener limpias y blancas las manos, no por vanidad sino por ser ellas instrumentos para levantar el cuerpo de Cristo en el altar y exhibirlo a la devoción de los fieles, aquella madrugada no había encontrado jabón para lavarlas. Por la primera vez en muchos años no se había bañado el cuerpo, ni afeitado la barba. Cuando se inclinó sobre el ara en el acto de la consagración de la hostia, lo atormentó una y otra vez el pensamiento de su claudicación ante la sed, pero lo mortificaba todavía más el pensamiento de la boba que debía esperarlo con el desayuno. Lo distrajo de la visión imaginaria de Dios, hecho hombre en la cruz, y misteriosamente contenido en la hostia que temblaba entre sus dedos, el recuerdo desapacible de su alcoba, con el estrecho corredor donde aleteaba una gallina clueca y se despulgaba un perro...

El sacristán, llegó para decirle que lo esperaban en la casa cural. Le sopló al oído, con su aliento turbio y aguardentoso, estas palabras :

—El hijo de don Roque, el Anacleto que llegó ayer al pueblo, está en la casa esperándolo, sumercé... Y es que don Roque ¿si vió sumercé? no estaba en su reclinatorio durante la misa. ¡Quién sabe qué sería, porque no vino a comulgar!... Sólo asistió el Nacarsis, el otro hijo de don Roque, que es de distinta mamá...

Como antes de desayunar tenía que dar gracias a Dios por los beneficios recibidos, y esto le llevaría algún tiempo, necesitaba la soledad y el silencio para recogerse sobre sí mismo.

—Déjame ahora...

—¡Mire sumercé que ya está servida la changua!

—Déjame, te he dicho... Pero dime: ¿quién lava la ropa de la iglesia?

—¡Eso qué, mi amo! Los primeros de mes yo le saco los manteles y los roquetes a la boba, para que los lave, pero como aquí casi nunca hace sol y hay que secarlos en la cocina, cerca del fogón, sucede que se ahuman... La iglesia es muy pobre, como habrá visto sumercé... No tenemos sino dos manteles, un roquete que sumercé ya vio, el alba que acaba de quitarse, y nos faltan dos ornamentos, el rojo y el verde... A Dios gracias que no estamos en Pentecostés, porque si no cómo fuera. Ahí verá qué hace sumercé, porque la señorita Cornelia, la hermana del señor cura viejo, que era muy necia, va a mandar por los otros ornamentos; ella misma los cortó y los hizo bordar por las monjas del pueblo de abajo, que tienen mano de ángel para esas cosas. Se los dejó emprestados por unos días a la iglesia, mientras sumercé llegaba... Y bueno es que le cuente que también se llevó unas maticas de geranio que había en el patio, y el servicio de noche, y el turpial y la lora que estaban en la cocina, y las sábanas floreadas de la cama, y un espejito de aumento que tenía el señor cura viejo para afeitarse. ¡Milagro fue que no se llevara más cosas!...

El buen cura alzó los hombros con desaliento.

—¿Y de dónde sacaste ese vino?

—Ese vino eran meros tres sorbos que le empresté esta madrugada a misia María Encarna, mientras podemos mandar por una botella al pueblo de abajo. ¿Y ahora que me acuerdo, sumercé trujo plata? Porque se acabaron las velas... La señorita Cornelia arreó también con las velas, y se llevó hasta los cabos...

—Bien, bien... Después hablaremos de esas cosas... Ahora voy a rezar.

—Su reverencia me perdone—, dijo en ese momento desde la puerta de la sacristía una mujer menuda, de rostro bastante joven, ojos grandes y negros, y pelo grisiento peinado en rizos y tirabuzones que bailaban coquetamente sobre su frente. Vestía un abrigo de color azul fuerte y una pañoleta verde con flores moradas le cubría parte de la cabeza.

—Buenos días, buenos días, señorita... Perdóneme usted, porque voy a comenzar mi rezo. Dentro de un rato tengo el mayor gusto en atenderla...

—Es un momentico nada más, para decirle a su reverencia que me llamo Dolorcitas Pérez, de los Pérez de Puente Grande que no son los mismos Pérez del páramo, y que... en fin... nadie sabe quiénes son estos Pérez, porque hay Pérez de Pérez en este pueblo, y es bueno que su reverencia lo sepa. Hice mis estudios en la escuela normal de señoritas, fui maestra de escuela en el pueblo de abajo hasta cuando me sacaron los rojos... ¡Si yo le contara a su reverencia, sería cosa de nunca acabar!

—Muy bien, muy bien... Dentro de un momento hablaremos, si usted me hace el favor de esperarme en la casa cural...

—¿Y cómo le pareció a su reverencia el Alfonsito?

—¿Alfonsito?

—El niño que le ayudó a la misa. Es el monaguillo. Fue el primero del curso de catecismo el año pasado y yo misma le enseñé las contestaciones en latín... ¿Alfonsito? ¡Alfonsito! ¿Qué se habrá hecho ese bandido? Quería prevenir a su reverencia que a veces al muy pícaro le gusta el vino de las vinajeras... ¡Cosas de criaturas! ¿Alfonsito? ¡Alfonsito!

El paciente cura, arrodillado en el desvencijado reclinatorio de la sacristía, ante una despacible vitela del Crucificado que había pegada con una tachuela a la pared, tuvo que atender en aquel momento dos nuevas y apremiantes solicitudes. La de una gruesa señora, con pendientes de vidrio en las orejas, cobijada con un pañolón de lana gris que resbalaba continuamente sobre el busto tembloroso, y la de una señora alta, delgada, que lucía verrugas en la mejillas y una sombra de bigote en el labio de arriba. La maestra saludó a la gorda, cuando ésta pugnaba por entrar a la sacristía al través de la portezuela de la casa cural, que le quedaba demasiado estrecha.

—Buenos días, mi señora Ursulita. ¿Cómo amaneció el señor notario?

—Buenos días, Dolorcitas... ¡Señor cura!... ¡Y tan jovencito que es! ¡Ave María Purísima!... Muy buenos días, su reverencia... Vine a saludarlo y a ofrecerle mi casa, que está aquí no más a la vuelta... La casa del notario, que mejorando lo presente, es la mejor del pueblo. Ni la de don Roque, en la plaza de abajo, es tan buena como la nuestra. Tiene agua corriente y pozo aséptico. Ahí le traje a su reverencia unas mogollitas para su desayuno, que le dejé con la boba. ¿No se las ha entregado todavía?

—No, mi señora, muchas gracias... Todavía no he desayunado, y tenía el propósito de rezar un poco antes de hacerlo...

Abriéndose trabajosamente paso por entre la señora gorda, que todavía jadeaba, y la flaca que con movimiento mecánico y convulsivo se tiraba continuamente de la mantilla para protegerse de las corrientes de aire, irrumpió en la sacristía una muchacha de hasta cuarenta años, más bien graciosa y robusta, de dientes de oro que enseñaba continuamente a la admiración de los fieles.

—Buenos días, Dolorcitas... Mi señora Ursulita, buenos días... Señor cura, muy buenos los tenga su reverencia... ¿Cómo siguió de su neuralgia, señorita Zoila? Para esos dolores lo único que hay es un parche de sebo caliente por la noche. ¿Mogollitas, decía mi señora Ursulita? Precisamente le acabo de dejar al señor cura, con la boba, unas tiernecitas, de las que amasé yo misma ayer... ¡Si habrá oído hablar su reverencia de las mogollitas de las gordas... en la tienda del río, que está muy a las órdenes de su reverencia para todo lo que se le ofrezca! Así se lo dije a la boba. Hoy tenemos arepitas de maíz, muy sabrosas, que le gustaban mucho al señor cura viejo...

—Señor cura: ¿su reverencia me puede atender un instante?—, interrumpió la señorita Zoila, que hasta aquel momento no había tenido la oportunidad de expresarse sino mediante golpes de tos que le sacudían las espaldas—. ¿Su reverencia podría hacerme el servicio de oirme en confesión? Es algo sumamente importante...

—¡Ave María Purísima! —exclamó la señora del notario—. Zoilita confesándose a estas horas después de que comulgó en la misa... ¡Una santa, señor cura! ¡Una verdadera santa que se la pasa rezando en la iglesia!... Y vistiendo santos.

—¡Son cosas más!— dijo secamente la señorita Zoila, fulminando a la señora Ursulita con una mirada cargada de amenazas y una sonrisa agria.

—¡Pero si acaba de comulgar, hija!

—¡Ese fantasma!, —masculló el *Caricortao* asomando la cabeza por encima del grupo que estaba embutido a la puerta de la sacristía—. ¿Señor cura? ¿Señor cura! Manda decir la boba que si sumercé no piensa ir a desayunarse, porque se le está enfriando el chocolatico...

—Un momento, por favor... Todavía no he podido rezar mis oraciones de acción de gracias... Si las señoras me hicieran el favor de esperar en el corredor...

Y las miró suplicante, incorporándose a medias del reclinatorio. No había acabado de hacerlo, cuando encabezados por Alfonsito, el monaguillo, que mordisqueaba una de las mogollas de la señora Ursulita, aparecieron en la estrecha y larga sacristía, por la puerta que daba a la iglesia, los niños y niñas de la escuela rural.

—Es que... verá su reverencia —explicó la maestra frotándose nerviosamente las manos—: es que me he permitido traer a los niños y las niñas de la escuela para que saluden a su reverencia, y su reverencia los examine...

—¡A mí no!... ¡A mí no! —gritó una niña mocosa y además albina, rompiendo a llorar.

—¡Cállate, mona!—, le sopló al oído la maestra, propinándole de paso un pellizco a hurtadillas del cura. El resto de la escuela soltó la risa, sin poder contenerse.

La cara de la boba emergió entre los niños de la escuela, como un espanto.

—¿Al fin va sumercé a tomarse el desayunito, que ya está con nata? Porque mire sumercé que tengo que lavar la ropa, aprovechando que no ha comenzado a llover... Si quiere que le lave alguna cosa, sumercé dirá...

—¡Todo sea por Dios!—, dijo el cura para sí, y levantándose del reclinatorio, se abrió paso por entre el grupo de la puerta y pasó a la casa cural.

Desde el atrio que desciende en escalones pendientes y desportillados casi hasta una tercera parte de la plaza, el alcalde señaló con el bordón de guayacán las nubes grises y negras que colgaban en pesados racimos sobre el Alto de la Cruz, en la boca del páramo.

—¡No pasará una hora sin que comience otra vez a llover! Con esta cerrazón el correo no podrá llegar hasta mañana...

—Así es, compadre... Así es —corroboró el notario.

La vieja espadaña estaba entablillada por un andamio, pues desde hacía muchos años la venían descargando para levantar una construcción más elegante, de ladrillo y cemento en lugar de calicanto. Obra de grande aliento que inició ochenta años atrás uno de los curas a quienes el pueblo consideraba beneméritos de la localidad. Su memoria se guardaba celosamente, de generación en generación, entre los vecinos, así fueran liberales como lo habían sido pocos años atrás. Y entre las curiosidades de aquel párroco, cuyos dichos todavía se citaban en cinco leguas a la redonda, desde el pueblo de abajo hasta el Alto de la Cruz: entre sus manías se contaba la de tener en la cabeza los planos de la iglesia nueva que habría de sustituir la arquitectura sobria y sin pretensiones de la iglesia antigua. Muerto aquel cura progresista, sus sucesores no pudieron terminar nunca la torre de la iglesia, por lo cual la dejaron en pañales, es decir, en andamios, utilizando como cebo para bazares la necesidad de acarrear material al atrio para acabarla algún día.

—¡Mal tiempo, mal tiempo para las elecciones que ya se vienen! —sentenció el alcalde.

—¡Peor nos tocó hace algunos años, para las elecciones presidenciales! —recordó el notario, sonriendo...— Por eso, por mal tiempo, no pudieron bajar aquella vez los paramunos de Agua Bonita, y don Pío Quinto Flechas se quedó con los crespos hechos.

—Ahora que hablamos de eso, compadre: ¿quedan todavía liberales en Agua Bonita?

—Tres o cuatro... sobrevivientes, que dice don Roque, porque los otros se encaminaron en Llano Redondo, con los bandidos. Pero aquí viene mi ahijado Anacarsis, quien nos lo sabrá decir, por ser el que le maneja Agua Bonita a don Roque...

El mocetón salió de la iglesia, del brazo de una de las gordas. El secretario del alcalde, ojeroso y tímido, la miraba a ella con amor y a él con rabia, del otro brazo.

—¡Hola, ahijado! —gritó el notario.

—¿Qué hay de nuevo, padrino? —respondió el muchacho, olvidando a la gorda que se fue muy oronda con el secretario, que era su "bobo guardado", calle abajo por la calle del río. —¿Si notaron que el viejo no vino a misa? Yo llegué esta madrugada de Agua Bonita, y no me apeé en la casa, sino donde Rafo, porque el viejo me había mandado un propio desde antier con el recado de que estaba en el pueblo el indio ese del Anacleto. ¿Ya lo vieron ustedes?

—Lo vimos anoche, o mejor dicho, lo ví yo porque estuve donde don Roque, en la casa de abajo, tomándoles a los dos la firma de las escrituras.

—¿Y firmaron ambos?

—Firmaron...

—¿Y es cierto que a vos te dio el viejo la plata para que le compraras las fincas al Anacleto, mientras se las endosas al viejo con una nueva escritura?

—Es cierto, niño Anacarsis —respondió cabizbajo el alcalde.

—¿Y vos le vas a hacer escrituras al viejo? ¿Ya las firmaste?

—Todavía no..., pues estábamos esperando a que se largara el Anacleto.

—A eso vine. El viejo quiere desde hace tiempos que Agua Bonita sea para mí, y esta es la ocasión de que me la entregue. ¡Y me gusta Agua Bonita!... ¡Más le gustaba al Anacleto!... ¡Ja, ja, ja!

Agua Bonita era un criadero de ovejas y sembradero de papa, que perteneció a la madre de Anacleto, la hermana de don Pío Quinto Flechas, a quien sacaron como a una de ellas hacía tres años. La cosa se prestaba para chistes en el pueblo. Este cambió de dueño y de don Pío Quinto pasó a don Roque. Agua Bonita, que debería ser del Anacleto, hijo legítimo de don Roque Piragua y de la hermana de don Pío Quinto Flechas, iría a parar a manos del Anacarsis, su medio hermano por parte de padre.

—Para decirles verdad, —agregó el mozo—, todavía no se han volteado los tres rojos que allá quedaban. Y para que sepan, tienen muy buenas estancias... Las de los que se fueron, no valían gran cosa. Los concejales, que les pusieron la mano y ahora las disfrutan, poca papa les sacan.

—¿No estará enfermo don Roque, que no vino a misa? Hoy es primer viernes, y él, que es tan piadoso, comulga siempre por esta fecha. Yo también comulgo todos los viernes, pero anoche me dieron mis morideras y Ursulita se empeñó en que tomara un sorbo de agua.

—Tal vez el viejo no querría pasar por la tienda, donde anoche se quedó a dormir el Anacleto —dijo el alcalde. —Y como el Anacleto se acostó borracho, según cuenta el notario, todavía no se habrá levantado...

—Es posible... —opinó el Anacarsis.

—¡Es raro! —observó el notario, ensombreciendo el rostro—. Estamos estrenando cura, como tú ya lo sabes

y lo viste... Es raro, pues, que no viniera don Roque a echarle un vistazo... Y a propósito, ¿cómo te pareció el señor cura, ahijado?

—¿A mí? Pues un cura... como todos. Tal vez demasiado joven para el cargo. De lo que dijo en el sermón, no entendí nada. ¿O estará creyendo que va a mandar más que el viejo, por esa historia de las ovejas que recalcó tanto?

—Así será, don Anacarsito... ¡Pero habló bonito, muy bonito!

—¡Vos qué sabés de hablar bonito! ¿Qué opina mi padrino?

—Voy a decirte: lo que pudiéramos llamar, y ustedes me perdonen, las generales de la ley, me parecieron superiores. Es hombre joven, de rostro simpático, muy devoto y muy elegante... Pero yo no sé, no sé si tiene cierto aspecto de señorita... melindrosa.

—¡Eso! Eso mismo pensaba yo, padrino, cuando le miraba las manos tan blancas y delgaditas, como de niña, sin negro en la uña. Eso, me dije, eso puede ser un cura... ¡pero en ningún caso como el otro, que sí era un macho!

—Pues qué le parece don Anacarsito que a mí se me puso en la cabeza la misma cosa.

—¡Vos qué sabés!

—Además, por lo que hace a la predicación del señor cura, —prosiguió el notario—, yo no sé hasta qué punto convenga casi en vísperas de elecciones el dejarse venir con esa... con esa filípica, un poco despectiva con las autoridades legítimas del pueblo. Eso de que por encima de mí el diluvio... ¡es decir, nadie!..., como decía Luis XV.

—¿Luis qué, compadre?

—Luis XV o Luis XX, porque no recuerdo ahora exactamente, fue un rey de Nápoles. En Europa numeran a los reyes, compadre, como si aquí dijéramos, pongo por caso, Roque I y Roque II, que sería mi ahijado...

—¡Cómo sabe usted de cosas, padrino! ¡Y de veras que fue imprudencia del cura echar esas "vainas" en estos momentos!... Porque me imagino que filípicas quiere decir "vainas", ¿no es cierto? ¡A Dios gracias que por ser día de trabajo no había chusma en la iglesia!

—No había chusma, ahijado... no la había. Pero mi compadre y mi ahijado verían detrás de una columna, gimoteando, a la María Encarna que estaba con la mayor de las niñas.

—¿La bonita?

—La misma. Por cierto que ésta llevaba una cinta roja... ¡sí señores, roja!... en la cabeza. Y comulgaron ambas.

—¿De veras? —dijo el alcalde—. ¡Eso es una provocación, compadre!

—Hace tiempo que has debido notificarle a la María Encarna que cerrara esa tienda del camino... ¡Me río del alcalde que fuimos a poner!

—Pero niño Anacarsis... ¡Si ya le he subido dos veces el impuesto de industria y comercio! ¡Y acabo de prohibirle la venta de cerveza! ¡Y su papacito don Roque ya le notificó que no le prorrogaría el arriendo del local ni un día más después del 15!... Tampoco es bueno precipitarse, porque no faltarían lengüillargos, que le llevaran el cuento al gobernador, diciéndole, como por así rezongar, que soy un árbitro...

—Arbitrario... y atrabiliario, querrá decir mi compadre. Pero bueno: el hecho es que la María Encarna oyó el sermón y es como si lo hubieran escuchado en el pueblo de abajo, en el páramo, en el Alto de la Cruz y en todas partes... ¡Ella se encargará de repetírselo a todos sus parroquianos!

—Vamos a ver qué dice el viejo... Y de paso podemos redactar la escritura de Agua Bonita—, propuso el mozo.

—Por desgracia yo no puedo ir a saludar a mi señor don Roque todavía, porque tengo que ir a desayunar —manifestó el notario.

—¿No será mejor, niño Anacarsis, que esperemos a que don Roque se levante y nos mande llamar? Mientras esté posando en la casa el Anacleto, no hay caso de echar firmas y conversar de nada...

—Esta vez sí tenés razón.

—Yo no sabría qué decirles... Como le comentaba anoche a mi compadre aquí presente, le tengo mucha desconfianza a ese bandido del Anacleto...

—¡Cierto! Cuando mi padre lo echó de la casa, hace tres años, juró delante de mí y de todo el mundo en el pueblo que a los veintiuno volvería por su herencia... ¡y volvería a vengarse!

—Allí sale mi vieja de la casa cural. Yo voy a des-pachar mi chocolate y allá los espero, ahijado. ¿Ursulita? ¡Ursulita! ¡Espérame!...

—Aguarde un momento, padrino... O más bien, no... Yo siempre pasaré por la casa del viejo, con el alcalde... ¿Cómo decía que se llamaba ese rey de Nápoles, padrino?

—Luis XV... Entonces los espero en la casa... Saludos a mi señor don Roque. Tengo, ahijado, un resacadito que me trajeron del pueblo de abajo, por si quiere matar el gusano antes de desayunarse...

—Excelente idea, padrino... Después de hablar con el viejo, por allá iremos...

Cuando logró sacudirse el avispero de las beatas que lo acompañaron a desayunar, y le hablaron de tantas cosas a la vez que no pudo enterarse parcialmente de ninguna, el buen cura entró a su despacho que quedaba en una pieza de techo bajo, con ventana a la plaza y puerta sobre el zaguán. Sentado en la mesa del rincón, entre dos estantes atestados de viejos libros parroquiales, lo esperaba un joven que balanceaba las piernas. Tenía el rostro ensombrecido por una preocupación interior: era de piel cetrina, ojos pequeños y vivos, labios delgados, y lucía un bigote casi infantil, descarralado, que se atusaba nerviosamente con los dedos. Después de los saludos de rigor, más sobrios de como se acostumbra en el pueblo, el cura se sentó en una vieja butaca de hule verde, que por una rasgadura descubría sus tripas de esparto.

—¡Calma, calma, muchacho!... —le aconsejó a su interlocutor, que lo miraba ahora con ojos húmedos y brillantes. Las aletas de su nariz palpitaban, como si estuviera a punto de sofocarse—. ¿Quieres confesar tus pecados? ¿O quieres simplemente conversar conmigo? Puedes tener plena confianza en mí... Considérame como a un amigo.

—¿Confesarme?... No, no he venido a eso, señor cura... ¡He venido a que me proteja su reverencia de que me asesinen! Dentro de media hora, de una hora, yo no sé cuando, tal vez muy pronto, vendrán por mí... ¡Y usted tiene que protegerme!... Si no me esconde en alguna parte, si no me saca de este maldito pueblo...

Las palabras se atropellaban, pronunciadas en un tono bajo a fin de que fuera de ellos nadie más se enterase de su contenido. Continuamente, con los pretextos más fútiles, entraba el sacristán para interrumpirlos.

—¡Déjame, te he dicho!... ¡Cierra la puerta!

—Como ordene sumercé... Era que venía a ver si estaba por aquí la escoba... ¿No se le ofrece nada a sumercé?

El cura logró tranquilizar a medias al muchacho, cuya ropa demasiado estrecha le embarazaba todavía más que sus preocupaciones.

—Te oiré como un amigo, —le dijo—, aunque sea la primera vez que nos veamos. Ten la seguridad de que lo que me digas, por grave que sea, puesto que así lo quieres no habré de revelárselo a nadie... De eso puedes estar seguro: a nadie... Después ya veremos qué se hace. Pero antes de que empieces a relatarme tus angustias...

—Yo venía a decirle que no lo maté... ¿Me entiende? ¡Yo no lo maté! ¡Yo no lo maté, padre!

Este fue personalmente por un vaso de agua, para serenarlo. Con un gesto nervioso el muchacho se aflojó la corbata y se bebió de un trago el agua del vaso. Lo colocó después, de un golpe, sobre la mesa.

—Vamos, —dijo su interlocutor con voz suave, tomándole efusivamente una mano entre las suyas: —¡Cuéntame todo!

El Anacleto, que era hijo legítimo de don Roque Piragua y de la hermana de don Pío Quinto Flechas, ya difunta, desde niño se mostró rebelde.

—Le tira la sangre materna, que es mala sangre —decía don Roque a quien quería escucharlo.

Y este don Roque se había casado ya muy maduro, y más por interés que por otra cosa, con la hermana de don Pío Quinto Flechas a quien por ser en aquel entonces el gamonal de un pueblo donde todo el mundo le temía, no había quien osara contrariarlo.

Era aquel don Pío Quinto hombre muy rico, que por toda suerte de mañas y artimañas fabricó una respetable fortuna, acogotando a los vecinos del pueblo a quienes les daba en préstamo dinero sobre hipotecas, y corriendo las cercas de alambre que dividían sus tierras de las de los aldeanos. Tenía fincas en toda la región, desde el pueblo de abajo, a la orilla del río, hasta el pueblo de arriba, en pleno páramo. Sus dominios temblaban bajo su puño de hierro. Cuando se emborrachaba, que era con frecuencia, solía divertirse disparando a altas horas de la noche en la plaza del pueblo, para amedrentarlo. Diariamente salía a caballo, muy de mañana, a visitar la finca de Agua Bonita donde sus hijos naturales trabajaban como peones en los barbechos, pues nunca quiso educarlos. Cuando su hermana estuvo en edad de merecer, como se decía en el pueblo, la casó con don Roque Piragua que pertenecía a una antigua familia conservadora del lugar, y a la sazón vegetaba, casi en la ruina, en la secretaría del juzgado.

Don Roque Piragua resolvió casarse con la hermana de don Pío Quinto Flechas, sólo para salir de pobre y en vista de que los tiempos no mejoraban. Su familia hacía rato que había perdido las preeminencias en la provincia: los contratos que alguna vez tuvo en las obras públicas y los remates de las rentas de tabaco y licores, porque todo eso, junto con el transporte del correo, lo acaparó don Pío Quinto. Los Piraguas, que a comienzos del siglo fueron muy poderosos, acabaron dispersándose por el departamento, envileciéndose en las ventas de los caminos y reabsorbiéndose en la humilde gleba rural. Gracias a su matrimonio, don Roque tenía la oportunidad de restaurar el antiguo esplendor que el nombre de los Piraguas tuvo alguna vez en el pueblo. Por su parte, don Pío Quinto sellaba mediante esa alianza una tormentosa época de odios y venganzas entre las dos familias, entre las dos dinastías que se disputaban la hegemonía en la provincia. El pueblo, como un remanso, o más bien como un lento remolino del río, daba vueltas sobre sí mismo.

Tornaron poco a poco, a la vera de don Roque, a bogar Piraguas en el pueblo. Muchos volvieron a la gáchapanda, y consiguieron medrar bajo el ala de su pariente y con la vista gorda del gamonal, que con los años parecía haber perdido los dientes y las garras. Fueron tiempos felices, que ya nadie recuerda. Los arrendatarios de Agua Bonita y los de todo el contorno de la provincia, apenas se daban cuenta de estas mutaciones y cambios de fortuna, porque, como decía don Roque, "esos indios no entienden nada". Para ellos todo seguía lo mismo, con don Pío Quinto Flechas mandando en jefe soberano sobre el pueblo, o compartiendo el poder con su cuñado y antiguo enemigo don Roque Piragua. Este, a medida que pasaban los años y se enriquecía y se rodeaba de parientes, iba mostrando la espuela, muy afilada en su peregrinación por el desierto. Mientras no había elecciones, cuando los requerían para que se matasen unos a otros, los campesinos continuaban escarbando la tierra con su arado de chuzo, bajo las lluvias torrenciales y entre las cerrazones del páramo. Su miserable jornal no se alteraba porque menguara o creciera la fortuna de los gamonales. Fueran estos godos o liberales, no dejaban por eso de mirarlos como a simples bestias de carga. Así se consideraran católicos fervientes, puesto que se llamaban godos y frecuentaban la iglesia, o se tuvieran por partidarios de las reivindicaciones sociales y las ideas avanzadas, puesto que se llamaban liberales y hacían chistes sobre el cura, lo

cierto era que los gamonales no tenían caridad en el primer caso ni sensibilidad social en el segundo. Los campesinos eran los siervos, los desposeídos, los miserables. Su tierra quedaba siempre expuesta al capricho de los caciques, que los echaban de ella cuando les venía en gana. Sus mujeres seguían cayendo derrengadas por la paliza dominical y el duro trabajo cotidiano. Sus hijos nacían hipotecados al patrón, como los bueyes y los marranos. Sus hijas seguían sirviendo de criadas y meretrices a los amos. Pero, por una fuerza de inercia que en el fondo no era sino miseria e ignorancia, los campesinos eran liberales si habían nacido en la finca de don Pío Quinto Flechas, en el páramo, y conservadores si alguna vez recibieron cepo y latigazos en la hacienda de los Piraguas...

El equilibrio entre las dos familias que secularmente se disputaban el predominio de la región, se conservó durante unos años, cuando nació el Anacleto en la finca de Agua Bonita, entre su tío el cacique liberal, que fue el padrino, y su padre el antiguo secretario del juez. Sobre su cuna habían hecho las paces para siempre las dos familias; a lo menos, eso creía la gente.

—Estamos en una era política de alianzas, que los gobiernos llaman de concentración nacional, decía el notario.

Pero no hay que olvidar que don Roque se casó derrotado por la pobreza cuando ya era hombre maduro y lleno de mañas, por lo cual no tardó en hartarse del matrimonio con una mujer a la que en realidad jamás había deseado. Para don Roque querer era desear, y lo demás no importaba. Comenzó, pues a dejar por largas temporadas a su mujer en la finca de Agua Bonita, que le adjudicó a ella don Pío Quinto Flechas, porque la quería mucho. La abandonaba con el recién nacido Anacleto, montaba a caballo y no volvía en dos meses. Andaba por los pueblos y las veredas, dando rienda suelta a su mula y a su concupiscencia, que ambas eran muy caprichosas. Decía que se iba de caza. Y en efecto, como quien persigue liebres o venados, levantaba en el páramo esas campesinas cuya frescura, tentadora un momento, como las flores silvestres, no dura sino mientras están en la mata, es decir, en el rancho. En una de esas rústicas flores, que paró después de cocinera en Agua Bonita, había tenido al Anacarsis. Le tomó cariño a la criatura porque la veía a diario, lo que no le sucedía con otros hijos a quienes ni siquiera volvía a mirar cuando la madre llegaba a

pedirle por el amor de Dios una limosna para no morir de hambre.

Don Pío Quinto, en cambio, sin haberse casado jamás para no alborotar su gallinero, nunca perdió de vista a sus retoños, habidos todos en la misma forma que su cuñado había tenido los suyos, pero a quienes destinaba con un sensato criterio de conveniencia personal a criados, peones, espoliques, pastores y guardaespaldas. Por ser suyos, no se molestaba en pagarles. De ahí que dijera don Roque en sus ratos de mal humor, que su cuñado no tenía necesidad de contratar peones, porque los fabricaba de balde y en su casa. Don Pío Quinto decía por su cuenta, cuando estaba borracho :

—Este Roque es una mansa oveja porque lo tengo por debajo... Pero donde se voltearan las cargas. ¡Virgen Santa!, sería capaz de asesinarme y de robar a su propio hijo... ¡Sólo que reza y empata, y santas pascuas!

El Anacleto y el Anacarsis se criaron juntos bajo el mismo techo, y cuando murió la madre del primero y se rompieron completamente las buenas relaciones entre don Roque y don Pío Quinto, que sólo la difunta había logrado mantener en las apariencias, el Flechas cargó con su sobrino para Agua Bonita, donde lo crió a su imagen y semejanza como si fuera su hijo. El Piragua por su parte se llevó a la casa del pueblo (que por herencia materna también le pertenecía al Anacleto) al otro muchacho, al Anacarsis, a quien siempre había preferido al legítimo.

—Es natural que lo prefiera, decía con sorna el notario : es natural...

Don Pío Quinto se dedicó pacientemente a envenenar el alma de su sobrino contra su padre, y aquel encono se emponzoñó todavía más cuando soplaron vientos de transformación política por toda la república, y los conservadores, como los sapos cuando llueve, empezaron a croar en el charco pidiendo rey. No tardaron en hacer a don Roque presidente del directorio municipal conservador, porque le tenía cogidas todas las cabuyas a don Pío Quinto y podría meterlo en la cárcel, lúgubre término de todas las grandezas aldeanas. El Flechas le decía a su sobrino que don Roque era un viejo libidinoso y ladrón, que acabaría robándole su herencia para entregársela al Anacarsis, que era un hijo de p... Le contaba que en las guerras pasadas, por el fin del siglo, los Piraguas se habían ensañado contra los Flechas, y entre las dos familias se trenzaron sangrientas y traicioneras batallas en el páramo. "Los hijos son de las madres" —decía don Pío

Quinto, sin acordarse que a título de progenitor tenía esclavizados a más de veinte hijos suyos, primos hermanos de Anacleto, en los barbechos y sembraderos de papa de Agua Bonita.

En la casa de la plaza de abajo, que ya daba por suya, don Roque no trabajaba con menor empeño en envenenar el alma del Anacarsis. "Agua Bonita tendrá que ser tuya" —le vivía diciendo—. "Ese renegado del Anacleto, que de mí no tiene si no el apellido, habrá un día de morder el polvo que tú pisas, porque los godos volveremos a gobernar en este pueblo, que siempre ha sido nuestro, y entonces yo seré el amo y tú serás el cacique. La madre del Anacleto era una tal por cual, y además muy fea. Yo sólo me casé con ella para poder algún día darle a un hijo como tú la educación que ahora te estoy pagando".

La cual no fue más allá de ponerlo dos años en la escuela, en donde descolló por truhán tanto como por bruto, y después lo llevó a manejar la tienda de la plaza de abajo mientras llegaba la hora de mandarlo a Agua Bonita como mayordomo.

Los dos muchachos crecieron en el odio y el deseo de la mutua venganza. Cambiaron los tiempos, y a don Pío Quinto, a raíz de unas elecciones manejadas ya desde la ciudad por sus enemigos, se le volvió el Cristo de espaldas. Don Roque se apoderó de sus antiguos dominios, y lo primero que hizo por medio del alcalde a quien había recomendado para ese puesto, porque era su mayordomo, fue ordenar la captura de su cuñado por cierto desfalco que este cometió alguna vez, cuando se alzó con el tesoro municipal siendo presidente del Consejo. (En los pueblos nunca falta materia civil o criminal para enjuiciar a los vencidos, meterlos en la cárcel y quitarles la tierra).

Don Pío Quinto, desamparado del apoyo oficial de que disfrutó a sus anchas durante muchos años, cuando dominaba su partido y él personalmente nombraba jueces y alcaldes, haciendo la lluvia y el sol en el pueblo, se convirtió en un vencido impotente. Había tenido que huir de noche, saltando cercas y vallados, y milagro fue que pudiera llegar vivo al pueblo de abajo. Fue en aquella ocasión cuando Anacleto se presentó a la plaza, todavía engallado y ensoberbecido porque no había acabado de comprender que ya su tío no era el cacique, y otro gallo cantaba en el gallinero. Se apeó en la casa del alcalde para pedirle cuentas por la persecución a su tío.

Como estaba borracho, insultó al alcalde que estaba recién llegado, y así no se atrevió a prenderlo en consideración a don Roque, que al fin y al cabo era el padre de aquel badulaque. Entonces el Anacleto, loco de la ira, amenazó con dar muerte a su propio padre si éste no retiraba la denuncia contra su tío y no le entregaba inmediatamente su propia herencia.

—No tienes la mayoría de edad, le contestó don Roque, quien se presentó a la alcaldía rodeado de un grupo de paniaguados y espoliques que miraban al muchacho taimadamente, por debajo del jipa.

Anacleto juró y perjuró delante de todo el mundo que volvería al pueblo cuando tuviera veintiún años, no sólo por su herencia sino a vengarse de ese viejo bandido que era su padre. Este le cruzó la cara de un latigazo, con su pesado cinturón de guarniciones metálicas, y le volvió desdeñosamente las espaldas.

—Lárgate con el bandido de tu tío —le había dicho—. Dile que algún día me las pagará todas juntas, comenzando por la vergüenza que tuve que sufrir, siendo godo y Piragua, al casarme con la gran p... de tu mamá que era Flechas y además roja.

El Anacleto, mordiéndose los labios, pero acorralado por los secuaces de su padre, no tuvo más camino que tragarse su humillación y seguir pronto el del otro pueblo. Desde aquel día, y de esto hacía tres años, el Anacarsis pasó a mayordomo de Agua Bonita, como estaba previsto: don Roque reinó cómodamente en el pueblo de arriba y don Pío Quinto se refugió en el de abajo, donde todavía quedaban liberales que le guardaran las espaldas.

El Anacleto se dio a rodar por el mundo, lo cual no es mera figura, porque se metió a chofer. Sólo permaneció unos pocos días con su tío, en el pueblo de abajo, y marchó después a la capital de la república para buscar trabajo, huyendo de la vergüenza que había dejado en su pueblo; y ni su amante tío logró detenerlo con halagos.

—No volveré en tres años, sumercé, le dijo al despedirse en la carretera, cuando montó en el bus. Volveré cuando tenga los veintiún años y pueda reclamar mi herencia con la ley en la mano; y lo vengaré a sumercé y a mi madre, que en paz descanse.

Desde aquel día, en lugar de hacerse llamar Anacleto Piragua, se borró el apellido de don Roque y se puso Flechas, por su madre. En cambio el Anacarsis, desde aquella fecha memorable en que su padre arrojó del pue-

blo a su medio hermano, sacó cédula electoral aunque ya tuviera varias, con el apellido de Piragua, por más que su padre no lo hubiera reconocido oficialmente por pura pereza. De manera que —¡cosa curiosa!—, el hijo natural se reputó legítimo cuando éste, por despecho, comenzó a considerarse natural.

—Así son las cosas, —comentaba el notario a misia Ursulita cuando a la media noche, desvelados los dos, se ponían a hablar de estas cosas que eran la diaria comidilla del pueblo. ¡Nadie sabe para quién trabaja!

—Sigue, sigue... Te estoy oyendo, dijo el cura al muchacho cuando éste, después de haber resumido la grandeza y la decadencia de su casa, permaneció en silencio...

Contó después que al llegar a la capital entró de engrasador y lavador de automóviles en el taller de unos paisanos; luego ascendió a secretario de camión; después pasó a chofer de bus en las líneas suburbanas, y ahora soñaba con libertarse de aquella servidumbre si lograba comprar, con su herencia materna, un camión para viajar por el país conduciendo viajeros y mercancías. Había conocido antiguos amigos de taller, que comenzaron sin un peso y ahora eran propietarios de flotas terrestres. Y el Anacleto deliraba, desde cuando vio por primera vez un automóvil, con llegar a ser chofer y propietario de camión. Amaba el desenfado, el vocabulario insolente, el atuendo extravagante de los choferes de bus. Para él no había cosa más admirable en este mundo que un motor de explosión, cuyas primeras letras y tornillos aprendió en el taller. Su música predilecta, cuando no la de los porros de la radio, era la de un carro al que están carburando. Hablar del "taimer", del acumulador, de los platinos, del "exosto", lo conmovía hasta las lágrimas. Cuando entraba a las plazas del pueblo, con su bus que metía un ruido infernal para lo cual le había acondicionado el "exosto", le parecía que él encarnaba la fuerza, la belleza, la rapidez, la prepotencia de aquella máquina norteamericana que obedecía dócilmente a sus manos. Si no despreciaba completamente al resto de los seres mortales, que para su desgracia no nacieron choferes, era porque pensaba que sin ellos, que componen el vulgar mundo de los peatones, los buses y los camiones no tendrían a quien molestar.

A pesar de la angustia que como una marea le iba helando el espíritu, el cura no pudo menos de sonreír cuando Anacleto, en el colmo de la indignación exclamó :

—¡Piense su reverencia que ese bandido de mi padre, y ese mal nacido del Anacarsis, nunca han montado en bus!

—Cuando llegaste al pueblo, ¿fuiste inmediatamente a casa de tu padre?

—A mi casa, dirá su reverencia. No... Primero fui a casa del notario, para que notificara al viejo y preparara las escrituras de traspaso de mi herencia. Luego bajé por la calle del río a la tienda de las gordas, donde encontré al secretario del alcalde, que era un pobre peón caminero en tiempo de mi tío Pío Quinto. Tomamos juntos unas cuantas cervezas, hablando siempre de cosas del pueblo, que andan ahora patasarriba desde que nos fuimos, y ya era noche cuando el notario me mandó llamar a la casa de abajo. Al entrar ni saludé al viejo, que había enflaquecido mucho desde... desde aquella vez. El notario leyó la hijuela de mi madre y las escrituras; el viejo hizo agregar una cláusula especial sobre los animales, porque quería quedarse con el caballo tuerto y una yunta de bueyes; el notario me llamó aparte y me dijo que si yo iba a ocupar esas tierras o a venderlas...

—¿Ocuparlas? —respondí—. No quiero que me asesinen en esta cueva de bandidos, señor notario. ¡Además, no tardarían mucho en robármelas! (Lo dije alto para que lo oyera el viejo). ¡Prefiero venderlas!

—Yo sé de alguien que es el alcalde, que se las compraría por diez mil pesos.

—Se las vendo.

—La mitad de contado, y la otra mitad en letras que usted puede descontar en el pueblo de abajo, en la agencia de los transportes terrestres.

—Como usted diga; ni una palabra más. Le prevengo que deseo salir mañana mismo de este pueblo, porque ya tengo palabreado un camión en la ciudad, y debo pagarlo pronto.

—Tendrá su dinero a mediodía, con tiempo para viajar al otro pueblo, me dijo el notario y agregó que me llevaría las letras ya firmadas. Eso fue todo lo que hablamos.

Luego, el viejo, sin despedirse de mí, subió renqueando las escaleras a la pieza de arriba, y el notario me explicó que tenía encargo de su parte de decirme que me quedara abajo, en la trastienda, puesto que la casa todavía era mía y podía así salir y entrar cuando me diera la gana; y me entregó la llave. Yo me caía de sueño. Me tiré

sobre el mostrador, rendido de cansancio... Cuando esta mañana desperté con mucha sed, en busca de un vaso de agua, vi que tenía la ropa salpicada de sangre que goteaba del techo, porque la tienda no tiene cielorraso y la pieza de arriba está entablada con gruesas planchas de madera que dejan filtrar la luz. Al verme así, subí las escaleras corriendo, pues algo me decía en el corazón que habían asesinado a mi padre. Lo encontré tirado en el suelo, pues debió caerse de la cama cuando forcejeaba con el asesino; y estaba bocarriba, con los ojos abiertos, los brazos estirados, literalmente cosido a puñaladas y bañado en sangre.

—Sigue, sigue...

—Lo dejé tal como estaba. Bajé a la tienda, me lavé las manos en la pila, y como tenía la ropa muy manchada me la quité, la envolví en un papel con una piedra y la tiré al aljibe... Me puse este vestido del viejo, que encontré en su armario, y sin pensarlo dos veces me vine corriendo a la casa cural. Temía no encontrar a su reverencia, pues el notario me había dicho anoche, o mejor, le había contado a mi padre delante de mí, que el nuevo cura sólo llegaría a la madrugada. Por esto, cuando oí campanas en la torre, sentí un gran alivio. Salí de la casa por las tapias del solar, para no abrir la tienda, y vine aquí dando un largo rodeo. Ahora pienso que fue inútil, porque si nadie sabe todavía en el pueblo que asesinaron al viejo, aunque me hubieran visto en la calle nadie podía pensar que yo estaba huyendo por haberlo asesinado... ¡Pero juro por la memoria de mi madre que soy inocente!... No niego que sea un buen muerto, y que tenía que morir como un perro... ¡Pero no fueron estas manos las que le quitaron la vida! ¿Lo oye, padre?... ¡No fueron estas manos! ¡No fueron!

Por la mente del cura pasaban raudos los más contradictorios pensamientos. ¿Sería Anacleto el asesino? ¿No lo sería? ¿Y qué podría hacer él, recién llegado a un lugar desconocido, para averiguar la verdad? Mirando fijamente en los ojos al Anacleto, como si quisiera sondear hasta el fondo más oculto de su alma, le preguntó:

—¿Cómo podrías demostrarme que tú no lo mataste?

—¿Cómo?... No sé... ¡Pero por Dios! Usted tiene que creerme, padre. ¡Yo soy inocente de este crimen! ¡Yo no soy un asesino! Juro que es la verdad todo lo que le he dicho... ¿Acaso usted no me cree? ¿Por qué no quiere creerme? ¿Es que no me puede creer?

Y poniendo las manos, pesadas y callosas, en los débiles hombros de su nuevo amigo, lo sacudió violentamente, ciego de ira y de espanto, con los ojos desorbitados...

—Yo te creo, hijo mío... Creo todo lo que tú me has dicho; lo quiero creer todo... ¡Dios me libre de malos pensamientos!... ¿Qué derecho tendría yo para poner en duda tus palabras? ¿Dios mismo no te creería? ¡Pero los demás!... ¿Qué pensarán los demás cuando se conozca este crimen?

—Lo comprendo. Usted es un hombre bueno, pero los otros son unos malvados. Por eso usted tiene que esconderme, pronto, o conseguirme una mula para poderme ir antes de que sea tarde... ¿Lo oye usted?... Ya comienza a lloviznar y dentro de una hora estará lloviendo a cántaros en el páramo... No puedo perder tiempo... ¡Por la Virgen Santísima, ayúdeme!

—Ante todo, yo debo ir a la casa de tu padre, para llevarle los últimos auxilios...

—No es necesario, padre. Está bien muerto...

—Tú tienes que acompañarme hasta su casa, para demostrar que tú no lo mataste...

El muchacho se retorció las manos hasta descoyuntárselas, y lo miró con los ojos suplicantes.

—No quiero negarle que yo lo odiaba, y lo odiaba como no he odiado a nadie en mi vida, como nunca volveré a odiar, pero no podía matarlo. ¡Le juro por mi madre que yo no lo maté!...

—Sólo Dios conoce la verdad, hijo mío, porque sólo El penetra como un rayo, en el corazón de los hombres y para su ojos nada hay oculto, ni siquiera en estas tinieblas del páramo... Mira, hijo mío; oye, Anacleto... Se te olvidó cambiarte las botas, que están manchadas de sangre...

—¡No me había fijado!... ¡Si estaba loco!... Soy un insensato... Tal vez se salpicaron en el charco, todavía fresco, que encontré en la pieza de arriba, al pie de la cama, cuando subí a ver si habían asesinado al viejo... ¡Pero yo no lo maté! ¡Le juro por Dios que no lo maté! ¿Qué necesidad tenía yo de matarlo? No soy un criminal, padre. Hoy deberían entregarme las copias de las escrituras, como puede preguntárselo al notario, y el primer contado de la venta me lo iba a dar el alcalde. Con ese dinero pensaba comprar un camión, como ya se lo dije, para piratear por los pueblos... Matarlo yo, ¿para qué? ¡Yo no soy un bruto, padre!

—¿Y todavía lo odias?

—Ya no lo odio... Cuando lo vi tirado en el suelo, bocarriba, con los ojos abiertos que parecían mirarme, sentí yo no sé qué en el corazón y me dio lástima... ¡Al fin y al cabo ese pobre viejo era mi padre!

El buen cura, intensamente pálido, sonrió con tristeza al ver al joven que no lo despintaba un momento y estaba pendiente de sus labios. El Anacleto continuó:

—Y después, ¿quiere saber lo que hice?... Después me hice la señal de la cruz, al pie del cadáver...

—¡Lo perdonaste entonces! ¿Ya ves cómo Dios es grande? ¡Lo perdonaste!

—No he tenido tiempo de pensar en eso. Si volviera el viejo a vivir, si pudiera resucitar, lo volvería a odiar como al principio porque era un hombre profundamente malo... ¡Era un infame! ¡Era un hombre que había insultado a mi madre! Pero no lo mataría, ya sé que no podría matarlo... ¡Yo no soy un asesino!

—Ahora tienes que perdonarlo. Está muerto, y sólo Dios puede juzgar de su alma...

—¡Cómo usted quiera! Si es necesario lo perdono... ¡Pero ayúdeme, padre! ¡Escóndame! ¡No tardarán en venir por mí! ¡Ay! Usted todavía no los conoce... Usted acaba de llegar al pueblo... Son malos, y crueles, y rencorosos, y asesinos... Del único que tal vez podría fiarme, porque es un hombre honrado, es del notario...

—¡Arrodíllate! ¡Arrodillémonos! Vamos a pedirle los dos a Nuestro Señor Jesucristo, que está presente en todas partes y nos está oyendo, que por los méritos de su Pasión, te dé fuerzas para sobrellevar esta prueba tremenda y a mí me ilumine... Los dos estamos necesitados de Cristo... Yo ni siquiera me atrevo a juzgarte, por miedo a incurrir en un juicio temerario y en un mal pensamiento... Te prometo que sea lo que fuere, y pase lo que pase, seguiré siendo tu amigo y no te desampararé un solo instante... ¡Yo no puedo hacer más!

—¿Me lo promete?

—Te lo prometo. Y por eso me atrevo a aconsejarte que no huyas, porque al huir te condenarías tú mismo... ¿Entiendes?... No tienes que temer a la justicia... Si eres inocente, ¿por qué la temes y por qué huyes?

El muchacho brincó, como si lo hubiera picado una avispa.

—¡La justicia! ¡Bah! ¡Cómo se conoce que usted está recién llegado a este pueblo y no conoce a los hombres!... ¿La justicia, dice usted? ¿Y de qué justicia me está ha-

blando? ¿Acaso hay justicia en este pueblo? ¿La del alcalde, que era un peón de mi padre? ¿La del juez, a quien hizo nombrar el viejo por misericordia? ¿La justicia! ¡No me haga usted reír!

El cura se estremeció de espanto. Aquel joven se había puesto entre sus manos y había jurado, con un acento de íntima convicción, que era inocente de aquel crimen atroz. ¿Quién pudiera saberlo? Si era inocente y no le ayudaba a escapar de esa justicia cuyas entretelas, descubiertas por las amargas palabras de Anacleto, lo llenaban de terror y de desaliento, como si hedieran: ¿no era condenarlo a muerte el detenerlo y no dejarlo huir? Pero si le ayudaba a escapar, y el muchacho resultaba culpable...

—¡Arrodíllate!, tornó a decirle, mirándolo a los ojos sin pestañear...

Y se arrodillaron ambos, el uno al lado del otro, en la estera del piso, ante el Crucifijo de pasta que se hallaba sobre la mesa. El sacerdote comenzó a rezar lentamente:

—Padre Nuestro que estás en los cielos...

—Padre Nuestro que estás en los cielos, repitió dócilmente el muchacho.

—Santificado sea el tu nombre.

—Santificado sea el tu nombre.

En aquel momento se oyeron pasos precipitados y voces en el zaguán, y abriendo violentamente la puerta que daba al corredor entró el *Caricortao*, tan agitado que apenas pudo balbucir estas palabras:

—Ahí están el alcalde, y el notario, y el juez, y el niño Anacarsis, y los dos guardias municipales... Porque encontraron asesinado en su casa a don Roque Piragua, ¡alma bendita!... ¡Ave María Purísima!... El señor notario me mandó a echar un doble...

CAPITULO III

EL VIERNES POR LA NOCHE

CUANDO el buen cura llegó al despacho del alcalde, estaba todavía pálido y trémulo por lo que había visto en la casa de don Roque, en la plaza de abajo; pero en la alcaldía, en cuyo patio grande y destartalado, cubierto de trastos y desperdicios, se encontraba atado a un botalón el Anacleto, lo que vio le encendió el rostro de vergüenza.

Pero hay que ir por partes...

Había encontrado en casa del difunto, a donde llegó corriendo y con las faldas de la sotana arremangadas, la puerta abierta de par en par, custodiada por el secretario del alcalde y un peón de estribo de don Roque, que tenían a raya a las mujeres que alargaban el cuello con la ilusión de ver mejor lo que pasaba en la tienda. Entró seguido del Anacarsis, el notario y el juez, que se les había agregado por el camino, pues el alcalde con los dos guardias municipales se encargó de conducir al Anacleto a la alcaldía, con carácter de detenido. Lo condujeron a empujones y culatazos, como a un cerdo que fuera camino del matadero. No sobra explicar que uno de los guardias, para redondear su sueldo que era bajísimo, tenía licencia de matarife, y el otro, por la misma razón, era contrabandista de aguardiente. El estanquero lo sabía y se hacía el de la vista gorda, pues llevaban el negocio a medias. ¡Nadie sabe cómo es de dura la vida en los pueblos para los empleados oficiales!

En el interior de la tienda, sobre el mostrador, había una gran mancha de sangre donde durmiera el Anacleto. El cura subió a saltos la escalera que conduce a la parte alta de la casa, cuyos peldaños, crujientes y desgastados por el uso, estaban embarrados y ensangrentados a trechos. Al desembocar en la alcoba, no pudo reprimir un grito de espanto, se santiguó a toda prisa y luego se

acercó al cadáver de don Roque que yacía en el suelo, bocarriba, con una mano crispada sobre una punta de la sábana, pues de ella debió agarrarse cuando cayó de la cama, y la otra abierta, al extremo de un brazo largo, amarillo y tieso como el de un santo de palo. El buen cura, se inclinó sobre aquel cuerpo semi-desnudo, rígido, violáceo, y con un ademán trémulo le dio la absolución. Luego le cerró los párpados, no por un sentimiento piadoso sino porque le horrorizó la visión de aquellos ojos turbios e inexpresivos como bolas de vidrio.

—¡No lo toque su reverencia! —exclamó el juez con voz trémula.

Se sobresaltó igual que si el propio muerto le hubiera tocado las espaldas, porque no había sentido subir al juez ni al notario, que ahora estaban allí, a su lado, contemplando estúpidamente el cadáver.

—No debió haber lucha muy larga—, opinó el juez, y examinó las heridas cubiertas por pegotes de sangre coagulada. Tenía una en el vientre, otra en el pecho, otra en un costado, otra en la garganta, otra en un brazo...

—¿Heridas de puñal? —preguntó alguien.

—Don Roque —continuó el juez que daba a su voz un tono frío y profesional— debió revolcarse en el lecho al recibir la primera puñalada; trató de defenderse con un brazo, y recibió la segunda; y rodó luego de la cama al suelo. En tierra, el asesino le debió asestar las otras puñaladas...

El boticario, que llegó en ese momento sin que nadie lo hubiese visto, se inclinó para examinar el cadáver. Era la autoridad médica del pueblo.

—La última puñalada, ésta que le asestaron en el vientre, estaba de más. La del pecho y la de la garganta bastaban para dejarlo como un pollo. En este pueblo nadie hace las cosas a derechas... Todos pecan por carta de más... Todos toman purgante doble...

El juez posesionado de su papel de instructor de causa, salió entonces en cuatro patas, escaleras abajo, siguiendo las huellas de barro y sangre que descendían hacia la tienda.

—¡Nunca me pareció que don Roque Piragua fuera tan flaco! —observó el boticario—. No era así cuando le puse unas inyecciones para el hígado, hace dos años. Voy volando por el formol y demás cositas para preparar el cadáver... Porque me imagino que lo enterraremos mañana.

—¡Lástima de hombre! —musitó el notario con voz alterada por la emoción, velada por una secreta angustia... — ¡Era un hombre bueno!

Un moscardón verde y torpe, que había entrado por la ventana, se posó en una oreja peluda de don Roque.

—¡Era un gran hombre! ¡Era el mejor hombre que ha conocido este pueblo! —gritó el Anacarsis estallando en sollozos. Luego quiso arrojarle sobre el cadáver, para besarle, como lo hiciera esa mañana cuando lo descubrió con el alcalde. El notario, tomándolo paternalmente por el brazo, lo sacó del cuarto y se lo llevó a la tienda, donde le dio un ron doble para reanimarlo. También él tuvo que tomarse una copa, porque sentía náuseas, y un temblor involuntario que no podía dominar le agitaba un párpado.

El buen cura, en cuya mente se atropellaban las ideas y las imágenes, se arrodilló al pie del cadáver y se puso a orar en voz alta. Luego se asomó a la ventana de la casa y le gritó a un chico de la escuela que subiera a la torre para llamar al sacristán. Las campanas de la iglesia, que no habían dejado de doblar un momento, repicaban ahora de una manera muy extraña.

—¿Qué repique estabas dando? —le preguntó al *Caricortao*, cuando éste se presentó con cuatro velas, un Crucifijo y la caja de los Santos Oleos.

—Fue que mi amo el notario me dijo que después de los dobles echara el repique de llamar a la gente que anda por los barbechos... Para que se enteren de que tenemos muerto en el pueblo, y muerto importante...

Quiso protestar y decirle alguna cosa, porque le fastidiaba aquello de no ser todavía cura en su propio pueblo; pero se absorbió en sus rezos y en el pensamiento de la muerte. ¡Le parecía tan absurdo y extraño todo aquello! La muerte estaba y no estaba allí: era un vacío dentro del cuarto, que todos procuraban llenar apresuradamente con alguna cosa, y que se iba dilatando por el pueblo en ondas de pavor, como las que produce en un pozo una piedra que cae. A veces se oían abajo las imprecaciones de Anacarsis, que como un requinto de Nochebuena estaba en blasfemias e interjecciones soeces. Al través de la ventana se filtraba el rumor confuso de la muchedumbre, porque la calle se iba llenando rápidamente de gente. No tardaron mucho en manifestarse las voces quejumbrosas de las mujeres, que habiendo vencido la resistencia del secretario del alcalde y del peón de estribo

que custodiaban la puerta, treparon escaleras arriba y se hallaban ahora arrodilladas al pie de la cama.

—¡Dios lo perdone, que buena falta le hace!

—A los muertos no hay que juzgarlos, misia Ursulita —sentenció con voz agria la señorita Zoila, que tenía un oído de rata. Atendía parte a responder las oraciones del sacerdote y parte a pescar en el aire la conversación de las mujeres.

—Es que me recuerda, no sé por qué, el cuadro de “La Muerte del Pecador” que hay en el cancel de la iglesia.

—¡Dios lo bendiga! ¡Era tan bueno con nosotras! —gimoteó una de las gordas, pues las dos habían llegado de las primeras, sin que hubieran tenido tiempo de dejar el libro de misa en la casa ni quitarse el rebozo.

—¡Nos quería tanto! —agregó la otra gorda—. El domingo estuvo donde nosotras, chanceándose toda la tarde, porque era muy chistoso, y me preguntó: “¿Estarán buenas las arepitas de las gordas?” Porque, eso sí, le fascinaban las arepas...

—¡Chist! —siseó el sacristán, descompuesto el rostro por la cólera, más de lo que solía tenerlo de ordinario por virtud de aquel machetazo que le desjaretó la boca—. Respeten sus mercedes que hay muerto en la casa...

—¡Cállate vos, indio mugroso!

La señora Ursulita, fatigada de estar de rodillas, sin aguardar a que el cura finalizara sus oraciones, se puso lenta y trabajosamente en pie, crujiendo toda, comenzando por los cuartos traseros y siguiendo por los delanteros, como una vaca. Se santiguó y se fue, sin mirar al muerto, a quien el juez ordenó que subieran al lecho para amortajarlo.

Al bajar a la tienda, la señora Ursulita llamó al notario, que se ocupaba en calmar con ron al Anacarsis, y le susurró al oído:

—Aprovecha, mijo, que hay gente acompañando al muchacho, para subir a la casa y tomarte tu chocolatito... Recuerda que no te has desayunado... Además tú sabes que ese viejo bandido no merecía tus atenciones... ¡Dios no castiga ni con palo ni con rejo!... Se ve que estás muy preocupado, por que otra vez te está brincando el ojo... ¿Y a ti qué te importa todo esto?

—Por Dios, mujer...

—¿Vienes?

—Voy después... Ahora no puedo.

Cuando ella salió, levantando los hombros en una actitud de resignación e indiferencia, sentimientos distintos

cuya manera de expresión es desgraciadamente una misma, el Anacarsis se acercó al notario :

—Padrino, ¿qué decía mi madrina Ursulita?

—Que se iba a la iglesia a rezar por el alma de tu pobre padre... ¡Está impresionadísima! Tú ya sabes cómo la quería don Roque... Lo que tal vez no sepas es que Ursulita lo adoraba. Yo a veces le decía... claro está que por molestar... “¡Ursulita!, no me hables tanto de don Roque porque me vas a poner celoso”. No te quepa duda, el hombre tenía madera de procónsul.

—¿Pro... qué?

—¡Procónsul!

—¿Esos empleados que el gobierno manda al exterior para que conozcan a París?

—No, ahijado... Esos son los cónsules. Los procónsules eran, pongamos por caso, los Roques que tenían los romanos en sus pueblos...

El boticario entró en aquel momento con sus desinfectantes para amortajar el cadáver. El juez se marchó a la alcaldía, a redactar las primeras diligencias e interrogar al Anacleto. El cura, que había improvisado un pequeño altar en la mesa del baño de don Roque, dejó al sacristán encomendado de organizar el velorio, mientras él volvía.

—¡Aquí no, su reverencia! —atajó el notario, tomándolo familiar pero enérgicamente por el brazo a tiempo que salía—. A don Roque hay que hacerle capilla ardiente en la iglesia...

—¿En la iglesia?

—En la iglesia... Como presidente que fue del Concejo, y presidente del directorio municipal conservador, y protocolador de la cofradía de mi padre y señor San José, y candidato perpetuo del pueblo a una senaduría que nunca quiso aceptar...

—Y procónsul del pueblo, terció muy serio el Anacarsis.

El cura vaciló un momento, pero resolvió ceder.

—Muy bien... Mientras el señor notario provee a lo necesario con el sacristán, yo voy a la alcaldía, porque tengo que hablar algo muy urgente con el alcalde.

—Mejor sería que no fuera su reverencia... ¿No es cierto, padrino?

—¿Tú eres el otro hijo de don Roque?

—El hijo de don Roque soy yo... El otro, el otro es un asesino.

—No podemos condenarlo mientras la justicia no falle y lo sentencie, hijo mío. Y si Anacleto fuera culpable,

tendríamos como cristianos que mirarlo con caridad. A los jueces de esta tierra correspondería castigarlo según las leyes... A nosotros, sus prójimos, nos toca perdonarlo, tenerle compasión y rezar por él...

Y dándole a Anacarsis un fuerte apretón de manos, que reflejaba al mismo tiempo su compasión y su angustia, terminó diciendo:

—Comprendo tu dolor y tu indignación por un crimen tan cobarde, pero ¡perdónalo! Es tu hermano... Jesucristo mismo, desde la cruz, nos enseñó a perdonar. “¡Perdónalos, Señor, dijo, porque no saben lo que hacen!”.

Cuando empezó a llover, los guardias dejaron de azotar al Anacleto y se acurrucaron en el corredor del patio, a lado y lado de la puerta del despacho del alcalde, el cual, con los dedos embadurnados de tinta y los dientes muy apretados, trataba en vano de emborronar un papel de oficio con “una providencia”.

—¡Compadre Mitrídates! —gritó a uno de los guardias.

—¿Qué quiere mi compadre?

—Corre hasta la casa de abajo a llamar a ese maldito secretario, que siempre se escabulle cuando lo necesito...

—Como por allá andan las gordas figando, no sería raro que lo encuentre. ¿Qué quiere sumercé que le diga?

—¡Qué venga a al momento! Tenemos que despachar una providencia... Y pasa por la telegrafía para advertirle a Gertruditas que muy pronto le voy a mandar un telegrama. Dile que no le vaya a pasar despachos a nadie. A nadie, ¿lo oyes?... ¡Ni al párroco!

El cual entraba en aquel momento, chorreando agua y envuelto en su manteo, porque le sorprendió el chaparrón en plena calle. Sin mirar al Mitrídates, a quien tropezó en el zaguán, ni saludar al alcalde que lo miraba de soslayo, se encaminó al centro del patio. Amarrado al botalón, parado en la mitad de un charco, desnudo de la cintura arriba, estaba el Anacleto doblado en dos y con las piernas tambaleantes. En viendo al cura, le dijo más con angustia que con rabia:

—¿No se lo dije? ¡Me van a matar estos bandidos! ¡Por favor, deme un poco de agua, padre!

Este le alcanzó unos sorbos en un tarro que halló tirado en el suelo, y debía servir para abreviar a las gallinas.

—¿Te azotaron?

—¡Mire cómo me tienen! ¡Si Dios no me favorece y comienza a llover, me matan!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No nos desampares!

Lo soltó del botalón, a donde se encontraba atado con un rejo, y lo arrojó con su manteo. Casi a rastras lo llevó al corredor donde el muchacho cayó exhausto. Sus manos, amarrotadas, se hinchaban visiblemente. El alcalde, que lo había visto todo desde su despacho, salió en aquel momento al corredor corriéndose la hebilla del cinturón de cuero, del cual pendía un revólver de cañón largo.

—¿Por qué lo soltó su reverencia? ¡Aquí yo soy el que manda!...

—Usted no tiene ningún derecho a martirizar a un ser humano, aun cuando sea el alcalde... A este hombre ni siquiera se le ha juzgado y mucho menos se le ha vencido en causa...

—¡Pero es un asesino!

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—Y su reverencia, ¿cómo sabe que no lo es?

—Me quejaré inmediatamente al gobernador y pasaré un despacho al señor obispo... Estamos en un país civilizado y cristiano y no en una cueva de bandidos... Hágame el favor de darme un papel y un lápiz para redactar un telegrama.

—Hoy no funciona el telégrafo, porque Gertruditas amaneció con dolor de cabeza... (Cabe advertir que en los pueblos los servicios públicos no son entidades abstractas, como en las ciudades, sino seres de carne y hueso que a veces se llaman Gertruditas).

El guardia que permanecía acurrucado en el corredor, con el fusil entre las piernas, estalló en una carcajada. El juez entraba en aquel momento, seguido de Anacarsis, quien tenía un bulto de ropa debajo del brazo, y un puñal en la diestra. Al ver al Anacleto tirado en el suelo, apretando los dientes para no quejarse, arrojó el bulto y se abalanzó sobre el caído, con el puñal en alto. El cura se interpuso entre los dos hermanos.

—¡Por Dios! ¡No lo mate!

El Anacarsis forcejeó un momento, pero vencido al fin más por autoridad de aquel hombre resuelto que por su fuerza física, tiró el puñal al suelo, con rabia, y se sacudió las manos. El alcalde, entonces, recogió las piezas de convicción y las llevó al despacho.

—¡Ya me las pagarás, ya me las pagarás maldito asesino!— le gritó Anacarsis al Anacleto—. ¡Mire, señor cura! ¡Mire la ropa toda manchada de sangre!... La que tiene puesta era de mi padre... ¡Y ahí está el puñal con que lo asesinó! ¿Necesita más pruebas? Encontramos todo eso

en el aljibe, con el señor juez aquí presente: el puñal y la ropa.

—Yo no lo maté... ¡Juro por Dios que no lo maté!
—balbuzeó el Anacleto.

El notario, al entrar al corredor de la alcaldía sacudió su viejo paraguas de mango de concha, que chorreaba agua, y se dirigió al señor cura:

—Desgraciadamente, todos los indicios lo condenan...

—Usted no ignora, señor notario, que los indicios no constituyen prueba.

—Es cierto —insinuó el juez con voz tímida, requerido por una mirada conminatoria del cura.

—Sus ropas están manchadas de sangre —explicó el notario—. El puñal con que se asesinó a don Roque se halló junto a las ropas y en el fondo del aljibe, donde seguramente los arrojó el asesino... Sus botas tienen todavía manchas de sangre... La escalera que sube de la tienda a la alcoba tiene huellas de sangre...

—¡Cierto, cierto! —interrumpió el juez—. Ya tengo hecha la diligencia del levantamiento del cadáver. Ahora mismo comenzaré a interrogar a los vecinos.

—¿Quién tenía interés en este pueblo de asesinar a don Roque Piragua, donde todos lo respetaban? —siguió el notario.

—¡Sólo ese miserable! —terció el Anacarsis.

—¿Por qué, si ya había firmado don Roque las escrituras correspondientes a la herencia de su madre? —preguntó el cura.

—¿Y su reverencia, cómo lo sabe?

—Porque Anacleto me lo contó esta mañana, en mi despacho. Ustedes llegaron a mi casa cuando él acababa de contármelo...

El notario y el alcalde cambiaron una mirada rápida.

—Estamos prejuzgando, señores, y Dios tomará estricta cuenta de nuestros juicios temerarios. ¿No es verdad, señor juez, que estamos prejuzgando?

Tímido y receloso, el juez miraba al alcalde, y al notario, y al Anacarsis, sin desplegar los labios. Al cabo emitió una opinión vaga y evasiva.

—Hay plena libertad para analizar las circunstancias...

—El señor cura —dijo el notario— tiene razón, caballeros... No debemos anticiparnos a proferir una sentencia, sino esperar que la inteligencia y honorabilidad del señor juez, aquí presente...

—Gracias, señor notario.

—Debemos esperar que él esclarezca este asunto que mancha la reputación de un pueblo cristiano, donde seme-

jantes cosas no pasaban sino en tiempo... Su reverencia no tiene por qué saberlo, puesto que llegó ayer... Sino cuando mandaban don Pío Quinto Flechas y este muchacho, su sobrino, en tiempos de la nefanda administración liberal...

—¡Eso! —exclamó el Anacarsis.

—¡Si su reverencia supiera las cosas que hicieron estos bandidos! —insinuó el alcalde humildemente en dirección al cura, como si con su actitud sumisa y comedida quisiera hacerse perdonar su insolencia de hacía un momento.

—Su reverencia hablaba enantes de que los indicios no constituyen plena prueba —continuó el notario.

—Es evidente —manifestó el juez, que había estudiado algunos años de derecho y todavía algo recordaba—. Es una teoría sustentada por los principales autores.

—Pero también es lícito indagar cuáles fueron los móviles de este crimen atroz, que nos indigna a todos. Al Anacleto, en verdad, no lo beneficiaba. Anoche mismo, en mi presencia, se firmaron las escrituras de traspaso de la herencia. Hoy deberían firmarse las letras y hacerse entrega del dinero. ¿No es cierto, compadre? Mi compadre iba a entregarle al Anacleto el primer contado...

—Entonces, en nombre de Dios, insisto yo : ¿qué interés tenía Anacleto en asesinar a su padre?

—Como heredero, claro está que ninguno. Eso hay que reconocerlo, ahijado... ¡Ninguno!

El Anacarsis y el alcalde se miraron sin comprender.

—Aunque las circunstancias lo condenen, es cierto que el análisis de los móviles del crimen nos llevaría a absolverlo —dijo gravemente el notario. El cura, en un arranque de efusión, le estrechó la mano.

—¡Dios lo ilumine, usted es un hombre recto!

El notario carraspeó con satisfacción, meneó la cabeza de un lado a otro, limpió cuidadosamente sus gafas con el pañuelo de "raboegallo" que llevaba en la faltriquera y miró a los circunstantes por encima de ellas.

—Sin embargo, sin embargo hay algo que me preocupa mucho. Su reverencia debe saber que estamos en vísperas electorales, y que de estas elecciones depende la estabilidad del régimen conservador, el mantenimiento del orden, el establecimiento de la justicia, la guarda de la religión y los principios cristianos en este pueblo, en esta provincia, en este país...

—¡Por ahí es la cosa, padrino! ¡Son los rojos los enemigos de mi padre!

—¡Sólo ellos podían tener interés en asesinarlo! Les pesaba mucho don Roque —explicó el alcalde.

—¡Le pesaba tanto al Pío Quinto! —gritó el Anacarsis, y montando en cólera súbitamente se inclinó sobre el Anacleto y lo agarró por la garganta—. ¡Habla! ¡Habla! ¡Desgraciado!... ¿No fue el Pío Quinto quien te mandó asesinar al viejo?

El cura y el notario lograron dominar al muchacho y apaciguarlo, apartándolo de su hermano que, caído e indefenso, no se atrevía a chistar palabra. El notario aclaró el pensamiento de aquellos exaltados.

—En fin... ustedes mismos lo han dicho: sólo una razón política podía aconsejar la supresión de este hombre bueno, aborrecido de los adversarios políticos a quienes su jefatura había reducido a la impotencia. ¡No hay que olvidar tampoco que a muchos les hacía sombra su riqueza!

—¿Usted cree, señor notario, que alguien pueda asesinar por esas razones?

—Yo no creo nada... Yo no afirmo nada, señor cura, y desearía que el señor juez aquí presente tomara nota de nuestras palabras al instruir el sumario. ¿O encuentran ustedes algún inconveniente en que lo haga? Tengo la idea de que al juez le interesaría registrar y meditar nuestras palabras.

—Por mí, que soy el párroco, no hay inconveniente.

—Entonces, señor juez, me parece claro que el pensamiento de don Anacarsis Piragua, y del señor alcalde, ambos presentes, consiste en que el crimen de don Roque Piragua, jefe único del partido conservador en este pueblo, tuvo una causa política: ¡Fue un crimen político!

—¡Eso, eso es! Y yo agregó que no pudo ser otro que el Pío Quinto Flechas quien ordenó ese asesinato, como no pudo ser otro que el Anacleto quien lo ejecutó ante la debilidad, muy sospechosa, del señor alcalde...

—No, eso sí que no, don Anacarsito... Yo no dispongo sino de dos guardias en el municipio. Anoche, como le consta al señor notario que es mi compadre, estuve pendiente hasta la madrugada de lo que podía ocurrir en la casa de abajo. Cuando llegó mi compadre y me dijo que don Roque se había retirado a dormir, y el Anacleto, borracho, se estaba quedando dormido, me tranquilicé y me fui a la cama... ¿No es así, compadre?

—Así es. Sólo que yo me atreví a decirle a mi compadre que me sentía nervioso, porque alguna vez el Anacleto juró en la plaza de este pueblo, delante de quien

quiso oírlo, y lo oí yo, que algún día volvería para cobrar su herencia y vengarse de su padre... Aunque no sé, claro está, qué entienden ustedes por eso de vengarse... Yo le insinué anoche a mi compadre, antes de recogerme a la casa, que sería prudente mandarle a don Roque los dos guardias, por lo que "potes contingere".

El alcalde empalideció y miró humildemente al Anacarsis, quien lo midió de la cabeza a los pies como si fuera a saltar encima.

—Si hubo algún descuido de la autoridad, perdóneme niño Anacarsis. Sumerché sabe que yo todo lo que soy en esta vida se lo debo al patrón don Roque, y lo quería como si fuera mi padre...

Se hizo un silencio embarazoso. El cura, con los ojos bajos, sentía que la vergüenza le subía a las mejillas y la desilusión le oprimía el pecho, sin que pudiera alejarla. No veía claramente lo que había pasado, ni sabía a punto fijo lo que estaba sucediendo a su alrededor. El mundo, visto ahora por la primera vez cara a cara, le pareció extraño y sumido en esa densa niebla del páramo que oculta la realidad de los baches donde se atascan las mulas, y la aspereza de las rocas que golpean súbitamente al viajero. Creía, por un momento, que estaba soñando. Todo le parecía lejano, brumoso e impreciso. Y por primera vez en su vida dudaba del testimonio de sus sentidos y prestaba mayor fe que nunca a la Divina Providencia, sin cuya oculta intervención todo volvería al caos. ¿El Anacleto era o no era inocente? ¿Era o no era culpable? Esta duda le taladraba el corazón y la sentía delante de sí, densa y reacia como una roca atravesada en su camino. Como comprendía que era inútil perder el tiempo divagando, aplazó para mejor oportunidad el análisis de sus sentimientos. Se pasó varias veces la diestra por la frente pálida y sudorosa, pues trataba de recordar algo que se le había olvidado. Un débil quejido del Anacleto, que acababa de desvanecerse, lo volvió de golpe a sus preocupaciones inmediatas, ahogadas por aquel turbión de palabras insulsas que embotaban no sólo la realidad de sus ideas, sino la existencia misma de sus locuaces interlocutores. De un salto corrió al patio, recogió agua en el tarro y roció la cara de Anacleto. Luego le dio a beber, cuando recobró el sentido.

—¡Señor alcalde! — gritó con tal energía, que causó una profunda sorpresa en el Anacarsis, que en él miraba a un cura idiota; en el alcalde, que lo juzgaba un cura ingenuo, y en el notario, que lo creía un pobre diablo.

—¿Cómo decía su reverencia?

—Digo, señor alcalde, que sea o no culpable este muchacho que acaba de volver en sí, no hay ley divina ni humana que permita que se le juzgue y se le torture sin oírlo, como usted acaba de hacerlo. No hay ley divina, porque la primera de todas es la caridad que usted está pisoteando como si no fuera un cristiano. Ante Dios Nuestro Señor, en cuya casa estuvo usted esta misma mañana, porque yo lo vi en misa, usted ha pecado gravemente. Ante las leyes naturales y las leyes de la nación, yo quisiera que el señor notario y el señor juez me dijeran si en este pueblo tienen fuero especial los guardias para azotar a los presos, y los alcaldes autoridad para presenciar semejantes abominaciones sin levantar un dedo.

—¿Quién ha azotado a quién? —preguntó azorado el alcalde.

Rápidamente el cura retiró el manteo que cubría las espaldas y el pecho de Anacleto, cruzadas por gruesas granjas violáceas, salpicadas de pequeñas gotas de sangre.

—¡No es posible! —exclamó el notario—. ¡Eso no puede ser, compadre! ¡Eso está muy mal hecho!

El alcalde agachó la cabeza, avergonzado, y el Anacarsis, mascullando algo entre dientes, dio media vuelta y tomó las de Villadiego. El juez, que hurtaba adrede las miradas acusadoras del párroco, entró al despacho del alcalde so pretexto de buscar las piezas de convicción para examinarlas más despacio. Y el notario meneó ligeramente la cabeza de un lado a otro, y mirando por encima de las gafas, dijo :

—¡Eso no está bien, compadre! El señor cura tiene razón : ¡eso no está bien!...

Y el buen cura se alegró íntimamente, pensando que sus palabras habían operado el milagro de ablandar el corazón del notario.

Un mezquino rayo de sol, filtrándose por entre dos gruesas nubes que planeaban pesadamente sobre el pueblo, iluminó la plaza de arriba cuando el cura salió de la alcaldía para vigilar los preparativos del entierro. En la tienda de Rafo vio un denso grupo de campesinos embriagados que lanzaban gritos de vez en cuando. El secretario del alcalde tomaba cerveza con el Anacarsis, a horcajadas ambos en unos bultos de papa paramuna, rodeados de compadres.

—¡Que muera el Anacleto! ¡Abajo los rojos!

Tales fueron las frases enconadas que el párroco pudo pescar al vuelo, al pasar en dirección a su iglesia. En

el atrio había mucha gente, que fluía de las calles que desembocan a la plaza y suben de la vega del río o descienden de la cuesta del páramo. Ayudado por el monaguillo que cargaba una lata llena de engrudo, el sacristán pegaba grandes cartelones en las paredes de la iglesia, encima del cartelucho que anunciaba las cuarenta horas. El cura vio que estaban escritos a mano, con una brocha de enjalbregar, y con ese barniz azul turquí que en tiempos menos duros servía para marcar los bultos de papa de don Roque y para escribir los edictos. En el pueblo de arriba no había imprenta.

—¿Qué estás haciendo?

—Aquí pegando estos cartelitos que me dieron el secretario y el niño Nacarsis. Me dijeron que era orden del alcalde, y como muerto don Roque, el niño Nacarsis será el que manda.

—Te equivocas. Mandará en su casa, porque en la iglesia el amo soy yo.

—Mire sumercé —le advirtió el *Caricortao*, al oído— que no diga esas cosas delante de esta chusma, porque le llevan el cuento al niño Nacarsis y con lo bravo que está...

Los carteles anunciaban que las honras del ilustre don Roque Piragua se celebrarían el próximo domingo, a la hora del mercado, y a ellas invitaba el directorio conservador del pueblo cuyo vicepresidente era el notario. Se encarecía la asistencia de los campesinos y se les pedía que manifestaran su protesta "por el horrendo crimen cometido por los liberales".

—¡Esto es absurdo!, exclamó el cura, y sin poder contenerse arrancó los carteles.

—¿No ve sumercé que ya prendimos otros dos a la puerta de la alcaldía?

—Pues a la puerta de la iglesia yo lo prohíbo.

Se abrió paso trabajosamente entre campesinos de montera y ruana que olían a humo y a establo, y le miraban sin comprender una palabra. El sacristán y el monaguillo lo siguieron cabizbajos y cariacontecidos, y ya en la iglesia el uno se puso a encender las velas del altar y el otro a barrer el presbiterio, donde sobre dos grandes burros de madera se habría de colocar el catafalco de don Roque. El cura, nervioso y preocupado, dio las últimas órdenes concernientes al velorio y entró a la sacristía para meditar a solas y rezar en silencio.

Arrodillado en su reclinatorio, cerró los ojos y procuró hacer un examen de conciencia. Creía encontrarse en aquel pueblo desde hacía años, hundido hasta el cuello

en aquel infierno al cual descendiera por un túnel de niebla, al través del escabroso camino del páramo. Estaba triste y desilusionado hasta la muerte. Temía que su espíritu, aficionado a la soledad y predispuesto a la contemplación, no resistiera mucho tiempo la agitación superficial de la vida ordinaria. Había escogido ese camino, estrecho y resbaloso, que bordea el precipicio del cual ascienden los vapores de la incomprensión y la ignorancia. Sentía deseos incontenibles de llorar por las torturas que padecía el Anacleto, y porque en el fondo le inspiraban lástima aquellos hombres cegados por el odio, cuyas almas envueltas en nieblas y vapores no recibían jamás la tibia luz de la mansedumbre cristiana. La caridad es una energía creadora que se expande y se comunica a los otros, pero sólo ahora comprendía que hay obstáculos que la detienen y la paran como una selva de hojarasca. Recordaba las palabras esquivas del notario, y la actitud insolente a veces y otras sumisa del alcalde, y el furor ciego de Anacarsis, y la pusilanimidad del juez, y el rencor que más que la sed y los azotes envenenaba el alma de Anacleto.

El desaliento de Cristo, cuando oraba en el huerto entre los discípulos dormidos, solicitaba ahora su pensamiento. Nunca en el Seminario, cuando meditaba en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, había logrado comprender ciertos pasajes, que a pesar de la explicación de los exégetas le parecían oscuros y misteriosos, porque su espíritu no había pasado por semejantes experiencias. Y una de las más dolorosas es la de comprobar que los demás no piensan como nosotros pensamos, no ven lo que nosotros vemos, no sienten como nosotros sentimos. Sólo puede unificar los espíritus y los corazones la comprensión de todos y cada uno en un común punto de vista. Mientras todos los hombres no asciendan la cuesta del Calvario y no miren desde la cruz, al través de los ojos del Cristo, el melancólico panorama del mundo envuelto en sombras, no habrá entendimiento posible entre unos y otros. No piensan de la misma manera los sayones que echan los dados sobre la túnica del Cristo, sin alzar los ojos a la cruz porque el interés del juego los embarga, y quien con los brazos abiertos y clavados a un leño padece en sus carnes la mordedura de la muerte. Frente a esta última e impostergable realidad de la vida, que es la muerte, todo en el mundo es una apariencia engañosa.

La terrible soledad de Cristo en la cruz y en el huerto de los olivos, se comunicaba al cura por obra de su pen-

samiento. Aunque se sintiera rodeado por un estrecho círculo de seres que conversan, al través de sus imágenes y de sus impresiones palpaba el vacío del corazón de los otros. La caridad consiste en identificarse con ellos, envolverse como ellos son, en colocarse dentro de su mismo punto de vista. Sólo que existe una caridad más alta y verdadera, la sola capaz de abrasar el mundo en una hoguera de amor porque procura no sólo que los hombres se identifiquen entre sí, y mutuamente se asimilen los unos a los otros para comprenderse mejor, sino que los levanta hasta el Cristo. Para entender a nuestros semejantes y juzgarlos a nosotros mismos, debemos adoptar el punto de vista que tuvo Cristo en la cruz, pues desde aquella eminencia, todo es claro e inteligible. Los hombres se combaten, se odian y se destruyen, porque no se aman entre sí. Su perspectiva visual, a ras de tierra, es tan torpe y limitada que fatalmente interfiere la perspectiva de los otros. No basta pues, pensaba el buen cura, ponerme yo en el pellejo del Anacleto para sentir sus azotes en mis propias espaldas; ni identificarme con el Anacarsis, para apreciar sus razones de odiar al Anacleto, y disculpar su pasión; ni introducirme en el alma primitiva del alcalde para desmontar sus arrogancias y entender sus flaquezas. Tengo que levantarme hasta el Cristo, para desde aquella altura ideal ver los movimientos de estos hombres que se combaten porque jamás han abierto los ojos a una luz que hace palidecer las estrellas. El gran pecado es la ignorancia de Cristo, cuya consecuencia es la dureza del corazón que ciega la fuente de aguas vivas que es la caridad. Para comprender a los hombres hay que sentirse como ellos, pero para amarlos es necesario verlos desde la cruz, porque de lo contrario sería casi imposible perdonarlos.

—La señorita Dolorcitas manda decirle a sumercé que si trae la escuela a las cuatro, para la doctrina..., susurró el sacristán al oído del cura, sin respetar su soledad.

—Que la traiga.

—Y con el cadáver en la iglesia, ¿cómo se hace?

—Que no la traiga... ¡Ahora déjame!

—Es que...

—Déjame, te lo ruego...

—Es que la María Encarna, ¿no la conoce sumercé?, lo está esperando adentro, con los chinos.

—Dile que me espere.

—Y la señorita Zoila quiere confesarse...

—Ya voy, ya voy... Pero después de rezar, mientras traen el cadáver de don Roque, tengo que almorzar alguna cosa... Dile a la boba...

—No es por traerle chismes a sumercé, pero bueno es que sepa que el niño Nacarsis salió hace rato con el secretario del alcalde para Agua Bonita. Me lo dijeron las gordas, que están en la iglesia arreglando el altar de mi padre y señor San José, patrono de don Roque...

—Bueno, bueno... ¡Ahora déjame!

—¿Y qué le digo a la señora Ursulita, que vino a preguntar si esta tarde hay bendición con el Santísimo?

—Dile que no, porque a esas horas ya estará en la iglesia el cadáver. ¡Está lloviendo otra vez?

—Eso no hay cuando escape, sumercé...

Y salió el *Caricortao* sin hacer ruido, arrastrando los pies descalzos.

Sentía el buen cura una profunda compasión por sus rudas y montaraces ovejas, que si no podían ver lejos y con mayor claridad, era porque la ignorancia, y el muge, y el apartamiento, y la soledad del páramo las apretujaban unas contra otras entre sus bardas. La sombría casa cural donde no había baño como en el Seminario y era menester por lo tanto salir al solar para despachar ciertos menesteres que humillan al más guapo; la hipocresía de las beatas, la rapacidad de los ricos, la impertinencia de los pobres, la fosquedad del páramo: todo eso sumía al cura en una melancólica depresión. Jamás había pensado que lejos del mundo, que es la ciudad, fuera tan difícil encontrar la soledad del espíritu y la paz de Dios: paz que sacia el hambre de los ascetas y soledad que puebla la celda de los santos. Nunca creyó que fuera tan constante la presencia del mundo en una aldea infeliz, perdida entre las brumas, que él escogió porque creyó ingenuamente encontrar allí el camino, la verdad y la vida, en el silencio, la soledad y el reposo.

¡Cómo le pesaba ser cura! Si se encontrase en un convento, por trabajosa que fuese la regla de los frailes, su espíritu se echaría a volar fácilmente en busca de la atmósfera delgada y luminosa donde desaparecen las dimensiones terrestres y son lógicos y comprensibles el éxtasis, el arrobó, la beatitud, las lágrimas y el milagro. ¿Por qué, en vez de entrar a un convento, escogió este curato como el mejor camino para alcanzar en la humildad la perfección de los santos? Sólo por caridad, sólo porque pensaba, desde el día en que le golpeó el corazón la vocación religiosa, que a la palma del mártir debe ser preferible a los ojos de Dios el trabajo del catequista,

y a la gloria del asceta en su cueva debe ser más meritoria, por más útil, la labor del pobre cura de pueblo.

La caridad que no se recoge sobre sí misma, sino que se derrama como una bendición sobre los hombres, es la sal de la tierra, es el granito de mostaza, es la simiente de la viña, es el Reino de Dios. Si la sal se corrompe, ¿quién salará la tierra? El misionero, más que el mártir que ocasionalmente se inmola, y el cura de pueblo más que el santo que se recluye en su cueva, son los instrumentos preferidos de la caridad de Dios, así como aquéllos son los espejos de su gloria. Y si la lucha de los últimos es más valiente, porque tienen que enfrentarse al dolor físico y desafiarse la tentación de la carne, la de los segundos no por mezquina que parezca es menos ardua.

El cura pensaba si no sería más meritorio abrirse las carnes, ahora quietas y adormecidas, con un cilicio, a vencer esas pequeñeces que perturban el espíritu y lo descarrilan, como guijarros puestos en una carrilera. Pensaba si no sería más llevadera la mortificación que el asceta escoge y acepta, que la incomodidad que asalta diariamente al cura, sin saber a qué horas. Cuando lo tenía todo en el Seminario, el baño tibio, la ropa limpia, la capilla hermosa, los amigos fieles, los libros buenos, la biblioteca acogedora, nada estorbaba su elación y para acuciarla acudía muchas veces a la mortificación espontánea. Ahora el mundo de las cosas pequeñas se presentaba intempestivamente, derrotando y humillando su espíritu. No podía concentrar su pensamiento en temas nobles y elevados, porque las ruindades del ambiente le tiraban hacia abajo, y eran cardos y espinas que le enredaban la sotana. El piquete de una pulga, cuando estaba a punto de olvidarse de sí mismo y de perderse en el piélagos de la Divina ternura, lo precipitaba súbitamente en la realidad, pequeña e impertinente como la pulga misma.

Al pensar en sus miserias, en sus inquietudes, en sus desgracias, se hallaba a punto de llorar. Se sentía terriblemente solo, y hubiera necesitado como Cristo en el huerto de los olivos, que un ángel descendiera del cielo para consolarlo. Aunque su corazón rebosaba ternura, su espíritu era flaco y estaba pidiendo ayuda. No podía levantarse un palmo de aquel suelo miserable donde tenía hincadas las rodillas. Dudaba de sus propias fuerzas y no era capaz de elevar su corazón a Dios. En lugar de meditar en Cristo, como había querido hacerlo cuando se arrodilló, se había puesto a divagar y ni siquiera tuvo

el valor de ponerle el pecho a la realidad de aquel crimen, cuando harto de no entender y de sufrir, se refugió en la sacristía de la iglesia para huir de todos y no pensar en nada...

—¡Señor cura, señor cura!

—¿Otra vez estás aquí? ¿Qué quieres? ¿Qué pasa?

—Acaban de traer el cadáver de don Roque. Ya le puse las cuatro velas y lo tapé con un velo negro que tenemos para cubrir el altar mayor en Viernes Santo. Las señoras están rezando mientras sumercé llega.

—Diles que voy dentro de un momento... Sube a tocar las campanas.

—La María Encarna sigue esperándolo en la casa cural. Trajo dos costales con la ropa, y un talego con fiambre. Le dijo a la boba que si sumercé la dejaba, pasaría la noche con los chinos en la casa cural.

—¿Pero qué quiere?

—Yo no sé, mi amo... Es una mujer mala.

En el atrio de la iglesia y al amparo de los andamios se había agolpado mucha gente en torno al notario, al juez, los concejales, el boticario y demás notabilidades del pueblo. Mientras repicaban las campanas llamando al Rosario, todos comentaban los acontecimientos de la mañana. La tarde declinaba tristemente, entre ventarrones y lloviznas. De la tienda de Rafo llegaban gritos e imprecaciones, porque la gente estaba alborotada y borracha, y comenzaban a presentarse en la plaza, con machete al cinto, los arrendatarios de Agua Bonita...

—No hay que darle vueltas: ¡es un crimen político!
—decía el alcalde.

—Eso parece, compadre... ¿Pudo comunicarse con el pueblo de abajo?

—Tuve una conferencia telegráfica con el señor alcalde. Va a mandar refuerzos de policía, con un sargento que tiene práctica en estas cosas. Por allá todo anda tranquilo. Nadie sabe lo que ha pasado, y es mejor que así sea, porque Llano Redondo está plagado de los bandidos del Pío Quinto que podrían echársenos encima, si olieran algo...

—Hay que tomar precauciones, aconsejó el notario.

—Ya avisé a toda la gente de las veredas. Mañana, en el entierro, no quedará nadie en los campos...

—¿Y los vivientes liberales del Alto de la Cruz?

—Llegarán esta noche, o a la madrugada. Por allá fueron a traerlos el niño Anacarsis y mi secretario.

—¿Es cierto que el señor cura quitó los carteles de la iglesia? —preguntó el boticario.

—Sí, sumercé —dijo uno de los campesinos que rodeaban a los notables. —¡Yo mismito lo vide con estos ojos! ¡Y lo arrancó asina, con rabia!

—¡Humm! ¡Y después de lo que presenciemos esta mañana! —comentó el notario.

—Por ahí contaban —continuó el boticario—, que el cura había querido pegarle al Anacarsis en la alcaldía...

—Irrespetarlo —corrigió el alcalde—. Agredirlo propiamente, eso no. Ahí estábamos con mi compadre para impedirlo...

—Cierto —dijo el notario—. Pero sí me extraña mucho que su reverencia hubiera querido soltar al Anacleto.

—¿Soltarlo? ¿Para que huyera?... También me contaron en la tienda de Rafo que el Anacarsis había dicho que el cura está de parte del diablo... quiero decir de los liberales.

—Tanto como eso, no —dijo el notario.

—Pero si no andamos con cuidado, lo deja huir. El *Caricortao* —terminó el alcalde— me contó que el cura tiene asilada en su casa a la María Encarna.

—¿De veras?

—Como lo están oyendo.

—¡Lástima del señor cura viejo! —exclamó el notario. Era persona de experiencia, que no se dejaba engatusar fácilmente... Este... bueno: éste es muy novato para el oficio. ¿No es cierto, compadre?

Diez minutos después toda la plaza se había enterado de que el cura aquella mañana había soltado al Anacleto para que huyera, sólo que el alcalde y el notario lo habían logrado pescar a la salida del pueblo, y lo metieron otra vez en la cárcel. Se sabía también que era partidario de los liberales, porque había asilado a la María Encarna en la casa cural. Se decía finalmente que había insultado al Anacarsis, llamándolo godo indigno, por lo cual éste lo había amenazado con pedir su destitución al señor Obispo...

—¿Con que esas tenemos? —decía la gente.

Y los chismes giraban en torno a la plaza, como un pasavolante, y al regresar al sitio de origen, que era el atrio donde conversaban los notables, ya se habían desfigurado a tal punto que nadie podría reconocerlos. Lo más grave, que hizo subir de punto la indignación de los vecinos, fue que alguien llegó con el cuento de que el alcalde había solicitado refuerzos al pueblo de abajo, por-

que los bandidos del Pío Quinto, que operaban en Llano Redondo, preparaban un asalto para aquella noche... Cuando el chisme dio la vuelta a la plaza, y retornó al atrio de donde había salido, el alcalde lo recibió con este comentario:

—La situación es muy delicada... Y no puedo decirles más, como lo sabe mi compadre el notario, porque se trata de un secreto de Estado.

El cura terminó su rezo, ahogado ya todo impulso religioso por el rumor creciente que llegaba de la plaza a través de la iglesia, y de la iglesia a través de la puerta de la sacristía. Se caló el bonete y entró un momento a la casa cural para comer cualquier cosa, porque desde el desayuno que fue muy sucinto y breve no había pasado bocado. En el patio y en el corredor picoteaban el suelo resbaloso unas gallinas saraviadas que no había visto por la mañana.

—¡Eso qué! ¡Las horas a que sumercé viene a almorzar! —le dijo la boba que estaba extendiendo unas piezas de ropa en un alambre, a lo largo del corredor.

—¿Me puedes preparar algo de comer?

—El fogón se apagó hace rato. Si sumercé quiere un pedazo de queso y un bocadillo... porque no hay más. Como si fuera poco, se entiesaron las mogollas de misia Ursulita.

—Y estas gallinas, ¿de quién son?

—De mi amo. Se las trujo la María Encarna, que ahí está en la cocina con los chinos. Dijo que quería hablar con sumercé, téngale cuidado porque es una mujer mala...

No era sino una pobre mujer esta María Encarna, prematuramente envejecida por los sufrimientos y los hijos, que labran la salud todavía más que los sufrimientos. No tendría cuarenta años, pero aparentaba sesenta, con la piel del rostro manchada y amarilla, el pelo opaco, las manos rojas, el vestido brillante por el uso, y los pies calzados con unas viejas botas de tacones torcidos. Llevaba un niño en brazos, tuerto y enteco, de cabeza enorme para un cuerpecito que no podía sostenerla. "Es hidrocefálico" —penso el cura.

—¡Es el menorcito: es bobo! —dijo la madre cuando se desplomó sobre la silla de hule verde, y lo dijo con una sonrisa fatigada e indiferente. Su voz era monótona y pareja, sin matices, ni color, ni vida, que erizaba los nervios.

—Mi marido y yo no éramos de este sitio, a Dios gracias. Nacimos y nos criamos en un pueblo de tierra

caliente, a la orilla del río, donde teníamos muchos parientes y amigos, y una tienda de abarrotes muy bien surtida, y una casa de dos pisos con locales sobre la calle. La tienda se llamaba *La Favorita*. Allí nacieron todos los niños, y las dos mayorcitas estudiaban en el colegio de las Hermanas, que las querían mucho. Salieron al padre, que era muy inteligente y activo, y se ganaba amigos en todas partes cuando viajaba por el departamento correteando sus mercancías. No había pueblo, fuera de éste, donde no lo estimaran y lo quisieran. Yo, en cambio, soy una boba...

—¿Y por qué emigraron?

—Cambiaron los tiempos, señor cura: quiero decir los alcaldes, y los agentes de la policía comenzaron a perseguirnos. Todos los liberales se fueron, menos nosotros, porque a mi marido le aconsejaron los conservadores decentes que se quedara. Por las tardes iban a la tienda a hacer tertulia con él, que era chancero y les preguntaba cuándo irían a matarnos. Primero nos obligaron los guardias a cerrar la agencia de los periódicos, que nos daba mucho. Como protestamos ante el alcalde por este atropello, dio orden de que quemaran el paquete de gacetas en mitad de la calle, frente a la tienda, para que nos enteráramos. Nuestros deudores dejaron de pagarnos, porque *La Favorita* traía telas y vendía artículos al por mayor, con crédito, de donde se surtían las tiendas pequeñas. Los domingos por la noche venían los guardias a emborracharse en la trastienda, y cuando intentábamos cobrarles la cuenta, nos amenazaban con incendiar la mercancía. Un día, porque este pobre chino andaba gateando y tropezó con la mesa de los guardias, tumbándoles la botella de aguardiente, uno de ellos le tiró una patada con su gruesa bota de carramplones y le vació el ojo. ¡Mire como lo tiene!

—¡Pobrecito!

—Entonces resolvimos trasladarnos a otro pueblo, antes de arruinarnos completamente en el propio. Y fue peor. Estuvimos una temporada en la capital del departamento, donde abrimos un baratillo en un zaguán para empezar otra vez los negocios. Como no tardaron en saber que éramos liberales, cuando vinieron las últimas elecciones que el señor cura recordará, nos saquearon la tienda y tuvimos que salir huyendo en un camión que traía unos bultos de zaraza para el pueblo de abajo. Estábamos en la miseria y sólo nos quedaba lo que llevábamos puesto. En el pueblo de abajo mi marido consiguió,

con don Pío Quinto Flechas que alguna vez había tenido negocios con él, unos pesos prestados para comprar licores. Le dieron también una agencia de cervezas, y nos vinimos a este pueblo donde decían que la vida era muy tranquila y barata para los forasteros. En este páramo, donde no viene nadie, ¿quién podría molestarnos?

Don Roque Piragua, que al principio fue muy caritativo con nosotros, mientras nos vio pobres, cuando se dio cuenta de que mi marido, que trabajaba de sol a sol sin levantar cabeza, iba poco a poco surtiendo la tienda del camino real, y acaparaba la panela de los pueblos del río, y el aguardiente de los contrabandistas del páramo, y el carbón de palo de los indios de Agua Bonita, se malquistó con nosotros. Le estábamos quitando su clientela de la tienda de la plaza de abajo. Un día en que yo no estaba llegó a la tienda don Anacarsis, su hijo, que es muchacho atrevido y pretencioso, pues se cree dueño del pueblo. Persiguió por el solar a la niña mayor, que apenas tiene doce años y es muy bonita, con la intención de malograrla como hacía con las campesinas que se libraban de las garras del viejo. Como no pudo hacer nada, le dijo a la niña: "¡Dile a la María Encarna que le voy a quitar la tienda!".

Yo no le conté nada a mi marido; era muy impetuoso y pendenciero y temía que cometiera alguna locura. ¡Pero eso qué!... A los dos días de aquello que le cuento, una noche entraron dos indios del páramo a tomar aguardiente. Le dijeron a mi marido:

—¡Tome con nosotros, compadre! Ahora grite: ¡Viva el partido conservador! ¡Abajo los rojos bandidos!

El no quiso gritar, siempre tan testarudo. ¿Para qué seguirle contando? Le clavaron dos puñaladas en el vientre. Cuando salí a la tienda, los indios ya se habían ido, y mi marido me dijo entre las últimas boqueadas: "Eran dos indios de Agua Bonita, el Celestino y el Pata de Cabra". Y ahí mismo acabó.

El cura, exasperado por aquella voz triste y monótona, se sobaba la frente con las manos y no encontraba palabras para consolar a aquella desgraciada. Por otra parte, ella no venía a pedirle consuelo, y si se lo hubiera dado, lo habría escuchado como quien oye llover.

—Después viví como pude, trabajando yo sola, ayudada por la mayorcita que veía de los niños mientras yo me encontraba en la tienda. El Anacarsis comenzó a visitarnos con mucha frecuencia, y me dejaba entender que si no fuera por él su padre nos habría quitado el local.

Todo eso era por ver cómo cargaba con la niña, que con tanto oficio como tenía en la casa, no había tenido tiempo de enterarse de esas cosas...

—¡Dios mío, Dios mío!, murmuró el cura.

—Esta tardecita pasó por la tienda el Anacarsis, con el secretario del alcalde. “¡Ahora sí que no quedará ni un rojo en este pueblo, porque todos tienen la culpa de la muerte de mi padre!”... ¡Santa Bárbara bendita! ¿Y eso quién lo mató —pregunté yo—, que no había sabido nada. “Lo mató el Anacleto, pero es como si lo hubieran matado todos... ¿Dónde está la china, que quiero contarle un cuento?” Para despistarle le dije que allí nomasito, en el solar, echándoles granza a las gallinas que son estas mismas que le traje al señor cura, porque a mí ya no me sirven de nada... El Anacarsis se fue a buscarla, y como no la encontrara salió al monte, y la divisó cuando andaba por allá recogiendo leña y cuidando las cabras. Yo me quedé con el alma en un hilo, entretenida con la conversación del secretario del alcalde, que no me despintaba ni me dejaba mover. A la media hora volvió el Anacarsis y me dijo: “Allá le dejé a la niña con las gallinas... ¡Dígale que le cuente el cuento!” Y montó a caballo y siguió para Agua Bonita. Entonces metí en unos costales lo que pude, recogí la familia, y aquí estoy...

La niña mayor, ojerosa e indiferente, miraba al cura desde la puerta que da al corredor; y a veces, recordando quién sabe qué cosas, se estremecía de pies a cabeza como si tuviera fiebre...

—Y ahora, ¿qué quieres? ¿En qué puedo ayudarte?

—Permítanos señor cura quedarnos esta noche en la cocina, donde no molestaremos. Los niños están acostumbrados a no hacer ruido. Si el señor cura quiere, yo podré cocinarle y lavarle la ropa mientras consigo bestias de alquiler para volver al pueblo de abajo. Don Pío Quinto me recibirá en su casa. Si no puede hacerlo, me iré a otra parte... Ya estoy acostumbrada a estos viajes y le he perdido el apego a todas las cosas: a las gallinas, a la casa, a la tierra, a la vida... Todo me da lo mismo. En todas partes se cuecen habas, decía mi marido que en paz descanse.

—Puedes quedarte —le dijo el cura, lleno de compasión. Mañana o pasado tendré que ir al pueblo de abajo y te llevaré de cualquier modo... Lo mejor es que te vayas de aquí... Ahora entra a la cocina, y con las gallinas haz un sancocho para las criaturas. Toma: aquí tienes unos pesos para que compres leche...

La boba, que daba escobazos en el patio fingiendo no oír nada, se acercó al cura :

—Esos chinos mugrosos están empuercando la cocina. ¿Y qué podemos hacer con estas gallinas que se meten por todas partes?

El cura, impaciente, aplacó con unas palabras duras la celosa protesta de la boba. Le dijo que si no tenía caridad para con esa pobre familia, la despediría de la casa en el acto y dejaría a María Encarna en su lugar.

—¡Ave María Purísima! ¡Diez años llevo trabajando en esta casa y jamás el señor cura viejo tuvo queja de mí, como puede decirselo a sumercé la señorita Cornelia! ¿Qué me he robado yo? ¡Las cosas que ahora se ven. ¡Virgen Santa! ¡Y es que el otro no era de los liberales!

Con mucho trabajo logró apaciguar aquella tempestad doméstica, con la intervención del sacristán que tenía un extraño dominio sobre la boba. Luego entró a la iglesia para rezar el Rosario. En el centro de la nave se veía el cajón de don Roque, cubierto por el velo negro de los Viernes Santos, y con una banda azul celeste atravesada a todo lo largo. La iglesia estaba de bote en bote, y un apagado murmullo acogió la llegada del cura. Del fondo de la iglesia, al través de la puerta abierta de par en par, llegaban gritos de la plaza. Envuelto en una onda tibia y espesa, impregnada de viejos sudores campesinos, se arrodilló ante el altar y dijo con voz alta y despaciosa :

—Ahora vamos a rezar un rosario por el alma de don Roque Piragua, a quien Dios, en su misericordia infinita, haya perdonado sus culpas y recibido en su gloria. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...

CAPITULO IV

LA MADRUGADA DEL SABADO

AQUELLA noche nadie durmió en su cama. Todo el pueblo pernoctó en la iglesia, donde ocasionalmente se despertaban las señoras y entre cabeceos y bostezos ensayaban el rezo de un nuevo Rosario. Los hombres salían de vez en cuando a la tienda de Rafo, en la esquina de la plaza, para tomarse un aguardiente doble y volver a la iglesia. De los rotos ventanales del coro soplaban rachas de viento frío, y durante un tiempo, a la medianoche, la llovizna tamborileó en el tejado, que por falta de cielorraso era un harnero de goteras.

Arrodillado en su reclinatorio del presbiterio, el cura encabezaba a veces el rezo con voz monótona y soñolienta, y otras pugnaba por vencer el sueño que le atacaba las extremidades, le subía en una onda de agua tibia hacia la cabeza, y allí se depositaba en los párpados hasta doblegarlos y coserlos con un hilo de tedio. Su espíritu se debatía en un sopor vago y nebuloso, y sus ojos se poblaban de imágenes extrañas y fugaces... Veíase otra vez en el Seminario, en medio de la interminable fila de los estudiantes que caminaban arrastrando los pies por largos corredores, que se adelgazaban en túneles asfixiantes e incómodos. Ahora tenía que doblar la cabeza contra el pecho y arrastrarse de rodillas. El dolor de éstas no tardaba en volverse insoportable. La nuca, dislocada, sostenía en vilo todo el peso del túnel. El cura entreabría los ojos, cambiaba de posición en el reclinatorio o se levantaba para dar unos pasos por el presbiterio con el pretexto de despabilar las velas del altar que chisporroteaban o humeaban prestas a apagarse. Su mirada turbia descubría al descender las gradas, el deprimente espectáculo del túmulo mortuorio en el centro de la iglesia, cubierto por el velo negro de los Viernes Santos y atravesado por una banda azul celeste, que pertenecía a

una imagen de la Inmaculada Concepción que se veneraba en uno de los altares laterales. Las cuatro ceras que se levantaban a los lados del túmulo, estaban consumidas a medias. Un grupo de mujeres arrebuajadas en negros pañolones, yacía en cuclillas, por el suelo.

Volvía a arrodillarse en su reclinatorio, y comenzaba a rezar, mas no pasaba mucho tiempo sin que otra vez sintiera, tras una lucha corta y desesperada por mantenerse despierto, que su cuerpo se precipitaba vertiginosamente en el vacío...

Desde la roca del páramo que domina el valle bañado de sol, la torre de la iglesia luce dorada y trémula como la flor del frailejón. No terminaba nunca de caer, aunque poco a poco, en vez de agrandarse y precisarse en la caída la imagen del pueblo con sus tejados siempre húmedos y aplastados por el cielo gris, se desvanecía entre la niebla. Esta se tachonaba de luces verdes y amarillas que giraban en torbellinos. Flotaban allí, como si nadaran lentamente y sin soporte físico, cuerpos informes que poco a poco se concretaban en figuras familiares: el sacristán, con su ancha boca abierta de par en par por un feroz machetazo; la boba, que se rascaba el coto con una mano mugrienta; el Anacleto, apretando los dientes, con las espaldas desnudas y tumefactas; el Anacarsis, riendo a carcajadas; y aquel extraño muerto que era don Roque, salpicado de sangre, que miraba al cura con sus ojos turbios y redondos como bolas de vidrio... "No está completamente muerto", pensaba el cura: "Es un cadáver que flota".

En aquel momento lo despertó un golpe seco. Cuando abrió los ojos vio que su breviario había resbalado del reclinatorio y yacía en el suelo, descuadernado. Se levantó rápidamente y entró a la sacristía, pues quería pasar de allí al corredor para reanimarse un poco con el aire frío y cortante del solar. La noche clareaba, iluminada al través de una nube muy blanca, densa como un trozo de hielo, que ocultaba la luna. Se puso a caminar rápidamente a lo largo del corredor, pisando fuerte para calentarse los pies. Cuando llegó a la puerta del despacho, al final del corredor, escuchó el plácido jadear de las respiraciones de la familia de María Encarna, que dormía en la cocina. Del interior del despacho parroquial, cuya puerta estaba entreabierta, salía un rumor apagado de risas y conversaciones.

—¿Quién está aquí? —exclamó abriendo la puerta violentamente.

Se hizo un silencio profundo. Raspó un fósforo en la pared, y al levantarlo para iluminar la estancia, vio apelotonados en un rincón, cubiertos por una ruana, al sacristán y la boba. Esta escondía la cabeza debajo de la ruana, pero los pies descalzos, descubiertos, amarilleaban en la sombra. El sacristán, con el jipa calado hasta las cejas, emergía en la sombra como un ídolo de barro.

—¿Qué pasa aquí? —gritó trémulo de cólera.

—Fue que vine un momentico a descabezar un sueño, porque mañana será día de mucho trabajo con el entierro... ¡Y como en la cocina está la mujer esa durmiendo con los chinos!

—¿Y qué hace aquí la boba?

—¿La boba, dice sumercé?

El fósforo se apagó en aquel momento, quemándole los dedos, y mientras buscaba afanosamente otro en el bolsillo de su sotana, sintió que un cuerpo le rozó las piernas y salió al corredor. Cuando encendió otro fósforo, el sacristán, sentado en el rincón y arrebuado en su ruana, lo miraba por debajo del jipa con ojos maliciosos...

—Esa boba quién sabe dónde se habrá metido, sumercé... Si quiere voy a buscarla para que prenda el fogón, porque no tardará en amanecer... ¿A qué hora va sumercé a rezar la misa? ¿Habrá que llamar al Alfonsito para que la cante?

Eran las cuatro de la mañana. El cura, lleno de asco y de vergüenza, se mordió los labios.

—¡Largo de aquí! —le gritó al sacristán—. ¡Véte a la iglesia a rezar por tus pecados y a despabilar las velas! Cuando veas mañana a la boba, dile que no la quiero ver más en esta casa...

—¿Y eso qué mosca lo picó a sumercé? Ni la señora Cornelia, que era muy necia, ni el señor cura viejo tuvieron nunca queja de esa pobre...

El uno en pos del otro salieron en silencio en dirección a la iglesia. El cura tornó a arrodillarse en su reclinatorio, pero su pensamiento, solicitado por imágenes contradictorias, no se concentraba en la oración. Una luz lechosa y difusa resbalaba de las ventanas del coro sobre el interior de la iglesia. Esta lucía más grande, más destartalada, más lóbrega que nunca. Un soplo helado entró por la puerta abierta de par en par, y las candelas

que alumbraban al muerto chisporrotearon y despidieron un humo denso. El viento, que hizo estremecer al cura, trajo hasta sus narices un vago y repugnante tufo a carnes descompuestas...

—Tocaré enterrar pronto a don Roque, porque ya hiede —le dijo el sacristán al oído cuando volvió a encender las velas—. Lleva ya veinticuatro horas de muerto, y aunque el frío del páramo conserva los cadáveres, la humedad de la iglesia y el calorcito de las velas le están descomponiendo las tripas...

—¿No le pusiste cal?

—¿No vé sumercé que no había?

Por el frío de la madrugada, o tal vez con el hedor dulzarrón y penetrante del cadáver, los bultos que se amontonaban en torno de los candelabros se agitaron en un manso oleaje, y las viejas comenzaron mecánicamente a rezar.

En aquel momento se escucharon gritos en la plaza, y dos cohetes que debieron ascender muy alto, hasta perderse en las nubes, estallaron alegremente.

—¿Ahora qué pasa? —preguntó al sacristán, que se le había acercado corriendo, con los ojillos muy vivos y juguetones.

—Parece que ya llegaron el niño Nacarsis y el secretario del alcalde, que andaban por el páramo trayendo a los vivientes liberales...

—¿A cuáles?

—Tres meritos que quedaban del tiempo de ñor Pío Quinto Flechas. Cuando los demás se largaron, estos tres indios resolvieron hacerse las ovejas mansas y pasar agachados. Don Roque los dejó en la finca, donde tienen estancias, porque son muy buenos para esquilas ovejas y rabonearlas. Son parameros...

—¿Y para qué los traen?

—Yo no sé, mi amo. Ahí será para que acompañen al Anacleto en sus desgracias.

El cura salió a la plaza, hacia la cual se dirigieron en tropel todos los concurrentes de la iglesia. La plaza era un tablero claro y definido a la luz de la madrugada. El cielo, por primera vez después de su llegada, aparecía sereno, impregnado de un color azul desvaído y grisoso. Por encima del pueblo, al otro lado de la plaza, la escarpada sierra del páramo se había acercado extrañamente y su perfil agrio mordía como una carraca de asno el cielo despejado.

Grupos de campesinos que habían bajado del páramo, con sus recuas cargadas de papa y cortezas de tañino para curtir pieles, descargaban a la sazón su mercancía en el atrio, pues al domingo siguiente se celebraría el mercado grande. Llamaban mercado chiquito el de carbón y cortezas para la curtiembre, que se abría los sábados por la tarde en la plaza de abajo. Había una gran agitación, y la tienda de Rafo que nunca abriera las puertas tan temprano, estaba ahora atestada de gente que desbordaba sobre la calle.

El cura se dirigió a la alcaldía, frontera a la iglesia, donde muchos vecinos se agolpaban a puertas y ventanas. A veces alguien prorrumpía en mueras y abajos que rebotaban lúgubrementemente en los costados de la plaza. Como no se había encontrado jamás en medio de una muchedumbre, un calofrío de espanto le sacudió las espaldas cuando vio aquellos seres de rostro siniestro, cuyos gritos se exhalaban mecánicamente, como disparados por un resorte. El sabía comprender y podía penetrar en el alma de los hombres, en cuanto seres aislados y personales, dueños de una voluntad caprichosa y autónoma que se deposita con humildad a los pies del confesionario. No había tenido ocasión de observar que a veces se condensa sobre las muchedumbres o se exhala de ellas como la pestilencia enervante de mil sudores vertidos a un mismo tiempo, una alma misteriosa y colectiva. Esa alma, pensaba, es el sudor de las muchedumbres; contra ella no hay forma de luchar: es inconsciente, versátil, sorda, ciega, maloliente, viscosa, y se repliega sobre sí misma en contorsiones de molusco.

—¿Por qué gritas? —le preguntó, exasperado, a un indio de aspecto siniestro que para ver mejor lo que pasaba en el interior del despacho del alcalde, se había colgado a los barrotes de la ventana.

—Yo no sé, sumercé... Todos están gritando.

Abriéndose camino a codazos, penetró al zaguán de la alcaldía. Cuando salió al corredor interior, vio que en una esquina del patio, rodeados de los guardias, el alcalde, el secretario, el Anacarsis y unos cuantos curiosos, se encontraban los tres sobrevivientes liberales de Agua Bonita, amarrados con un rejo codo con codo. Vio también en el centro del patio al Anacleto, amarrado al botalón: amarillo y envejecido a la luz de la madrugada. En el corredor, acurrucadas en el suelo, cubiertas con el jipa blanco de los días de fiesta y vestidas con las enaguas negras de randas de terciopelo, sollozaban una pobres

mujeres. Una de ellas amamantaba a una criatura. Cuando lo vieron, todas se arrodillaron besándole las manos y la sotana.

—Padrecito, ¡padrecito! —exclamaron entre lágrimas, sonándose a veces con los revuelos de las enaguas blancas... —¡Nos los van a matar, padrecito! ¡Los pobres no se han metido en nada, no han hecho nada, padrecito, no saben nada!

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó al alcalde, que en viéndolo acudió con el Anacarsis, a saludarlo.

—Se trata de una medida que había que tomar, por si acaso...

—Una medida pre-cau-te-la-ti-va —silabeó el juez que rondaba por allí, tomando declaraciones a los detenidos, con la asesoría del secretario.

—¿Y de qué los acusan?

—¡Son rojos! Y como hoy es el entierro de don Roque, no podemos dejar desamparadas las espaldas en el páramo, expuestas a las marrullas de estos hombres. ¡Quién sabe si estaban de acuerdo con el Anacleto, porque uno de ellos andaba por el monte!

—¿Quién ordenó su captura?

—Yo —dijo el Anacarsis con insolencia, plantándose desafiante ante el cura.

—Pues esto es absurdo y es ilegal —dijo éste, con voz temblorosa por la cólera.

—Su reverencia no conoce a los rojos...

—¡Si los pobres no han hecho nada! —exclamó una de las mujercitas, hincada de rodillas ante el cura, sin soltarle la mano que tenía entre las suyas—. Mi marido cierto que andaba por el monte, pero vigilando la toma para que no se robaran los vecinos el agua de don Roque, la de Agua Bonita. Cuando llegaron el señor secretario y mi amito Nacarsis, asina que lo vieron lo bajaron a empellones hasta el camino...

—Ahí mesmito —dijo otra de las mujeres— tenían a los otros dos hombrecitos: al mío que es incapaz de hacerle mal a nadie, y al marido de mi comadre Rita... ¡Mire, padrecito, cómo los tienen!

—Esos los trujeron a latigazos —dijo la otra mujer—, maneados con un rejo como si fueran ovejas o "qué sé qué"... Y ahora se los van a soltar a la chusma... ¡Virgen Santísima! ¡Nuestro Señor nos favorezca! ¡Por vida suyita, sálvelos sumercé! ¡Sálvelos, mi padrecito! ¡Cómo sería con estos huerfanitos, sin poder valerse!

El párroco ordenó con voz perentoria al alcalde que soltara a esos desgraciados lo mismo que al Anacleto, y mientras se veía que se haría con ellos, los encerraran a todos en la secretaría protegidos por los guardias, al menos durante el entierro. Le asaltaba el temor de que aquella muchedumbre ciega y sorda pudiera invadir el patio de la alcaldía y se abalanzara como un ponzoñoso ciempiés sobre esos pobres diablos indefensos. Sin atender razones, sacudido por una fuerza nerviosa que galvanizaba su espíritu, dueño ahora de una morbosa lucidez, desató las manos de los presos y las de Anacleto, y los empujó a la secretaría. Luego, a la primera persona que se le puso delante, que fue el juez, la envió a la casa cural a decirle a la María Encarna que mandara lo que hubiera de comer, y a toda prisa, para socorrer a los presos. El juez, como un autómatas accionado por aquella voz imperiosa, salió a escape seguido de las mujeres.

—Y dígame al sacristán que suba a la torre a tocar las campanas para el entierro, que ya es hora.

—El entierro será a las once de la mañana, cuando llegue toda la gente de las veredas —dijo a la sazón el alcalde—. Así lo resolvimos anoche con el vicepresidente del directorio, que es el señor notario.

—Pero yo, que soy el cura, rezaré la misa ahora mismo...

—¡Cómo le parece padrino, que el santico nos resultó de calzones! —le dijo en voz baja el Anacarsis al notario, que acababa de entrar y se dirigía a saludar a su reverencia.

—El señor cura tiene razón. Acaba de contarme el juez, en el zaguán, lo que su reverencia ha resuelto, y me parece muy bien. En el estado de indignación en que se halla esta gente, es prudente encerrar y proteger a los bandidos que trajeron del páramo. Si los dejamos sueltos, ¡sólo Dios sabe lo que pueda pasarles!

—Gracias, muchas gracias. Usted, que es la persona más importante del pueblo muerto don Roque, tiene que ayudarme a tranquilizar los ánimos y a hacer entrar en razón a los vecinos... ¡Debemos ser cristianos, señor notario!

—Eso es lo que yo digo siempre. Su reverencia sabe que, como jefe conservador de este pueblo...

El Anacarsis y el alcalde se miraron sorprendidos, y luego atisbaron al notario con desconfianza, como si lo vieran por la primera vez. Este, fingiendo una perfecta inocencia, continuó:

—Como jefe conservador del pueblo, muerto don Roque... Porque debo advertir que el directorio departamental, al que telegrafíé anoche comunicándole lo sucedido, lo resolvió de esa manera, y yo me inclino ante las órdenes del directorio.

El alcalde y el Anacarsis carraspearon. El cura no dejó acabar al notario.

—Vamos todos a la iglesia —dijo—. Usted, señor alcalde, es responsable de la seguridad de los detenidos.

—¡Un momento, su reverencia, un momento! Creo que podemos llegar a un acuerdo que nos satisfaga a todos —dijo el notario, y empujó dulcemente al cura hacia el despacho del alcalde para conversarle a solas. Y volviendo la cabeza hacia el Anacarsis y el alcalde, que lo miraban embobados, les dedicó una sonrisa tranquilizadora y guiñó maliciosamente un ojo, el que no le brincaba.

CAPITULO V

EL SABADO POR LA NOCHE

SE dejaba llevar dócilmente de la mula, que con paso duro y cauteloso, jadeando a veces, trepaba por la cuesta del páramo. A la cabeza de la silla llevaba a una de las niñas menores de María Encarna que taloneaba el pescuezo del animal. Detrás de él, en la noche que era muy clara se perfilaban los dos guardias del municipio, con los fusiles en bandolera, pues iban custodiando a Anacleto. Este marchaba a pie, con las manos atadas con un rejo. Cuando el camino se volvía más agrio y empinado, el Anacleto se agarraba como podía a la cola de la mula del cura, para ayudarse. Estaba fosco, sombrío y no atravesaba palabra. Detrás del Anacleto, amarrados a un largo rejo sin alisar, todavía crudo y con pelo, venían los tres campesinos de Agua Bonita. Los seguían sus mujeres y sus críos, con talegos y costales al hombro y a la cabeza. A la cola del melancólico desfile iba la María Encarna, montada a mujeriegas en una mula de alquiler que el cura le fletó en el mercado. Llevaba al niño bobo en los brazos, y las dos mayorcitas, a lado y lado de la mula, se aferraban a la cincha de la montura para aligerar el cansancio de aquella cuesta interminable. El sacristán cerraba la retaguardia, a horcajadas en un animalejo comido de mataduras, de los que cargan el carbón de palo. Llevaba en ancas de la enjalma a otra niña de la viuda, porque, quieras que no, había tenido que obedecer las órdenes perentorias de su amo.

La noche era tan clara que se veían los jabalcones y el lomo del camino, como en pleno día; y en lo hondo del valle, contra la sierra negra y dentada, blanqueaban las casitas del pueblo y la torre de la iglesia rural. Al llegar a la cumbre de la montaña, donde el camino se explaya por una alta y desolada meseta ordinariamente pantanosa, el cura detuvo la marcha para dar un respiro a las

mulas y a los viajeros. Hizo darles de beber a los niños y a los presos, en un pozo de agua muy pura. Luego encaramó en su mula a las dos mayorcitas de María Encarna, que resoplaban y no podían tenerse del cansancio. Manifestó al grupo que le oía sin replicar palabra, que haría a pie el trecho de la meseta para desentumecer las piernas que le hormigueaban: y sólo más adelante, cuando empezara el camino a descender hacia el pueblo de abajo, volvería a montar en la mula.

—¡Las cosas de mi amo! —dijo el sacristán a los guardias, que lo miraban sin comprender, como si fuera un animal raro.

Y es que el más raro de todos los animales de este mundo es el hombre, pensaba el cura. El hombre que acepta y perdona con facilidad la insolencia de los poderosos, la vanidad de los ricos, la crueldad de quienes temporalmente lo mandan; pero no entiende la mansedumbre, la quietud del corazón y, sobre todo, la caridad. Lo exasperan, o simplemente lo aburren. Lo exasperan hasta el delirio, cuando ve a Cristo sobrellevar los azotes sin abrir los labios, y lo mira caer y levantarse con la cruz a cuestas, sin que la indignación le descomponga el rostro lívido y tranquilo. Y la visión de las miserias ajenas también lo aburre, aunque suela tener un primer movimiento de compasión: porque lo más extraño es comprobar la fugacidad de los buenos sentimientos frente a la terquedad de las pasiones violentas. Hay que ver lo pronto que huye del corazón, avergonzada de sí misma, la ternura que produce un niño que llora, una mujer que cae, un hombre que padece, y en cambio cuánto dura y se mantiene en el corazón el deseo de venganza, el ansia de hacer mal, la voluntad de zaherir y torturar al prójimo. Y sin embargo, el Evangelio dice: "Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados; bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos".

Mientras atravesaba la meseta del páramo, colgado de la cola de su mula, sobre la cual cabalgaban ahora las dos mayorcitas de María Encarna, sentía una deliciosa beatitud producida por mil pequeñas impresiones: la serenidad de la noche, el frío cortante que le acariciaba el rostro, el ardor de la sangre en todo el cuerpo que corría presurosa y estimulada por el ejercicio.

—¿No se cansa su reverencia? —le preguntó María Encarna—. Las niñas pueden caminar otra vez.

En vez de cansado se sentía feliz, dueño de una tranquilidad de que no había vuelto a gozar desde los tiempos del Seminario, que ahora se le antojaban lejanísimos y sumergidos en zonas casi muertas de la conciencia. Su vida de entonces era como otra vida: como la de otra persona que alguna vez, por distraerlo, se la hubiera contado. Era tan irreal, que a veces pensaba si con el tiempo y las experiencias nuevas no ocurre que se van borrando del espíritu y el corazón las fronteras entre lo imaginario y lo real, entre lo soñado y lo vivido. A veces a la vista de un paisaje o de una persona, el corazón se sobresalta como si recordara una impresión pasada o un sentimiento que la memoria no recuerda; y otras veces el espíritu revive claramente, con una nitidez fotográfica, una imagen o una escena remotas, y el corazón permanece sin embargo quieto y estólido como si jamás hubiera sido impresionado por ellas. El corazón y el espíritu no tienen memorias paralelas. Algo semejante le pasaba ahora, cuando calmado y feliz trotaba por el páramo, al par que las mulas, embriagado por el ejercicio que le calentaba los miembros y por el tibio y grato olor de los aperos sudados.

Lo mortificaba sin embargo el pecado de orgullo, o mejor, la tentación orgullosa que no lo abandonó durante todo el día, sobre todo después de aquello que ahora veía tan claro ante sus ojos, pero tan lejano en su corazón. Había ocurrido al margen del tiempo, en un lugar imaginario situado fuera del mundo, más allá del pueblo, en otra parte o ninguna parte.

¿Pero acaso los santos no padecían con frecuencia de tentaciones semejantes? Santa Teresa de Jesús, a quien consideraba uno de los seres más extraordinarios del mundo, por la valentía de su espíritu y su personal intuición de la verdad impersonal, ¿no contaba en su Diario y en sus Moradas, con orgullosa sencillez, los triunfos de su espíritu sobre su carne y las tremendas y deliciosas experiencias del éxtasis? Y él no podía evitarlo: estaba lleno de sí mismo, contento hasta las lágrimas por aquel magnífico triunfo de su voluntad, no sobre la flaqueza de su carne, sino sobre la miseria del espíritu ajeno. En este mortificante sentimiento de complacencia personal, tan impropio de quien aspira a ser un santo, el principal ingrediente era la comprensión clara de su evidente superioridad sobre los otros. Lo cual representaba muy poco, si bien es cierto, cuando consideraba que aquel brillante triunfo de su espíritu se había realizado sobre un modesto

ejército de pobres diablos. Me falta caridad, pensaba, porque no puedo colocarme dentro de ellos mismos para comprenderlos, ni me levanto de mi pobre orgullo mortal hasta el ardiente corazón del Cristo para perdonarlos.

Una deliciosa placidez le hacía olvidar los sobresaltos del camino. Todo le parecía transparente. La noche era de cristal y sus ojos tenían una visión que penetraba hasta el interior de las cosas...

Tornaba a oír el pausado tañido de las campanas en lo alto de la torre, cuando salió aquella mañana el entierro camino del cementerio del lugar. La caja, en hombros de la muchedumbre, flotaba sobre un río de aguas negras y silenciosas. El humo perfumado de los incensarios disipaba por momentos el olor del cadáver. A la salida del pueblo, recostado sobre la colina, estaba el cementerio de tapias circulares. ¡Qué dulce podrirse allí entre la tierra blanda y esponjosa, bajo un madero carcomido que cualquier día comienza a retoñar, nutrido por los jugos del muerto, y se convierte en salsa!

Rezó las últimas oraciones al pie de la fosa recién abierta, que se había convertido en un charco de barro. Cuando arrojaron la última paletada de tierra y plantaron sobre un pequeño promontorio la cruz de madera con el nombre de don Roque (mientras el Concejo ordenaba la construcción de un monumento), estallaron cien cohetes que ascendían veloces por el aire, a la sazón quieto y transparente.

El notario, en nombre del Concejo Municipal y del directorio del departamento (por cuyo encargo lo hacía, según manifestó mirando cara a cara al alcalde y al Anarcús), pronunció un discurso cuyo ampuloso rebuscamiento hirió los oídos del cura. Era aquel discurso una doble profanación, a la verdad primero y a la retórica después. Había dicho el notario que don Roque fue un varón consular, muerto en la casa de abajo como Julio César en el Capitolio. Recordaba el cura el cuerpecillo magro, arrugado y enteco, y los ojos turbios como bolas de vidrio, cuando a reglón seguido el notario comparó a don Roque con el Moisés de Miguel Ángel, que seguramente no conocía ni en estampa. La mísera aldea, que él se complacía en reducir a una rústica mata de frailejón, cuya flor amarilla fuera la torre trunca, embellecida a veces por un rayo de sol; aquel lugarejo feo, sumergido en la perpetua neblina del páramo, era para el notario populosa urbe y elevado centro de cultura. Y al compadecer el notario la orfandad de aquel ejército sin jefe, de aque-

lla gran familia sin padre, de aquel valiente rebaño sin pastor, el cura sintió más que nunca la detestable propensión que tiene la retórica a contraer la hipocresía, cuando se le hinchan los miembros de la frase y ésta se llena de agua. Rogó para terminar el orador a aquellas damas y caballeros que acompañaron el cadáver de don Roque a su última morada, que en su homenaje guardasen dos minutos de silencio; y a pesar suyo tuvo que sonreír el buen cura al ver con ojos menos turbios que la palabra del notario, la rústica y desapacible concurrencia compuesta de hombres enruanados y mujeres calzadas con alpargatas.

Tenía que confesar, sin embargo, que el discurso, fuera de una intencionada referencia a don Pío Quinto Flechas, y una alusión a la venganza implacable que debería acarrear aquel crimen político; tenía que confesar que no había estado inconveniente. Sólo que la verdolaga de estas alusiones y referencias, más que el laurel y las hojas de roble con que el notario coronó en el párrafo semifinal las sienes de ese Bayardo de Anacarsis, echó raíces y no tardó en asfixiar la buena yerba de las conciencias. Cuando pasaron los dos minutos de silencio, que al cura le parecieron veinte, el Anacarsis y el alcalde comenzaron a gritar:

—¡Abajo los rojos! ¡Que viva don Roque!

El cual, ya muerto y enterrado, comenzó a vivir extrañamente convertido en una obsesión de venganza, en un pensamiento de odio, en la memoria de todos los vecinos. Había dejado de ser un gamonal para convertirse en un héroe. Había cesado de ser un muerto para volverse un fantasma. Y crecía, y se agigantaba, y se levantaba hasta las nubes del páramo, como ese genio malo que la imprudencia del pescador libertó de su encierro, en un cuento de las Mil y una Noches.

La muchedumbre, enardecida súbitamente, volvió grupas a la tumba de don Roque y se desbarajustó en apretados grupos que lanzaban vivas y mueras; y se precipitó monte abajo como una manada asustada por el lobo, hacia la plaza del pueblo.

—¿Ahora qué vamos a hacer? —preguntó el alcalde al notario, a quien el Anacarsis abrazaba conmovido, más por lo de Bayardo que por lo de Julio César, aunque no supiera quién había sido ninguno de esos dos caballeros.

—Ahora vamos a celebrar en la plaza la ceremonia de la abjuración de los rojos.

A cambio de realizar el entierro a las once de la mañana, y no cuatro horas antes como deseaba el cura, el

notario accedió a proteger a los detenidos, siempre que éstos abjurasen de su liberalismo solemnemente y en mitad de la plaza. La ceremonia, claro, debería comenzar por la entrega de las cédulas electorales. Después los sindicados podrían irse, y era mejor que se fueran para contar el cuento en el pueblo de abajo, donde serviría de escarmiento. Dejarían así libres las tierras que desde hacía días venían tentando la codicia del Anacarsis y del alcalde.

El buen cura, que había logrado comunicarse por telégrafo con el gobernador del departamento, logró que se permitiera el traslado de Anacleto al otro pueblo, para evitar que lo asesinaran en la alcaldía, cuya puerta no tenía cerrojo. El gobernador le había ofrecido, además, enviar a toda prisa un investigador especial que levantara el sumario correspondiente al crimen. Ordenó que diez agentes de la policía del pueblo de abajo, al mando de un sargento segundo que era muy ducho en sublevaciones, se trasladaran al pueblo de arriba para guardar el orden. El cura consideró aquella solución como la más adecuada para tranquilizar los ánimos, exaltados por el chisme de que los rojos de Llano Redondo se preparaban a invadir el pueblo.

Cuando comenzó en la plaza la ceremonia de la abjuración, avergonzado y mohino se refugió en la casa cural a preparar el viaje de María Encarna y a descansar un poco, porque la tensión nerviosa lo tenía deshecho.

María Encarna le contó, pues la veía al través de los vidrios de la ventana, que la ceremonia no había sido larga. Sacaron de la alcaldía a los tres sindicatos de liberalismo y en mitad de la plaza los hicieron arrodillar ante el alcalde. Tenía éste en las manos un pesado librote, que ella no sabía decir si eran los Evangelios o la Constitución. En todo caso, por ese libro habían jurado que renunciarían a ser liberales para siempre, y reconocían el error y la infamia en que hasta entonces habían vivido.

Luego entregaron las cédulas, dieron un viva a las autoridades y un muera a cada uno de los presidentes liberales difuntos.

—Yo creo —le dijo el notario al cura cuando poco después se presentó a la casa parroquial— que es preferible que estos indios se larguen para el otro pueblo. Eso aconseja el señor alcalde y mi ahijado Anacarsis, que está muy interesado en ayudar a su reverencia. Por lo demás, la gente está muy alborotada con la ceremonia, y como seguirá bebiendo todo el día, y beberá más mañana

por ser domingo, nadie podría garantizar que a esos indios no los atropellen...

—¿Y eso por qué?

—No por lo que ahora son, sino por lo que fueron... Con los volteados no se sabe nunca. Son hombres que obran más por interés que por ideas. ¿No cree su reverencia?

El cura respondió que él en persona acompañaría a los reos al otro pueblo, más para protegerlos de la guardia que porque desconfiara de esas conversiones, aunque ciertamente no fueran tan espontáneas como las de San Pablo y San Agustín, que fueron grandes convertidos y al mismo tiempo grandes santos.

Todos esos detalles y pormenores se le antojaban fantásticos y lejanos, y su recuerdo, muy vago ante la nitidez de las imágenes que revoloteaban ahora delante de sus ojos, lo dejó indiferente. El macilento trote de la mula que iba a su lado, con las niñas de María Encarna, ni siquiera perturbaba el curso de sus pensamientos.

—Ya empezamos la cuesta de bajada, —dijo el sacristán—. ¿No quiere sumercé montar ahora sí? Ya estas chicas están descansadas.

Pero el cura, sostenido por su exaltación interior, ni siquiera le respondió, y comenzó el descenso saltando de piedra en piedra, seguro y ágil como una cabra.

Nadie sabe de lo que es capaz mientras no siente miedo hasta perder la esperanza, o no se ve sacudido y levantado por la cólera hasta perder la cabeza, o no se emborracha hasta perder el sentido, pensaba el cura. Había visto en la plaza del pueblo cómo a medida que los hombres se embriagaban con ese licor dulce y repelente, se van transformando en seres distintos de como fueron hasta entonces. Dejan la humildad y la sumisión, como si se quitaran la ruana y descubren su salvajismo y su insolencia como si quedaran en cueros, con el cuchillo a la cintura. Los mansos se vuelven fieras, los tristes jocundos, los taciturnos exaltados, las ovejas lobos. Un sino implacable arrastra al hombre por sus pasos contados, primero a la impertinencia, más tarde a la violencia y finalmente al asesinato. Un velo turbio y rojizo le oscurece las pupilas, un demonio interior le sopla al oído palabras procaces y desentierra del corazón una camada de pasiones mezquinas que se desenroscan y alzan la cabeza viscosa...

Sólo la mansedumbre del Cristo puede calmar, con el aceite de sus palabras, el mar embravecido en que naufraga nuestra pobre conciencia agitada por la embriaguez, pensaba el cura. Sólo su fe valiente puede soltar a plomo en las conciencias perturbadas por el deseo de asesinar, esa palabra que detuvo la mano que estaba a punto de lanzar la piedra contra la esposa adúltera. Sólo la voz del Cristo, vibrante de cólera, más que su látigo vengador puede arrojar del templo a los mercaderes inmundos.

—¡Déjenme, por favor!... ¡En nombre de Cristo, déjenme pasar! —había dicho al grupo de borrachos que le miraban por debajo del jipa, en el atrio de la iglesia, cuando María Encarna le avisó, con su voz inalterable y monótona, que la chusma quería descuartizar al Anacleto. Y a empujones, con energía sobrehumana desatada por la angustia y espoleada por el terror de la muchedumbre, logró abrirse camino hasta la puerta de la alcaldía, a la sazón cerrada. Asomados a la ventana de la casa, despelucados, sudorosos, lívidos, el alcalde y el Anacarsis se rapaban la palabra como solían hacerlo en el Concejo Municipal, para arengar a la multitud que pedía a gritos la cabeza del Anacleto.

El cura creyó que iba a desfallecer en su intención, y que su voluntad se rompería en pedazos antes de franquear aquella puerta. Un clamor incoherente y discordante, amenazador como la tempestad que en sueños lo había sorprendido en el páramo, le paralizó los miembros. Aunque hubiera querido echar pie atrás, ya no podía hacerlo: centenares de brazos lo empujaban por la espalda, lo llevaban hacia adelante, lo arrastraban, lo levantaban en vilo, sin que él pudiera defenderse.

—¡Hay que matar al asesino! —gritaban alternativamente el Anacarsis y el alcalde desde la ventana—. ¡Hay que limpiar el pueblo de rojos!

—¡Hay que matarlos! —coreaba la turba.

Al cura le pareció que la cabeza le iba a estallar como una bomba, y el corazón le palpitaba con tal violencia que todo el mundo, sin el menor trabajo, podría escucharlo. Cerró los ojos y se mordió los labios. Ya no se encontraba en aquel pueblo miserable, ni en medio de aquella gente envilecida, ni ante aquella ventana verde, de barrotes podridos por la humedad. Estaba en Jerusalén hace dos mil años, contemplando como testigo presencial una escena que en la imaginación siempre le produjera una intensa amargura, aunque jamás hubiera perturbado como ahora sus sentidos sobre excitados. Era un San Bar-

tolomé desollado y en carne viva, y los filetes nerviosos de su piel vibraban al menor contacto. Nunca como ahora había escuchado tan real y amenazante el clamor de la muchedumbre embravecida que pedía la cabeza del Cristo; ni vio jamás tan evidente ante los ojos la imagen repugnante de ese millar de rostros descompuestos por la cólera, que le apretaban en un círculo de pesadilla. Nunca en sueños tuvo que soportar, al pie del palacio de Pilatos, el olor nauseabundo de mil bocas podridas que aquí exhalaban su aliento. Aunque la reiterada lectura de los Evangelios le había desarrollado la imaginación creadora hasta el punto de que lloraba en su celda al revivir la escena de Cristo ante la chusma que pedía su cabeza, sólo ahora venía a saber cómo hiede, cómo siente, cómo reclama y solicita, y cómo puede asesinar impunemente sin que haya quien logre detenerla. Nadie, ni Cristo en persona en el pórtico del palacio de Jerusalén, con las sienes rasgadas por la corona de espinas y los ojos velados por una infinita tristeza, sería capaz de aplacar esa legión de demonios que estaba contemplando. Cristo los encadenó alguna vez en una pira de cerdos, que se tiró de cabeza a las aguas del Lago; pero no quiso libertarlos de la cárcel hedionda de una muchedumbre.

—¡Crucifícalo! ¡Su vida nos pertenece! —clamaban los judíos fanatizados por mil años de orgullo pisoteado en la esclavitud del Faraón, humillado en la peregrinación del desierto, corrompido en la servidumbre de Roma.

—¡Mátenlo! —gritaba el populacho taladrando sus oídos con voces que herían como puñales. El terror le ataba la lengua y le amordazaba los labios: un terror piadoso que impedía la divulgación de su flaqueza y la queja de su cobardía. Si hubiera podido expresarse a gritos pediría por el amor de Dios que lo llevaran a su iglesia y lo dejaran tranquilo, aunque crucificaran al Cristo o despedazaran al infeliz Anacleto. ¿Qué me importa a mí este criminal, cuando yo estoy a punto de sucumbir entre la muchedumbre?

Esta se agitó de pronto, sacudida por una corriente subterránea. Sin que el cura pudiera defenderse ni tuviera tiempo de desatar su lengua vuelta un nudo, se sintió arrastrado en peso al través del zaguán. Oyó crujir las puertas, arrancadas de cuajo, que se desplomaron sobre la multitud y fueron rechazadas y levantadas como hojas secas. Luego cayeron en un claro de la plaza, vueltas astillas. Comprimido por centenares de cuerpos que se apretaban en el túnel reducido que era el zaguán, mudo

de espanto, se sumergió en el vértigo de las pesadillas cuando se deslizaba penosamente dentro de un túnel de piedra que se iba estrechando y le oprimía las espaldas. Cuando abrió los ojos, libre de aquella presión intolerable que lo estrangulaba, vio que yacía por tierra, con la sotana destrozada y pisoteado el cuerpo por un centenar de energúmenos. Se incorporó de un salto. La cabeza ya no le daba vueltas, respiraba con libertad y su lengua se había desatado como la de los Apóstoles en el Pentecostés.

—¡Hermanos! —gritó con voz estentórea, que sonó extrañamente a sus propios oídos—. ¡Hermanos míos!

El Anacleto, desencajado por el terror, abofeteado por cien manos, escupido por un centenar de bocas, injuriado por todos, se hallaba en el centro del patio, amarrado al botalón y cara a cara a sus enemigos. Hinchado y tumefacto, producía más asco que lástima. El alcalde salió de su despacho, en compañía del Anacarsis, empuñando un revólver. Aprovechó el momentáneo silencio que siguió a las palabras del cura, para manifestar con voz ronca y pastosa, entrecortada por el hipo, que Anacleto iba a ser fusilado en presencia del pueblo. Luego ordenó a los guardias que despejaran el patio "para aquella ceremonia" y agregó:

—Los tres volteados de Agua Bonita se nos escaparon... (Se habían encerrado, junto con la familia de María Encarna, en la casa cural). Pero este asesino no se nos escapa... ¡Ya verá el padrecito cómo somos en este pueblo!

Estaba tan borracho que sus piernas no podían con él. El Anacarsis, mirando de hito en hito al cura, dominó con un grito histérico el clamor que se encrespaba otra vez en el patio.

—¡Ahora verán los curas liberales si somos o no somos cristianos!

El buen cura sacudió parsimoniosamente las faldas de su sotana, sucias de polvo, y se acercó al Anacarsis y al alcalde, que mantenía en la diestra un revólver de cañón largo y empuñadura de concha.

Vibró el silencio, turbado apenas por gritos esporádicos que venían de afuera, de la plaza. Algunos feligreses demasiado ebrios rodaban por el suelo del corredor, y otros trasbocaban en el patio, sacudidos por un espasmo. El hedor a vómitos, a aguardiante, a sudor y a sangre, mareaba y producía náuseas. La concurrencia, obedeciendo sumisamente las órdenes del alcalde, secundado por los

culatazos de los guardias, se retiró a los corredores donde permanecía en silencio. Muchos tambaleaban, pero la ansiedad los sostenía en vilo, ante la perspectiva de presenciar el espectáculo. En los pueblos hay tan poco que ver, que cualquier cosa despierta una curiosidad morbosa, y la muerte del justo continúa siendo el mejor espectáculo, pensaba el cura.

—El hecho de que este desgraciado pueda ser inocente... —comenzó a decir muy despacio, con voz recia.

—¡Es un asesino!, —gritó el Anacarsis apelando con una mirada circular al testimonio de la turba, que coreó mecánicamente:

—¡Mátenlo, mátenlo!

—El hecho de que fuera un asesino —continuó levantando la voz al mismo tiempo que los brazos para imponerse a los energúmenos—, no nos autoriza a nosotros que somos pecadores, ni a usted que es su hermano, ni al alcalde que es la autoridad, ni a mí que soy el cura, ni a nadie, para quitarle la vida antes de que lo juzguen...

—¿Eso cree usted, padre? —le dijo el alcalde poniéndole familiarmente un brazo sobre el hombro. Cuando intentó echarle el otro al cuello, el que empuñaba el arma, el cura dio un paso atrás y con ademán brusco se quitó de encima aquella pesadumbre.

—¡Usted no puede irrespetarme! —le dijo, pálido de ira.

El revólver del alcalde había saltado lejos, y cuando el hombre quiso agacharse para recogerlo perdió el equilibrio, trastabilló un momento, y cayó en tierra. Anacarsis se precipitó a ayudarlo, y tras forcejear un buen rato, porque no estaba menos ebrio que el alcalde, logró ponerlo otra vez sobre sus pies y le alcanzó el revólver.

—En este pueblo, yo, yo, yo soy el que manda... ¡Yo soy el alcalde y puedo hacer lo que se me da la gana!... A usted lo puedo meter en la cárcel cuando se me antoje, señor cura... ¡A usted se le está olvidando que yo soy el alcalde!

Y desprendiéndose de los brazos de Anacarsis, que se esforzaba por contenerlo, el alcalde se dirigió tambaleante, con los ojos turbios, en dirección al cura.

—Ahora verán si yo soy o no soy el alcalde... ¡Voy a fusilar en su presencia, en nombre de la autoridad, a ese asesino!... ¡Porque se me da la gana!

Reculó hasta la pared, para sostenerse mejor. Luego levantó el revólver en dirección a Anacleto, que abría y cerraba la boca en un espasmo nervioso, como si quisiera

vomitara o decir algo, pero no decía nada. Retumbó un disparo, como un latigazo, y una saliva amarga llenó la boca del cura. Una astilla de la parte alta del botalón saltó en el aire, revoloteando como una mariposa iluminada por el sol. Anacleto lanzó un alarido de espanto, porque la bala había golpeado a dos dedos escasos de su cabeza. Entonces el cura de un brinco fue a colocarse frente al Anacleto, cubriéndolo con su cuerpo, y abrió los brazos en cruz. Se sentía tan lúcido, tan tranquilo, tan ausente del pensamiento de la muerte, que con una infantil curiosidad observó que el cañón del revólver despedía un hilito de humo azul. Sus ojos, muy brillantes, no podían apartarse del huequecillo negro, que lo atraía y lo fascinaba como si fuera un juguete. El revólver se irguió lentamente hasta la altura de sus ojos y luego se aquietó un segundo; después ascendió una pulgada más arriba, para bajar con mucha suavidad y detenerse otra vez...

Levantó el rostro iluminado por una sonrisa ingenua y sus ojos vieron que en el cielo claro y azul flotaban Perezosamente las nubes. Su contorno se podría acariciar con los dedos de la mano. Bastaría levantarlas un poco, pero él las tenía extendidas y abiertas como las manos del Cristo. Debían ser unas nubes suaves, blandas, tibias por el sol, como vellones de lana. Las gotas que resbalaban por sus mejillas y a veces le humedecían las comisuras de los labios, tenían el sabor salado del sudor o de las lágrimas. El silencio era tan completo, que escuchaba la pausada palpitación de su sangre en las orejas, y el manso gotear de una llave mal cerrada en la pila del patio.

De pronto una nube roja le oscureció los ojos, y su frente se empapó de un sudor helado. El terror que sintiera en el zaguán de la alcaldía le dio un mordisco en el corazón y un nudo le apretó la garganta. Los brazos, alargados como los del Cristo en la cruz, le pesaban como si de veras estuvieran clavados a un leño. La respiración jadeante del Anacleto le quemaba la nuca. Estaba rodeado de enemigos, solo en medio de la muchedumbre que lo miraba padecer en silencio, inerte como el Cristo en su cruz, cuando más allá del Calvario, y de la soldadesca, y de la muchedumbre, y de los olivos del huerto, veía espejear en el cielo cárdeno las cúpulas de Jerusalén. Le dolían terriblemente las axilas, le hormigueaban las manos extendidas, y los músculos del pecho tensos por el esfuerzo le apretaban en una coraza de hierro que no le permitía respirar. Las piernas se aflojaban y se doblaban por las rodillas. Un temblor nervioso lo agitó de la cabeza

a los pies. No pudo más y cayó de rodillas. Mirando entre nieblas y sombras la boca negra y pequeña del revólver que le apuntaba a la altura de los ojos, gritó con voz ronca:

—¡Máteme!

El Anacleto, a sus espaldas, lanzó un débil gemido...

—¡Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu! ¡Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen! —murmuró con voz tan apagada que ni el Anacleto pudo escucharla.

De en medio de la muchedumbre se elevaron entonces, rasgando el aire, agudos y destemplados, los alaridos de unas mujeres que se encontraban en el patio. El Anacarsis cogió la mano del alcalde y le arrancó el revólver.

—¡So bruto! —le gritó—. ¿No ves que a pesar de todo es el cura?

El cual, exhausto, bajó los brazos, reclinó pesadamente la cabeza contra las rodillas de Anacleto y cayó desmayado...

El camino se deslizaba, o mejor dicho rodaba por una cuesta tan agria, que las mulas apenas daban paso, y preferían resbalar levantando una polvareda plateada débilmente por la luz de la luna. El cura, sumido en la contemplación de sus imágenes, se sentó a descansar un momento a la vera del camino, en el saliente de una roca. Aunque tuviera los ojos puestos en el hondo abismo, por cuyo fondo corría el río, roto ahora en pedazos como un espejo que hubiese rodado desde aquellas alturas, no veía sino sus propios pensamientos, no oía sino el confuso rumor de sus arterias, no sentía sino el cansancio delicioso en que languidecía su cuerpo.

Cuando acabó de pasar aquello, tan vertiginoso y al mismo tiempo tan lento, tan vivo y sin embargo tan irreal, el pueblo se había aplacado súbitamente. Su energía, sostenida por la fe en Nuestro Señor Jesucristo, había obrado el milagro. Tranquilo, dichoso, aliviado ahora de aquel peso formidable que soportaron sus brazos en cruz, se sintió ágil y liviano, como un cuerpo glorioso. Pero su felicidad le remordía como un pecado, porque sentía en ella aletear el orgullo. Sin embargo, los santos... Santa Teresa en sus Moradas...

Lo que vino después no tuvo la menor importancia, y ni él mismo se daba cuenta de lo que había sucedido. Los concurrentes comenzaron a observarlo con un profundo respeto, y el pobre pueblo de sus ovejas, que no se atrevía a mirarlo a los ojos, agachó dócilmente la cabeza. El no-

tario, que durante toda aquella escena había permanecido encerrado en el despacho del alcalde; el Anacarsis, los guardias, el sacristán, el mismo alcalde que había querido ejecutarlo, le ayudaban ahora solícitos a preparar el viaje del reo y de los exilados al pueblo de abajo. Parecía también que les mortificara su presencia, y querían pronto libertarse de ella. El cura sonreía feliz, sentado en una butaca de la alcaldía. Miraba a todos aquellos hombres que lo rodeaban con una inmensa ternura, como si nunca los hubiera visto de ese modo, purgados de sus defectos y flaquezas e iluminados por el resplandor de Cristo. Interiormente les daba gracias porque le habían permitido levantarse un segundo hasta la cruz y mirar cara a cara la muerte. Los amaba a tal punto, que cuando el alcalde entró poco tiempo después con una botella de cerveza, que le ofreció tímidamente para que se confortase, hubiera deseado besarlo en las mejillas húmedas y terrosas, cubiertas de gruesas cerdas que le chorreaban de la boca y le embadurnaban las quijadas.

—¿No ve sumercé, en aquella banda del páramo, esas quemazones que van trepando monte arriba? —preguntó a la sazón el sacristán al cura, que no había visto nada.

—¿Allá arriba, dices? Parecen candelas de San Juan, pero no estamos ni siquiera en vísperas. ¿Qué es eso? —preguntó sobresaltado por la voz del sacristán.

—¡Son incendios! —explicó uno de los guardias—, incendios en la vereda conservadora de Corralitos... Los bandidos rojos de don Pío Quinto Flechas deben andar en la cosa...

—¡Malditos rojos! —exclamó el otro guardia, el que se llamaba Mitrídates.

—¡El diablo cargue con ellos! —agregó el sacristán santiguándose.

Y el cura, precipitado súbitamente de la exaltación en que venía planeando su espíritu al abismo de la realidad melancólica, se arremangó las faldas de la sotana que tenía cubierta de pega-pega y semillas de zarzas, y dio la orden de marcha.

CAPITULO VI

EL DOMINGO ES FIESTA

—**T**ODO lo que me has dicho es tremendo y ya lo sabía yo por el notario, que me lo comunicó por telegrama. ¡Pobre don Roque!... Y vas a permitirme que te trate de tú, porque no en balde te llevo por lo menos cuarenta años... ¿Cuántos tienes? ¡Te ordenaste muy joven!

—Tengo veinticinco años, señor cura.

—¡Quién volviera a tenerlos! Yo pasé hace rato el páramo de los sesenta y cinco, y voy cuesta abajo. Pero te veo flaco, y ojeroso, y caritriste, y de mal color... ¡Tienes que endurecerte, hijo! El páramo es de un temperamento muy sano, pero hay que comer mucho para evitar el desgaste físico, y una copita de aguardiente, siempre que no sea en ayunas... ¡Je, je! Perdóname: no fue por ofenderte... Una copita de aguardiente tampoco daña. ¿No quieres un traguito? Aquí tengo uno muy bueno, ¡pero muy bueno! Es un resacado de contrabando que me trajeron ayer tarde.

—Gracias, señor cura... No quiero.

—Los comienzos son duros, ya lo sé. Las gentes de esta provincia son rústicas y montaraces... Mi hermana Cornelia... ¿Cornelia? ¡Cornelia!... Debe andar por el bazar, donde tiene una mesa de tamales y dulces de almíbar. ¡Uf! ¡Para chuparse los dedos, hijo! En el almuerzo ya los probarás... Porque te quedarás a hacer penitencia con nosotros, ¿no es cierto?

—No sé... Todo depende de su reverencia. En fin, su reverencia me ayudará a resolver...

Hubiera querido explicarle a su interlocutor que él soñaba con realizar una obra meritoria para los vecinos de su pueblo, que les salvara conjuntamente el cuerpo y el alma. Desearía enseñarles a vivir una vida más noble y más alegre, que comenzara por aquellas menudas cosas que si no la embellecen, por lo menos la levantan un poco sobre el nivel de las ovejas que vegetan en las corralejas y los apriscos del páramo. Querría transformar la escuela en un sitio amable y acogedor, donde los niños aprendiesen, junto con las verdades cristianas, y la ciencia oficial, el arte de mejorar la tierra. Y andando el tiempo compraría un gramófono y unos libros de cuentos y de historias, para formar una biblioteca. La música amansa hasta a las culebras, según lo había leído en los libros, y éstos son los maestros más fieles y serviciales del hombre...

—Pues te decía, muchacho... Cornelia tiene la teoría de que a la gente de estas montañas no se le puede venir con finuras y perendengues, porque es muy desagradecida, y es bueno que lo vayas aprendiendo. Este no es el rebaño de ovejas que dice el Evangelio, sino una sucia corraleja. ¡Como ves, Cornelia es muy ocurrente!

—Yo quisiera pedirle consejo a su reverencia sobre el problema que le consulté esta mañana, después de mi confesión...

—¡Aguarda, hombre de Dios! Para todo habrá tiempo. Tienes que aprender que en los pueblos no hay problemas impostergables. Como por lo general se resuelven solos, la experiencia me ha enseñado que lo mejor es no resolverlos... ¿Quieres fumar? ¿No fumas? Bueno, allá tú... Pero te aconsejaría que fumaras, porque en ese páramo, si no se distrae uno fumando o sacando solitarios, se muere de tristeza. ¿No te gusta la cacería? ¡Malo, malo! Francamente no me explico qué les enseñan ahora en el Seminario. Aquí, en esta corraleja, hay que ser duro. Lo primero que la gente le pide al cura es que sea un macho... Y a propósito, quiero que me leas después del almuerzo la última pastoral del señor obispo. Ya los anteojos no me sirven para nada y cada vez que Cornelia comienza a leerme, se queda dormida. ¡Después se queja de que mis sermones carecen de sustancia! Es una mujer incorregible, para que lo sepas. ¡Si vieras cómo chochea con la liturgia, porque, claro, en un pueblo no se puede ser muy exigente!... Sobre todo la mortifica mi voz, hijo, mi voz... Y te confieso que las misas cantadas me sacan de

quicio... Cornelia dice que cuando en la misa de nueve, que los domingos es cantada, comienzo a bramar en el presbiterio, toda la iglesia se convierte en un establo... ¿Habrás visto mujer más ocurrente? ¿Cornelia? ¿Cornelia!

Y el señor cura viejo se levantó pesadamente de su silla, porque era muy grueso y corpulento, en busca de su hermana Cornelia. Como no la encontrase, pues habíamos quedado en que vendía tamales en el bazar de la plaza, tornó a sentarse.

El joven sacerdote tenía la idea de limpiar físicamente el pueblo, porque no concebía que la pulcritud espiritual y moral pudiese andar de la mano de la porquería. Por ese medio levantaría el nivel de sus feligreses, y la solidaridad humana se convertiría en algo vivo y operante, que permitiera la siembra de la semilla cristiana. Para plantar árboles frutales, hay que comenzar por ablandar la tierra mediante la siembra de frijoles y legumbres. Por eso dijo:

—A propósito, quería comunicarle a su reverencia...

—Pero antes, cuéntame: ¿trajiste al *Caricortao*? Mejor que no nos oiga. Ya debe de estar regando toda clase de chismes y de enredos en la plaza del pueblo. Y dime, ¿cómo te han parecido los notables?

Con los notables del pueblo se proponía constituir un pequeño club, interesado en el embellecimiento de aquel pueblo que cada día que pasaba le parecía más feo. Sobre todo era un pueblo triste. ¡Desgraciados los niños que no saben reír, los hombres que no sonríen y los viejos a quienes no se les ilumina los ojos!, pensaba. Y creía honradamente poder llevar un poco de alegría a ese torbellino helado del páramo, donde morían entre la niebla tantas ilusiones. Había renunciado a su ideal místico, por el más prosaico que consiste en mejorar a los otros, abriéndoles los ojos a la luz eléctrica y a la luz de Cristo y el corazón a su ternura evangélica. Su sacrificio se le antojaba semejante al de quienes renuncian por gusto a componer obras maestras para enseñar en cambio a fabricarlas a los demás. Pero antes que ese lujo espiritual que es la mística, el pueblo sucio y gris necesitaba la realidad, tibia y bienhechora de una caridad efectiva, fecunda, silenciosa, que no florezca en individualidades superiores que allí no hacen falta y en cambio eleve un poco a todos los habitantes, aunque no sea sino un poco. Los notables... ¡Bah! ¿De qué sirve criar perlas en un chiquero de cabras?

—Pues le decía a su reverencia que los notables...

—No me lo digas. Ya sé lo que vas a contestarme: que no se puede pedir peras al olmo, ni pescar perlas en un pantano. El notario es un viejo hipócrita y su mujer es chismosa y fea; Anacarsis es un bárbaro; el alcalde un bruto, y don Roque fue un anciano corrompido al que algún día tendrían que matar... ¿Me decías al llegar que trajiste al Anacleto porque no había querido confesar su crimen?

—Le expliqué a su reverencia que aunque todas las circunstancias lo condenan, sólo Dios sabe.

—¡A Dios no hay que meterlo en estas cosas, hijo! El Anacleto es un calavera desde la infancia. Y no hablemos de su tío el Pío Quinto porque acabaré no sólo perdiendo los estribos sino las riendas... ¡y las espuelas! Ya se me estaba olvidando darte las gracias, porque tuviste la bondad de traerme la que se me quedó allá arriba. Y si vieras la falta que hace una espuela en el páramo, ¿no es cierto? Pues ese muchacho, como su tío que es un perdurario, estaba perdido desde hace tiempos...

El buen cura resolvió dejarlo hablar, mientras la Divina Providencia, o en su lugar la señorita Cornelia, le daban una oportunidad de meter baza en aquel monólogo.

—A pesar de todo, la gente del páramo es simpática y buena, si se la sabe tratar con maña. El notario juega muy bien al dominó, aunque para mí tengo que hacer trampas. Me ganaba siempre. El Anacarsis es un gran cazador, un gamo para correr detrás de los zorros y un perro para encontrar las camadas en el páramo. Tiene dos perros perdigueros que son una bendición... Además están las gordas, que hacen unós almuerzos formidables. ¿No has estado en su tienda de la orilla del río?... Y hablando de hombre a hombre, y de cuestiones de faldas que son muy delicadas, por la Virgen Santísima no vayas a permitir que meta las narices en tu casa la señorita Zoila... ¡No la podrías sacar después ni con humo! Si dejas que te tome confianza, porque esa gente del páramo es muy confianzuda, te convencerá de que el señor obispo te mandó a ese pueblo exclusivamente a confesarla. A mí me dijo la primera vez, de esto hace ya treinta años: "Quiero confesarle a su reverencia que me confieso demasiado"...

—Si su reverencia me lo permitiera...

—Ya sabía que al fin y al cabo iríamos a caer de bruces en la política. Y puesto que deseas conocer mi

opinión, comenzaré por contarte que vivimos años muy duros cuando Pío Quinto —yo le casé a su hermana con Roque, y así me pesa— mandaba en amo y señor en toda la provincia. Años hubo en que no pudimos poner ni un solo voto... ¿No me lo crees?... Espera que venga Cornelia y lo verás. ¡Ni un solo voto! ¡No teníamos en la administración pública ni un guardia municipal, ni un mal peón caminero, ni un secretario de juzgado, ni un celador de rentas, ni un concejal, ni nada! ¡Aquello era horrible, hijo! Pero desde cuando Roque, que era muy ladino, cogió la sartén por el mango... Ahora, que si vienes a preguntarme cuál es mi opinión, te anuncio y así se lo he dicho a quien quiere saberlo, que el hombre más indicado para suceder a Roque en la jefatura del directorio es el notario... Inteligente, astuto, desconfiado, que tiene un santo odio por los liberales... ¡Y habla muy bien! No sé si lo habrás oído, pero el hombre es un Demóstenes. ¡Ah, eso sí! Habla como un San Juan Crisóstomo, de quien yo tengo la costumbre de decir que hablaba muy bien, aunque personalmente te confieso que no lo he leído nunca... Y ahora, cuando los rojos están alborotando el avispero con este crimen... ¿Tú crees que el Pío Quinto mandó a Anacleto para que matara a don Roque?

—Yo no creo nada, su reverencia.

—¿No crees nada? Bueno, allá tú. Como dice Cornelia, que a veces tiene sentencias que me dejan perplejo: peor sordo que el que no quiere oír es el que oviendo no entiende nada... ¿Cornelia? ¡Cornelia!... ¡Mira que tenemos visita en la casa!

—No decía su reverencia...

—¡Qué bruto soy! Cornelia está con sus empanadas en la plaza... Con la edad he ido perdiendo mucho la memoria, pero has de saber que hace pocos años la tenía formidable, como de mula. Me sabía al pie de la letra toda la misa, hasta aquel trozo endemoniado del Evangelio de San Juan *In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum et Deus erat Verbum...* Hoy se me enreda hasta leyéndolo. Un día se le caen a uno los dientes, otro día se le borra la memoria, otro día se le taponan de cera las orejas, otro día comienza a funcionar el vientre demasiado poco y la vejiga demasiado aprisa... A propósito, ¿me permites? Voy al solar y vuelvo en un momento...

Y salió corriendo, como él decía, que era con un pasitrote pesado y bamboleante, como el de un macho cargado con dos buenos bultos de papa. . .

El cura viejo hablaba solo cuando no tenía con quién hablar, y por esto no era empresa difícil formarse una idea de las muy pocas, pero muy duras, que el hombre tenía en la cabeza. Se le veía por encima, hasta en la caspa que espolvoreaba los hombros de la sotana raída y brillante, que toda su vida había sido un hombre sencillo y torpe, y que su temperamento sanguíneo y propenso a la congestión tenía que desaguarse por alguna parte.

—¡Te vas a morir de bravo como los toches! —le decía la señorita Cornelia.

Y creía honradamente el buen hombre que los liberales son ateos, los ateos masones, los masones tienen el deseo de asesinar al Papa, el cual, finalmente, es el padre de todos los conservadores del mundo y alienta una especial predilección por los conservadores del pueblo. De allí no ló sacaba nadie. Se atascaba como una mula en un bache del páramo, y ni tirándolo de la cola lo podían remover un punto de esas ideas. En materias religiosas tenía el concepto de que todos los feligreses son tacaños, y tan tibios que todos andan más o menos expuestos a que un día de estos los vomite el Espíritu Santo. Con los niños, que tal vez fueron ángeles de inocencia en la época de Nuestro Señor Jesucristo, pero que en dos mil años se volvieron mocosos, rateros y malcriados, no había más técnica que incrustarles el catecismo a gritos y palmadas. Con las beatas, sólo cabía ejercitar la paciencia. Con los pobres, bautizarlos, casarlos, confesarlos y ayudarles a bien morir, cosa harto trabajosa, pues la mayor parte dan en morir en los sitios más incómodos y escarpados, en la punta de un cerro o en la profundidad de un barranco a donde no hay manera de llegar a caballo.

Y como el cura joven insinuara de paso aquel tema de la caridad, que no se le caía de los labios, el viejo le dijo que para que el pueblo la practicara a la fuerza, porque espontáneamente no la hacía, se habían inventado los bazares. Era muy recomendable la rifa de ovejas, por socorrida. La señorita Cornelia las suele adornar con cintas azules al pescuezo, y quedan tan bonitas como los corderitos de alfeñique que hacen las monjas. Como los bazares necesitan un pretexto honorable y periódico para organizarse, se inventaron las torres sin acabar, de ma-

nera —dijo el cura viejo— que allá arriba te dejé tu torre sin cúpula, para que organices bazares y con el dinero que te produzcan sostengas el culto y hagas limosnas, porque en ese pueblo nadie las hace. Para este punto muy importante de la organización de los bazares, las gordas se pintan solas para la distribución de mesas, especialmente la Tusa que tiene un don de Dios para atraer a los notables y sacarles sus pesos. Ellos creen que en aquel pueblo donde no hay nada que hacer, ni con quién hacerlo, algún día lograrán algo con la Tusa, porque la otra gorda se casa.

(Precisamente hoy domingo el pueblo de abajo estaba en pleno bazar, en el primero que había organizado la señorita Cornelia, con oveja de cinta azul en el atrio, cucaña para los chicos, cerveza para los grandes, tamales para las damas y ruleta permitida por el alcalde para todos. Por la tarde había riña de gallos. La guarnición de policía, que surtía de brutos uniformados a toda la provincia, había prestado la banda, que en aquel momento ensayaba un pasillo nuevo, exactamente igual a todos los pasillos viejos, compuesto por un “distinguido” de la guardia que no sabía música ni le hacía falta.

Cuando los dos párrocos salieron al atrio de la iglesia por la puerta de la casa cural, la plaza llena de campesinos endomingados presentaba un abigarrado espectáculo. Ante la mesa de la señorita Cornelia el cura joven tuvo que pasar por el trance de engullir un tamal y tres empanadas que chorreaban sebo. En la de la alcaldesa y el señorío del pueblo tuvo que beber a pico de botella, y alternativamente, una cerveza dulce y otra amarga, con lo cual quedó estragado para el resto del día.

—¡Como siempre, los rojos brillan por su ausencia! —dijo el párroco viejo en un corrillo de notables a quienes les había presentado a su joven colega.

—Pero ahí andan con el cuento de que los bandidos que su reverencia trajo esta mañana van a matar a los guardias —dijo un señor de rostro desabrido, porque no tenía ningún puesto en la administración pública.

—¡Cómo así! Tengo sesenta hombres de policía, bien armados y abastecidos, y los presos a quienes encerré en la cárcel son cuatro apenas... —exclamó de mal humor el que parecía ser el alcalde.

—Digo que andan con el cuento...

—Además, con el señor sargento que comanda la guarnición, no hay Cristo que valga. Para poner a raya

a los bandidos y a los rojos del Pío Quinto Flechas, les aplicó la ley de fuga a cuatro presos que cogió en el páramo, y los colgó en una picota a la entrada del pueblo. ¿No los vió su reverencia?

—El escarmiento ya era largo... —dijo el cura viejo.

—Comenzaban a oler a diablos...

—Los hice enterrar esta mañana, para que no envenenaran el pueblo —agregó el cura.

—Su reverencia —dijo el alcalde al joven párroco— tal vez nos pudiera informar sobre lo que ha pasado con ese horrendo crimen político que cometieron los rojos en el pueblo de arriba... Ciertamente allá no queda ni un rojo, a Dios gracias, pero la situación aquí es intolerable. ¡Tenemos toda la morralla liberal que había en el pueblo, y ahora nos llegan los exilados de arriba!

El cura joven saludó con alborozo la llegada de una señorita que dijo, con muchos dengues y remilgues:

—Si los señores siguen arrinconados hablando de política, se van a perder la rifa de la oveja, que ya va a empezar...

Aprovechando la pequeña confusión producida en el grupo por aquellas solícitas palabras, se dirigió al convento de las monjas, que se levantaba en las afueras del pueblo, y era una casona amplia de gran patio claustrado, rodeada de un huerto tranquilo y campos de sembradura. Tenía un doble propósito: contratar la fabricación de los ornamentos que se había llevado del pueblo de arriba la señorita Cornelia, y ver cómo andaba la instalación de María Encarna. Aquella mañana le había conseguido alojamiento, y las monjitas le habían ofrecido unas becas para los niños de la pobre viuda. Esta dejó a sus críos en las solícitas manos de las monjas y se fue a casa de don Pío Quinto Flechas, jefe liberal en el destierro, tío carnal del Anacleto, cuñado de don Roque Piragua y hombre muy rico, ahora en aulagas.

Al pasar por una esquina de la plaza, vio el buen cura que en medio de un denso grupo de campesinos que rodeaban la mesa de la ruleta, el *Caricortao* vociferaba completamente borracho.

—¡Es increíble de dónde pudo sacar este indio tanto dinero! —le dijo una de las mujercitas de los presos que andaba rondando por allí, en busca del mercado—. ¡Ha perdido en esa mesa más de cincuenta pesos! ¡Figúrese sumercé! ¡Y las cosas que está diciendo, Virgen Santísima!

El cura acarició la cabeza del niño que cargaba la pobre mujer en brazos, y se dirigió con paso rápido a la cárcel municipal antes de pasar al convento. De la cárcel fue a la alcaldía, que estaba a dos pasos, a comunicarse telefónicamente con el gobernador, a quien había citado aquella mañana. Cumplidas estas diligencias importantes, que en un principio creyó posible hacer conjuntamente con el cura viejo, se encaminó al convento. El aire tibio y suave de aquel pueblo, situado varios centenares de metros por debajo del nivel del pueblo de arriba, le reanimaba el cuerpo y el alma. Se sentía tranquilo y optimista, aunque tenía la convicción de que no habría manera de entenderse con el cura viejo, ni sacar ningún partido de su experiencia, ni interesarlo en la cruzada que él tenía pensado emprender cuando llegó a la provincia.

Estaba a las puertas mismas del convento de las monjas. El jardín, que se veía al través de una talanquera, embalsamaba con los aromas del poleo, la ruda, el tomillo, la mejorana y unos jazmineros que allí se cultivaban para adornar el altar. Pasaban por la calleja, que ya dejaba de serlo para convertirse en camino real, grupos de campesinos que venían al mercado, arreando sus recuas cargadas de yucas y ollas de barro. El camino estaba bordeado de zarzamoras y cercas de piedra que protegían huertos y maizales. Los campesinos saludaban al cura con humilde respeto. A la sazón los niños del orfanato de las monjas salían en formación, y desbarajustando la fila lo rodearon para pedirle estampas. La maestra los increpó con dureza, pero él sintió que una tibia onda de ternura le humedecía los ojos:

“Dejad que vengan a mí los niños, y no se lo estorbéis, porque de los que se asemejan a ellos es el Reino de Dios”.

Belencita era una muchacha muy joven, de ojos negros y pequeñitos, y nariz arremangada como la de su madre a la cual se parecía como un huevo de gallina a un huevo de gansa. Presentaba un extraño contraste su rostro aniñado, de facciones pequeñas y agradables, con la precoz feminidad que resaltaba en su cuerpo. Se veía que era ingenua, y en oyéndola hablar se comprendía que era ignorante. Adolecía de todos los defectos que la educación pueblerina suele depositar no sólo en el alma sino

en el cuerpo de las provincianas. Reía sin motivo, con una absurda mezcla de pudor y de tontería. Caminaba con la desenvoltura indecente de las mujeres que había visto en el cine y vestía con el mal gusto propio de las señoritas de pueblo. Su actitud ante los hombres era una mezcla de sentimientos encontrados que se manifestaban en ademanes rebuscados y actitudes ridículas; porque Belencita creía que todos los hombres son demonios vestidos de pantalones; como lectora asidua de novelones cursis, pensaba que todos deseaban casarse con ella; y como hija de la señora Ursulita era rebelde por temperamento, lo que no quitaba que fuera, como hija del notario, hipócrita por naturaleza.

Hablaba con el rebuscamiento propio de los diputados del departamento, aunque a veces se le escaparan locuciones de chofer de bus. En esta edad esencialmente mecánica, al intelectual representado por el inspector de normales del ministerio de educación, Belencita prefería el hombre-máquina que es el chofer de camión. Su máxima aspiración en este mundo consistía en casarse con alguien, su máximo temor era quedarse soltera, su última concesión ser profesora de normal de señoritas. Admira que, con todo y ser así, Belencita pasara por ser una de las muchachas más seductoras de toda la provincia; y vivía muy contenta de sí, pues se creía el centro del mundo ya que desde el punto de vista sentimental y erótico era el ombligo del pueblo.

Las buenas monjitas toleraban su inconciencia pero se desesperaban con su coquetería. Querían devolverla cuanto antes a sus padres, mayormente ahora, cuando nacida la criatura de su ligereza (ellas no se atrevían a calificarla de pecado) y depositada en brazos de una nodriza de los alrededores, Belencita se consideraba nuevamente soltera y en celo, como esas gatas que hay que esconder en el cuarto del carbón para que no giman y maúllen toda la noche en el tejado.

Durante todo el tiempo en que "aquellos" maduraba, había permanecido muy seria y juiciosa, encerrada en un cuarto del hospital, sin dejarse ver de nadie. Lo que las monjitas tomaban por vergüenza, eran sólo náuseas, y su arrepentimiento no era sino temor de haberse puesto demasiado fea. "Aquellos" maduró al fin y se cayó de la mata, y todo se cumplió sin el menor tropiezo porque Belencita, como las muchachas del páramo que son fuertes y sufridas como cabras, ni siquiera requirió la interven-

ción del médico. Bastó la de una portera del convento, que conocía muy bien el oficio por haber sido madre más de cinco o seis veces. Una vez que "aquello" pasó y se lo llevaron para el campo, Belencita quiso presentarse en la sociedad del pueblo. No hubo manera de convencerla de que no se disfrazara con alas de papel plateado, corona de rosas y una palma en la mano, en el cuadro alegórico que presentó el colegio el día de la Concepción y que se llamaba "El Triunfo de la Castidad".

La reverenda, casi con lágrimas en los ojos, le manifestó al sacerdote que Belencita era el diablo, y le rogó por Dios que se la llevase inmediatamente para el otro pueblo, donde lo mejor que podía hacer con ella sería casarla, para evitar nuevos percances.

—¿La señora Ursulita y el señor notario no le dijeron una palabra de esto a su reverencia?

—Ni una palabra.

—¿Su reverencia no sabía nada?

—No he tenido tiempo de enterarme. Llegué apenas el jueves por la noche al pueblo de arriba, el viernes asesinaron a don Roque, el sábado por la noche me vine para este pueblo acompañando a los presos, y llegué aquí hoy a la madrugada.

—¿Su reverencia quiere que le llame a Belencita?

Y ésta entró corriendo al locutorio, con vestido de raso, medias tobilleras y zapatos de tacón bajo. A las primeras palabras manifestó al cura que se iría con él aquella misma tarde, pues estaba aburrída en el convento. Aquél, al verla, enrojeció como una colegiala cogida en falta y no se atrevía a mirarla a los ojos. Desde muy niño le inspiró un secreto horror la mujer joven, porque la vieja deja de serlo y acaba convirtiéndose en un ser asexual, sin el menor atractivo para los hombres en funciones. Las carnes suaves y turgentes, el cabello sedoso y abundante, el metal fino de la voz, todo eso hería profundamente los sentidos del sacerdote, removiendo secretas fibras de su espíritu que él creía inmune a las tentaciones de la carne. Veía en la mujer a un ser abierto a la tentación, como una flor o una boca, y aunque luchara tenazmente por libertarse de tan perturbadora imagen, lo cierto era que al tenerla delante de sí le parecía verla desnuda. La ondulación de las faldas y la turgencia de la blusa, en vez de recatar con modestia revelaban con impudor lo que pretendían ocultar. El solo contacto de unas manos femeninas le sacudía con una descarga eléc-

trica y le costaba después mucho tiempo de oración y de lectura libertarse del perfume vago y tenaz que se había pegado a las suyas.

—¿Cómo me encuentra su reverencia? Todo el mundo me dice que me parezco mucho a mamá, cuando ella tenía mi misma edad; sólo que tengo mucho mejor cuerpo, porque ella siempre ha sido muy gruesa. También es cierto que las mujeres de su tiempo, tan atrasadas, no hacían ejercicio ni seguían un régimen para adelgazar...

—¡Lo mejor es que su reverencia se la lleve! —dijo la reverenda madre para terminar pronto con aquella escena, que la tenía en ascuas.

—Ya tengo todo listo —dijo Belencita—, y sólo me falta conseguir unos pantalones y unos zamarros, porque a mí me gusta montar como hombre.

—¡Jesús, niña!

—Así que cuando su reverencia quiera, nos marchamos. La María Encarna me contó lo sucedido allá arriba, y estoy muy preocupada... La muerte de ese viejo don Roque... ¡Bah! Fue un buen muerto, que hasta después de serlo dio candela en el pueblo... ¡Qué hombres!

—¡Por Dios, niña!

—Además corren muchos cuentos por el pueblo. Acaba de decirme la María Encarna que hay noticias muy alarmantes. No sé qué estamos haciendo aquí, señor cura, cuando la policía acaba de salir para dar una batida en el páramo. Seguirá al pueblo de arriba, a protegernos de los bandidos del Llano Redondo...

—¿Cómo? ¿Cómo dice? —exclamó el cura.

—Digo que acaban de salir diez hombres armados, al mando de un sargento, el sargento Landínez, reverenda madre...

—¿Para el pueblo de arriba?

—Para allá mismo. Y hay mucha agitación en la plaza, y se suspendió el bazar, y el alcalde lanzó un edicto, y no habrá fuegos artificiales esta noche ni habrá baile en la alcaldía.

—¿De veras?

—Llegaron los periódicos y cuentan que estamos poco más o menos en guerra civil. Que nos van atacar los bandidos de Llano Redondo; que a don Roque lo asesinaron los liberales, más otras cuantas cosas que no recuerdo... Por ahí tengo el periódico por si su reverencia quiere verlo. De manera que si no queremos quedarnos aquí bloqueados, tratemos de alcanzar el destacamento de

los guardias para que nos protejan en el páramo. ¡Debemos irnos pronto!

—¡Eso mismo creo yo! —dijo la reverenda madre con el rostro descompuesto por el miedo—. ¡Qué tiempos, señor cura, qué tiempos!

—¡Vamos, vamos pronto! Mientras la señorita Belén prepara sus maletas, voy a despedirme de María Encarna y de los niños. Se los recomiendo mucho, madre; y a esa pobre mujer téngala aquí su reverencia mientras encuentra algún trabajo en el pueblo. Aquí tiene veinte pesos para sus gastos. Acéptelos en nombre de Dios, madre, y que El nos proteja.

CAPITULO VII

EL DOMINGO POR LA TARDE

BELENCITA abría la marcha, montada a horcajadas en una mula de las que habían servido aquella madrugada para cargar a las niñas de María Encarna. De tiempo en tiempo volvía el rostro, redondo y arrebolado por el sofoco, envuelto en una pañoleta amarilla, para mirar al señor cura. Este seguía triste y cabizbajo, sumido Dios sabe en qué pensamientos. Dos cuerpos más atrás, montado de través en la enjalma, bamboleándose y hablando solo, venía el *Caricortao*. Los dos guardias del municipio de arriba, habían salido un poco antes, con el destacamento.

—No se puede tener de la borrachera. ¡Es un indio chismoso!

—¿Cómo?

—¡Chismoso y borracho!

—Perdone, no la había oído.

—¡Como su reverencia vive en las nubes!

—¿En dónde?

—¡En las nubes!... Y así con los zamarros, y la ruana terciada al hombro, y el sombrero de jipa, su reverencia se ve muy bien, pero muy bien...

—¿Faltará mucho trecho para llegar al páramo? —dijo éste con fastidio.

—¿Cómo dice? Sí, todavía falta un rato...

El camino se angostaba, se perfilaba, se empinaba, se erguía como una serpiente que reptara por las faldas de la montaña. Por atender a que la mula no se reclinara contra las salientes de la roca rompiéndole de paso las piernas al jinete, éste no conversaba. El aire tibio y espeso de las tierras bajas ascendía en oleadas perezosas, perfumadas por el aliento de los trapiches. En un repecho del camino Belencita detuvo a su mula de un fuerte tirón de riendas y le rogó al cura que le subiera dos pun-

tos las acciones de los estribos, porque venía con las piernas demasiado estiradas.

—¿No sabe su reverencia lo que contaba en el pueblo el *Caricortao*?... Decía que de ahora en adelante, no habría más humillaciones ni trabajos, porque con una plata que le había caído del cielo pondría una tienda en el camino, donde tuvo la suya la María Encarna, en una casa que era del Anacarsis. Y allí se iría a vivir con la pobre boba, a quien diz que su reverencia había echado de la casa cural. Decía que a él no tardaría también en tirarlo a la calle, porque su reverencia odiaba todo lo que tuviera que ver con el señor cura viejo... Yo no sé si esto que le cuento sea cierto o no, pero a mí tampoco me gusta el cura viejo... ¡Habla mucho!... No dan ganas de confesar con él... ¡En cambio, a su reverencia sí que voy a contarle cosas!

Mientras arreglaba la acción del estribo, al cura lo atraía y lo repelía, lo fascinaba y lo llenaba de repugnancia al mismo tiempo, aquel tibio olor que despedía el cuero mojado de los aperos, el pellejo sudado de la mula, y los zamarros de Belencita, que por ser muy cortos, dejaban al descubierto los tobillos desnudos y el empeine de los pies, calzados de zapatillas.

—¡La María Encarna llegó indignada a contarme lo que decía ese hombre! Que su reverencia no haría huesos viejos en el pueblo de arriba por andar de parte de los liberales... Que había querido darle una muenda al Anacarsis, en la Alcaldía, y que soltó al Anacleto para que se reuniera con los bandidos de Llano Redondo. ¡Mentiras han de ser! —dije yo...— ¿No ve su reverencia ese parche rojo allá arriba, entre unos árboles? ¡Pues allá viven los bandidos! Ese es Llano Redondo. ¿Si alcanza a ver su reverencia el destacamento de los guardias? Allá van, el uno en pos del otro, con el fusil en bandolera. No tardaremos mucho en alcanzarlos...

Se columbraban claros y diminutos, en la atmósfera transparente. Un poco más, y se hundirían en esa pesada montera de lana sucia que coronaba la montaña, donde comienza la región aérea y melancólica del páramo.

—No le he contado lo más importante a su reverencia. Me dijo la María Encarna que no había logrado encontrar en su casa del pueblo a don Pío Quinto Flechas. Cuando ya estaba cansada de golpear a la puerta, se entreabrió una ventana del segundo piso y asomó la cara un indio feroz, uno de esos indios que él lleva siempre de guardaespaldas... En viendo a la María Encarna le pre-

guntó si era cierto que los godos de arriba, encabezados por su reverencia, vendrían esta noche a sacar al Anacleto de la cárcel para fusilarlo en la plaza... Dijo el indio que de los curas no se podía esperar nada... ¡Cómo! —le dijo ella—. ¿Y eso quién ha venido con esos cuentos? Por ahí lo dicen. La María Encarna le explicó entonces que si no hubiera sido por su reverencia, el Anacleto no estaría contando el cuento, y a los tres vivientes de Agua Bonita los tendrían alimentando cuervos en algún barranco.

El cura ya no prestó atención a estas últimas palabras. Le producía una extraña impresión el contraste que presentaba el imponente mar de sierras y montañas, iluminado violentamente por el sol que caía de plano en las crestas más bajas, y que se coronaba allá arriba con los harapos grises y sucios de informes nubarrones. La sombra, el frío, la tristeza, la soledad, vegetaban en lo alto, junto con los yerbajos duros, los frailejones melancólicos y los hirsutos jarales. En cambio, a medida que sus miradas descendían cuesta abajo, acariciando el seno redondo de alguna loma o el vientre oscuro y tibio del valle, descubría que la luz, el calor, el follaje verde y espeso, el agua que corre entre los cañaverales de un color de miel: todo eso, con la fragancia de la tierra que embalsama el aire, se encuentra abajo. ¿Por qué suponemos que lo mejor en este mundo esté arriba y no abajo, en lo alto y no en lo más profundo de la naturaleza? Mi frente, como el páramo, está embarazada de brumas que no dejan filtrar la luz; y en cambio mi corazón es tibio, y sensible, y claro como ese valle que se acuesta a la orilla del río. No es arriba, pues, sino abajo; no es afuera, sino dentro de mí; no es en mi mente sino en mi corazón, como no es en el páramo sino en el valle, donde se encuentra lo mejor de la vida. Y sin embargo...

—Apenas supo el Pío Quinto que habían traído preso a su sobrino, a quien quiere más que a sus propios hijos... ¡Y es simpático el hombre ese! Digo, el Anacleto... ¡Tiene unos ojos!... Apenas supo que lo tenían en la cárcel, donde ya debieron darle su baño de agua helada y su paliza en ayunas...

—¿Cómo?

—¡Eso es lo que hacen con los presos... políticos! ¿Su reverencia no lo sabía?

—No lo imaginaba.

—Pero qué quiere su reverencia, ¿qué nos dejemos tragar vivos?... Fue saber el Pío Quinto que habían

traído al Anacleto, como le decía, y se echó al monte a preparar el ataque, porque él es el jefe de los bandidos. El periódico que le mostré a su reverencia lo dice, y cuando lo dice será porque lo sabe. Los periódicos de la ciudad saben más de lo que uno piensa en los pueblos. ¿Lo dice el periódico? Pues así será...

—¡Dios mío, Dios mío! ¿A dónde iremos a parar?

—¿Su reverencia no sabe que yo disparo muy bien? Algún día me verá... Don Roque me enseñó a manejar las armas en Agua Bonita... El viejo era un gran tirador y podía descogotar una botella a cincuenta pasos de distancia... La primera vez que disparé, me brincaba el corazón como si me fueran a matar y tenía un miedo horrible. ¿Su reverencia no ha disparado nunca?

—Nunca.

—Pues me temo que le va a hacer falta... Y le contaba a su reverencia que cuando tumbé una botella con la pistola de don Roque, el viejo, que me miraba con mi padre desde el corredor de Agua Bonita, me gritó entusiasmado: "¡Bravo! Vas a ser una doña Bárbara!" Mire su reverencia esta pistola tan linda que llevo aquí, en el bolsillo de los zamarros... Me la regaló don Roque. ¡Mírela, no le dé miedo: está descargada!

Ambos picaron los talones a las mulas. El *Caricortao*, que se había dormido encima de la suya, al echar ésta a andar se despertó y comenzó a refunfuñar. A medida que subían por el camino del páramo, el cielo se oscurecía y se aborrascaba. Pesados nubarrones se arrastraban por las quebradas de la montaña. Toda mancha de azul había desaparecido en lo alto. Jirones de niebla helada barrían el camino, envolviendo a los viajeros en una gasa. La llovizna, tan fina que parecía cernida por uno de esos pulverizadores que usan los peluqueros de pueblo, comenzó a batir de frente. Belencita, arrebujaada en su ruana, se había cansado de hablar y se entregaba ahora a rumiarse quién sabe qué recuerdos y pensamientos amables, que le iluminaban el rostro con una dulce sonrisa. Las mulas chapoteaban en los charcos. El sacristán daba voces de vez en cuando, para alentar a su cabalgadura, muy cansada. Y el cura, cejijunto, mordiéndose los labios, meditaba...

No habían recorrido mucho trecho, silenciosos, cuando sintieron entre la oscuridad de la niebla, muy cerrada aunque no fueran ni las dos de la tarde, una voz que les dio el alto. El cura vio delante de sí, a caballo en un

macho corpulento, a un guardia arrebujaado en una manta. Era joven, fornido, barbilampiño, de ojos hendidos como a cuchillo y a la diagonal al pie de una frente baja y escurridiza.

—¡Soy el sargento Landínez, padre! —dijo haciendo un saludo militar.

El cura le tendió la mano; el sacristán lo miró por debajo del jipa, de soslayo; Belencita se arregló apresuradamente la pañoleta y adoptó una postura indolente, de mujer fatal y de circunstancias. El sargento explicó que sus hombres rodeaban a Llano Redondo, donde debería encontrarse el Pío Quinto fraguando Dios sabe qué diablura. Con los dos guardias del pueblo de arriba, el sargento acompañaría a los viajeros hasta la boca del páramo, en el Alto de la Cruz. Agregó que habían derramado gasolina para pegarle fuego a unos maizales que rodeaban dos ranchos, donde probablemente pasaban la noche los bandidos, o por lo menos les cocinaban sus mujeres...

—¿Habría niños adentro?

—¡Yo qué sé! ¿Tú sabes si las mujeres de esos miserables tendrán niños, *Caricortao*?

—Tal vez, mi amo.

—¡Dios mío! —exclamó el cura—. ¿Y cómo no pensaron en los niños?

—¿En los niños? —dijo el sargento—. ¡Niños cualquiera los hace! Pero sigamos, sigamos pronto. Cuando estemos en la boca del páramo, ya no habrá peligro. La meseta es muy abierta y descampada, y los bandidos no tendrían dónde guarecerse porque se nos pondrían a tiro de Máuser. ¿El señor cura, va armado?

Belencita se apresuró a contestar:

—Yo llevo esta pistola, mi sargento, y para que lo sepa tengo muy buena puntería... ¿No es cierto, *Caricortao*?... Tú me has visto romperle el cogote a una botella desde una distancia de cincuenta pasos...

El sargento la miró con curiosidad, de arriba abajo, y le sonrió con picardía. Ella explicó:

—El señor cura no lleva armas...

Cuando echaron otra vez a andar, a pesar de que el camino era muy angosto en aquella par y estaba embarazado por grandes piedras rodadas, Belencita se esforzaba por emparejar su mula con la del sargento. No cesaba de preguntarle sobre su vida pasada, sus amigos del pueblo de abajo y los planes que pensaba desarrollar en el páramo, tan desapacible y apartado del mundo,

donde la vida, sin un amor verdadero, debería ser muy triste para un valiente oficial...

—Suboficial apenas, señorita.

—Por alguna parte se empieza, mi sargento. Si yo fuera hombre, sería militar...

—Pues para serle franco, señorita, yo estoy harto con estas cosas. El uniforme es muy incómodo y el universal asienta mucho. Llevo dos años de la ceca a la meca, sin que me dejen tranquilo en ninguna parte. Cuando ya comienza uno a encontrarle gusto a un pueblo, y consigue por ahí una noviecita que lo quiera, pues el comandante lo manda para otro pueblo. ¡Bah! Esto no es vida... Además nos están debiendo seis meses de sueldo. Apenas me paguen, pediré la baja. Quiero volver a la costa... ¿La señorita no conoce la costa?

—¿Por qué me dice señorita, mi sargento? Belencita me dice todo el mundo...

El cura sólo prestaba atención a sus dudas, preocupaciones y presentimientos. La vida le parecía más absurda y disparatada que nunca, los hombres más ciegos a la verdadera luz, sumergidos hasta el cuello en sus miserables pasiones. Lo mortificaba casi hasta la desesperación esa curiosa tendencia que tienen los hechos y las ideas a volverse meras palabras que no tardan en adquirir una vida propia y se echan a volar solas y por su propia cuenta, desfiguradas, desconocidas, irónicas, versátiles. Cambian de sentido y de apariencia como las imágenes de las pesadillas. Sólo una palabra es clara, transparente, idéntica a sí misma, y es el Evangelio. Sin embargo, al pasar por la garganta de los hombres se trastueca, se corrompe, se envenena, se desfigura. ¿Habría cosa más sencilla y evidente que el "amad a Dios sobre todas las cosas", que resonó entre truenos en la cumbre del Sinaí? Era la palabra que ardió en la zarza de Abraham y quemó el labio de Isafás. Cuando Moisés descendió de la montaña, anonadado por la presencia del Señor, encontró que en el valle los israelitas, hartos de la verdad, habían levantado un becerro de oro para adorarlo. El hombre ama más la mentira que la verdad, y la verdad le repugna. Pasaron los siglos y aquella palabra que brotó como una fuente de aguas vivas en la roca de Oreb, saciando la sed de quienes comenzaban a dudar de la grandeza del Padre: aquella palabra que no tiene sino un sentido, que no es sino una, que es siempre idéntica a sí misma, se desfiguró en la garganta de las generaciones y se hizo necesaria la encarnación del Verbo, para restaurarla.

La palabra se hizo carne en el Cristo, quien para purificarla la sumergió en el agua lustral de la Redención y de la Muerte y la explicó a sus discípulos diciendo esto que sabía de memoria el buen cura:

“Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y tendrás odio a tu enemigo. Yo os digo más: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian; para que seáis dignos hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos y llover sobre justos y pecadores...”

Los hombres seguían sin comprender la palabra divina, empañándola con su aliento terrestre, torciéndole el sentido con su malicia pecadora, desmenuzándola con su cinismo, quebrándola en pedazos con rabia... Aquel crimen horrendo, ¿no se había oscurecido hasta perder todo significado? ¿No crecía como un pedrusco lanzado al abismo por el casco de una cabra, que a medida que rueda y adquiere velocidad en su caída arrastra piedras y rocas y montones de arena, hasta convertirse en un alud mortífero y espantoso que aplasta cuanto topa a su paso?

En el páramo se le cerraba el corazón al cura, lo mismo que el horizonte atrapado en una bruma lechosa que borraba los contornos y la realidad de las cosas. Estas se convertían en fantasmas: los frailejones parecían ovejas, las zarzas que bordeaban el camino en ciertos trechos, corrían agazapadas como bandidos que persiguieran la muerte. Y las hirsutas ramazones, los arbustos raquíuticos, las peñas húmedas y calvas, todo parecía llorar sobre el camino. Al menos en la tierra, pensaba, las tinieblas quedan en lo alto. La Vía Crucis sube y no baja...

Se sobresaltó y sintió que el corazón se le paraba de golpe. El estampido de un disparo había estallado súbitamente, rebotando por las oquedades del páramo, repetido por las rocas y los precipicios. Las mulas se encabritaron, y la de Belencita se paró en las patas.

—¡Es un disparo de Máuser! —explicó el sargento.

—¿Está asustada? —preguntó el cura a Belencita, dispuesto a tranquilizarla...

—¡Bah!, señor cura... A mí esta música no me espanta.

—Mejor es que nos desmontemos, —aconsejó el sargento.— La señorita y el señor cura pueden esperarme detrás de esta roca, cuidando de las bestias. Yo seguiré a pie con el *Caricortao*, para apostarnos en la boca del páramo

y cubrir la retirada del camino. Tome este revólver, señor cura, por si acaso...

—A mí pueden matarme, sargento... ¡Yo no quiero matar a nadie!

—Yo me defenderé por los dos, mi sargento. ¡Pierda cuidado! —dijo Belencita echando pie a tierra.

En aquel momento se oyeron algunos gritos que indicaban que la pelea se desarrollaba allí cerca, tras la fría y espesa cortina que ocultaba la boca del páramo. A ras-tras, el sargento y el *Caricortao*, que había desenfundado su machete, no tardaron en perderse en la niebla...

Unas campesinas, con los críos de la mano y sus pobres bártulos al hombro, emergieron entre la niebla y pasaron al pie de la roca a cuyo amparo se guarnecían el cura y Belencita con las bestias. Las campesinas, presurosas y desenfajadas por el terror, no fueron capaces de explicar cosa alguna. Una de ellas dijo que los guardias se habían trabado en batalla con los parameros de don Pío Quinto. Las sementeras de maíz y los rancheros de la gentecita que vive por allí de cuidar ovejas, ardían en hogueras que dispersaba el viento. Santiguándose, siguieron camino monte abajo, como ovejas asustadas, hacia el otro pueblo.

—¡Dios las lleve! —masculló el cura—. ¿Qué tendrán que ver estas desgraciadas con todo esto?

—No hay que creerles —manifestó Belencita—. Los bandidos debían estar emboscados en el páramo, preparando el asalto. ¿No siente su reverencia el olor de las quemazones?

El viento, que había cambiado de dirección, traía una racha de humo tibio y sabroso, perfumado por las yerbas del campo, que hacía escocer los ojos.

—Sigamos —dijo Belencita empuñando el revólver.

El cura tiró del cabestro de las mulas, y agachado, pegado al acantilado que flanqueaba por un lado el camino, se deslizó lentamente, seguido de la muchacha. ¡Dios nos asista! —imploraba mentalmente, no por un sentimiento de terror que ahora no lo torturaba, sino conmovido en lo más tierno e íntimo de su ser, al borde de aquel abismo de incomprensión y ceguera a que habían rodado sus feligreses. Lo llenaba de angustia su impotencia para sacarlos de allí, y ese muro frío y resbaloso de la estupidez, contra la cual pegaba y rebotaba la palabra divina como una pelota de goma. ¿Serán todos así? ¿Serán todos ciegos y sordos como estos hombres del páramo?

Resbalaba a veces en algún trayecto gredoso, y el sentimiento de su pequeñez, de su debilidad, de su impotencia, le punzaba el espíritu. Le parecía ser un cómplice involuntario del sargento, de su guardia, de los bandidos del páramo, de Belencita y de todo el mundo. Todos le consideraban como a un ser al margen de la vida, una especie de niño grande que sabe contar bellas historias en el púlpito y escuchar con paciencia historias feas en el confesonario. Lo miraban como a un ser de distinta especie, perteneciente a un género neutro, pues la vida para él era distinta de como la consideraban los otros. No se interesaba en sus afanes, ni en las armas de fuego que tanto les placían, ni en la política parroquial que los apasionaba, ni en los negocios ajenos que les quitaban el sueño, ni en las mujeres. No sabía hacer lo que los otros hacen, ni hablar como hablan ellos, los cuales, cuando lo hacían delante de él, medían y sopesaban sus palabras evitando celosamente desflorar ciertos temas, tal como se hace delante de los niños. ¿No sería capaz nunca de explicarles que su desinterés por las cosas humanas era el reverso de su apasionamiento por las almas? Y ellos sólo se aficionaban a las cosas: el sargento a los cadáveres, Belencita a los rasgos de un rostro varonil, el sacristán a su aguardiente... ¡Si aquella gente se diera cuenta de que los bandidos del páramo también son hombres y no solamente blancos para fabricar cadáveres! Si pensaran de vez en cuando que la muerte es como un abismo sin fondo, ¿no sentirían de pronto el vértigo de sembrar de muertos el lúgubre camino del páramo?

Resbaló otra vez y se apoyó en la roca para no caer de bruces. Las manos le quedaron sucias y húmedas de barro. Durante un tiempo que le pareció interminable, en medio del silencio turbado a veces por disparos cada vez más lejanos y débiles, caminaron el cura y Belencita con los animales de cabestro. Ella, cansada ya, con el aliento corto, al llegar a la boca del páramo se sentó en una piedra y se descalzó los zapatos.

—Esperemos aquí un momento; ya no puedo dar paso...

Como el cura se encontraba más o menos en el mismo estado, se sentó al lado de ella. Les quitó los bocados a las mulas y teniéndolas sólo por el ronzal que les colgaba de las jáquimas, las dejó ramonear entre los helechos y los irallejones, donde había algunas brochas de pasto duro y amarillo. El viento, que seguía soplando con fuerza, descargó de nubes la atmósfera que clareó hasta

quedar limpia y transparente. Algunas pinceladas de azul manchaban el cielo gris y desvaído. Aquel paisaje árido era todavía más desapacible cuando se aquietaba la atmósfera y quedaba en los huesos y las vértebras de sus rocas. Es un paisaje muerto, un cadáver de paisaje velado por los candelabros de los frailejones que elevan la llama tiesa y amarilla de sus estambres, pensaba el cura. Es un paisaje esquelético, una calavera, un calvero, un calvario, con las tibias cruzadas de esas serranías que son carroñas de cerros, erizadas a veces, como los mortecinos, de una brocha de esparto que lucha eternamente contra el viento. Es la muerte, pensaba, y detrás de esta muerte de las cosas no está sino el silencio. En esta cuenca vacía de la tierra no queda ni el recuerdo de la luz que se irisa y se refleja en la pupila de un lago o en la retina de una fuente. Este silencio plano y sin profundidad me aterra, como si aquí la tierra estuviera muriendo continuamente y su cadáver se disolviera en una niebla densa y pegajosa. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué esta soledad, y está desolación, y esta muerte?

De la vertiente de la cordillera que rodaba sobre el pueblo de abajo soplaban ramalazos de humo blanco y tibio que al menos servían para embalsamar su pensamiento, frío y árido, como la mortecina imagen del páramo que tenía ante los ojos.

Sobre la cresta de una loma apareció entonces el sargento, seguido del macilento grupo de los policías. Estos venían desplegados en fila india, con el fusil en bandolera. Dos parejas cargaban sendos guandos, porque en la refriega habían herido al cabo que era muy novato según explicó el sargento. Fue herido también el sacristán, de un machetazo en el vientre, cuando luchaba cuerpo a cuerpo con el peón de estribo de don Pío Quinto Flechas, que fue quien hirió al cabo. El sargento, en lengua ruda y escabrosa, contó que habían infligido cuatro bajas a los enemigos. Terminaron echándolos del monte como a conejos, al incendiar sus barbechos y sus ranchos.

—Don Pío Quinto tendrá para unos días de quedarse tranquilo —dijo.

—¿Y los heridos?

—Los nuestros, ya los verá su reverencia. El cabo tiene una bala incrustada en el hombro, pero no es de cuidado. La herida del *Caricortao* sí es grave: le midieron el aceite con un machete y trae las tripas colgando... A los heridos de los rojos los rematé yo mismo. Ahí quedaron en un barranco, para alimentar a los chulos...

Los guardias pusieron con mucho tiento los guandos en el suelo. Belencita trajo agua en una cantimplora del sargento, para dar de beber a los heridos. El cabo, casi un niño, se mordía los labios para no quejarse. Estaba muy pálido, pero no presentaba ningún síntoma alarmante cuando el cura se acercó a examinarlo y con un ademán lleno de ternura le acarició la frente. El sacristán, con los ojos extraviados, lanzaba un quejido sordo y continuo. Ni siquiera pudo pasar un sorbo de agua, cuando Belencita le alcanzó la cantimplora.

—Su reverencia ocúpese del sacristán que se está muriendo y por él ya no podemos hacer nada. Voy por más agua para el cabo, y le lavaré la herida. ¿Alguno de los guardias tiene una botella de aguardiente? Mientras llegamos al pueblo de arriba, lo único que cabe hacer para aliviar a este hombre es emborracharlo.

El cura ordenó a los guardias que retirasen unos cuantos pasos de allí al cabo, porque quería confesar al sacristán, cuyo aliento corto y jadeante y las facciones perfiladas presagiaban la muerte próxima. Cuando se arrodilló al pie del herido y le tomó entre las suyas la diestra flácida y helada, lo mareó el olor acre de las entrañas violáceas, envueltas en una sangre negra y viscosa, que se rebullía como enormes gusanos sobre la ruana.

—¿Me ves? ¿Me oyes? —preguntó al *Caricortao*, acariciándole la frente húmeda de un sudor pegajoso.

—¡No lo veo, mi amo!... ¡Ayayay!... ¡Me mataron esos rojos bandidos!

—Tienes que perdonarlos, hijo, porque muy pronto vas a morir y estarás ante la presencia de Dios. El es infinitamente misericordioso para perdonarnos, pero también es infinitamente justo para medir y pesar nuestros pecados...

El sacristán jadeaba. Sus ojos volteaban, descarriados y turbios, en las cuencas amarillas.

—Voy a confesarte. Dime lo que más te pesa sobre la conciencia. Yo voy a ayudarte. ¿Has robado a alguien?

—Nnno...

—¿Vivías con alguien? Quiero decir con alguien que no fuera tu propia mujer.

El sacristán hizo un violento esfuerzo que le cubrió las sienes de sudor, y entre quejidos y jadeos, explicó:

—Yo vivía con la boba... desde hace muchos años... Todos me odiaban... y sólo ella me quería... Cuando yo acabe, saque sumercé ciento sesenta pesos que llevo aquí, en la cartera, en el pecho... y se los entrega a la boba...

Rece sumercé diez misas por mi alma... Esos guardias pueden robarme cuando muera...

El cura le limpió con su propio pañuelo el rostro amarillento, frío, desfigurado, brillante de sudor. Había cerrado los ojos y la cabeza, sostenida por una mano del cura, se agitaba pesadamente. Una oleada de sangre fresca y roja le inundó las entrañas.

—Me muero... ¡Me estoy muriendo!

Abriendo desmesuradamente los ojos, por los que ya pasaban como las nieblas sobre el páramo las sombras de la muerte, balbuceó :

—¡Yo lo maté, señor cura! ¡Yo maté al viejo don Roque! Fue la noche de su llegada... después de que lo dejé a sumercé en la casa cural...

Su pecho se levantaba y se abatía con violencia, a intervalos desiguales.

—Entré por las tapias del solar... El Anacleto dormía en el mostrador... Trepé a gatas la escalera... Don Roque roncaba, bocarriba... Y le di unas puñaladas... ¡Ayayay!... El viejo se quejó un poco y cayó de la cama al suelo, agarrado a la sábana... Luego tiré el puñal en el aljibe... ¡Ayayay!

—¿Por qué lo mataste? ¿Por qué no dijiste que lo habías matado? ¿Por qué cometiste esa iniquidad?

—Me habían dado doscientos pesos para que lo matara... y no dijera nada.

—¿Quién te los dio? ¡Contesta! ¿Quién te los dio? ¿Quién, quién?

La voz del moribundo se apagó en un murmullo ronco, indescifrable, porque había comenzado la agonía. En vano el cura, desesperado, trataba de reanimarlo incorporándolo un poco. Con voz dura y alterada por la emoción, gritó al sargento que trajera un poco de agua. Mientras éste llegaba absolvió al herido y empezó a rezar en voz alta las oraciones de los agonizantes. Había levantado los ojos al cielo gris y oraba con un fervor tan grande que no percibía el nauseabundo olor de las entrañas del herido, ni escuchaba su ronco jadear, ni soportaba en su mano el peso de aquella cabeza que se tronchaba con la muerte. Pero en medio de aquellas tribulaciones su alma se empapaba de una alegre ternura. Las palabras del moribundo confirmaban su propia intuición y las protestas de Anacleto, cuando juraba y perjuraba que era inocente. ¿No era como si se hubiera abierto una brecha entre las brumas y los vapores, y la luz de una estrella y de

una esperanza comenzara a parpadear sobre el páramo?
¡Dios mío, perdónalo!—, exclamó con voz recia.

Cuando Belencita llegó con la cantimplora, el sacristán había muerto. El cura sintió un extraño alivio al retirar la mano que sostenía la cabeza del cadáver. Le hormigueaba el brazo y le dolían las coyunturas.

—¡Pobre diablo! —exclamó Belencita, santiguándose.

Un momento después iniciaron el descenso, con el herido y el cadáver cargados por los guardias en sendos guandos. El cura sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho cuando desde una cornisa del camino, en la tarde quieta y serena, divisó en el fondo la torre mocha de su iglesia que se erguía en medio del pueblo, embellecida por un rayo de sol, como el estambre de los frailejones que se crían en el páramo.

CAPITULO VIII

Y EL LUNES

A la asamblea de notables reunida apresuradamente en la alcaldía por el señor notario, que sin ser miembro del Concejo Municipal era como si fuera su propio presidente, asistieron el alcalde, los concejales, el sargento, el Anacarsis y otros distinguidos vecinos entre quienes figuraban el juez y el boticario. El cura fue llamado más tarde, después de un acalorado debate en el que votaron por la negativa el alcalde, los concejales, el juez y el Anacarsis; pero como el sargento, que no deliberaba, manifestara que había que llamar al párroco de todos modos y lo demás eran tonterías, triunfó la afirmativa por la cual había votado el notario.

—Las armas siempre triunfan sobre las letras en las democracias —dijo el notario al registrar su triunfo; y aquello era una democracia.

Luego con voz solemne y campanuda, previa una minuciosa limpieza de sus gafas, leyó por quinta vez la información que con la firma de "Un Testigo Imparcial" ostentaba en la primera página el diario que había traído Belencita. Puesto que el mismo notario había redactado esa información hacía dos días, y la envió al periódico por telegrama oficial, se la sabía de memoria. Ciertos párrafos, adulterados abusivamente por el jefe de redacción, mortificaban su orgullo literario, pero satisfacían en cambio su vanidad de estrategia político. El jefe de redacción iba cien leguas adelante de donde había querido llegar el notario.

"Este crimen horrendo que ha conmovido a todos los sectores de una sociedad culta y cristiana, está indicando a los partidarios del orden, la justicia, el gobierno y la moral, cómo los adversarios políticos no se detienen en su furor homicida ni siquiera ante la persona de su propio padre. Frente a hechos semejantes, la obligación de

los partidarios de la buena causa es prevenirlos, reprimirlos y castigarlos de una manera implacable”.

—¡Eso! Eso, padrino... ¡Y nosotros todavía aquí mariposeando sin saber lo que tenemos que hacer, cuando el periódico lo dice con todas sus letras: castigarlos, castigarlos de una manera implacable!

—Mayormente después de lo sucedido en el páramo, porque yo les prometo que cuando salga eso en los diarios tendrá una repercusión nacional. Allá lo verán: nacional... Mi hija Belencita, que acaba de regresar al pueblo después de haber perfeccionado su educación en un colegio de monjas, me relató con lágrimas en los ojos la heroica conducta del señor sargento aquí presente, y al pedirle el favor de que organice sus fuerzas con las de algunos voluntarios de este pueblo...

—¡Con todos, padrino, con todos! Yo estoy a las órdenes del señor sargento. En Agua Bonita tengo pertrechos para una docena de hombres.

—¡No faltaría más, todos estamos listos!

—¡Un momento, un momento señores!... Aún no he terminado... Al rogar al señor sargento que organice sus fuerzas con las de los vecinos de este pueblo, que se hallan listos a secundarlo con todo su fervor por la buena causa...

—¡Muy bien! ¡Por ahí es la cosa! —prorrumpieron todos, menos el sargento, que se mordía las uñas.

—Al rogar tal cosa al distinguido oficial aquí presente, creo interpretar los sentimientos de los caballeros que asisten a esta reunión a la cual tuve el honor de convocarlos...

—¡Caramba! Es lo que yo digo... —exclamó entusiasmado el Anacarsis—. ¡Mi padrino habla como un periódico!

El sargento, que por ser militar profesaba un secreto horror por las discusiones bizantinas, dio un golpe seco sobre la mesa y manifestó que su plan consistía en rodear a Llano Redondo de una corona de llamas, acorralando a los bandidos para coger, ojalá vivito y coleando, a don Pío Quinto Flechas.

—Ese viejo es el responsable de todo. Mientras ande suelto no habrá paz en toda la provincia —dijo alguien. Y el juez, que era muy corto de ánimo, exclamó:

—Será, si no he entendido mal a mi sargento, una expedición punitiva...

—Pacificadora... ¡Pacificadora! —corrigió el notario.

—Es verdad —interrumpió el alcalde—. Así lo dice el periódico.

A estas alturas de la reunión había llegado el cura, a quien el Mitrídates y el otro guardia del municipio comunicaron la invitación de los notables. Llegó, pues, y al enterarse rápidamente de lo que se proyectaba, manifestó golpeando las palabras que aquello de la expedición punitiva...

—Pacificadora —corrigió el notario.

Llamarse pacificadora o punitiva, que eso no importaba a la larga, la expedición le parecía al buen cura un solemne disparate. Estaba harto y conmovido en lo más profundo de su alma por aquella terrible ola de crímenes, saqueos, incendios, persecuciones, odios y venganzas que azotaban toda la provincia. Lo pertinente sería desarmar no sólo los espíritus, de lo cual él se encargaría en el púlpito y en el confesonario, sino los cuerpos. Mientras hubiese hombres armados, con fusil al hombro, que eran torpes campesinos aunque se llamasen guardias, cualquier suceso desgraciado como el crimen de don Roque pararía inevitablemente en un combate sangriento.

—¡El crimen a que su reverencia alude tiene un indiscutible sentido político!

—Eso sólo lo sabe Nuestro Señor Jesucristo que está en los cielos.

—¡Eso lo dice el periódico! —sentenció el notario, señalando con dedo tieso y acusador el remitido de la primera página. Su argumento parecía irrefutable.

—¿Y qué importa que lo diga el periódico? ¿Usted cree que el Evangelio no fue escrito para siempre? ¿Y acaso fue el Evangelio un papel que se escribe todos los días para que hoy se lea y mañana desaparezca?

El buen cura en vano trató de explicar que los escritos que publicaban, no por venir en letras de molde tienen el carácter de verdades reveladas. Los diarios suelen mentir de tres maneras distintas: por omisión, cuando deliberadamente ocultan la verdad que los perjudica; por exageración, cuando la desfiguran hasta el punto de que no la reconocería ni su propio padre; y, finalmente, por tergiversación, cuando le retuercen el cuello a la verdad para que lo negro aparezca blanco y lo blanco negro. Además todos pecan contra el buen gusto.

Los concurrentes a la reunión de la alcaldía escuchaban con evidente escepticismo las palabras del cura, y éste se desesperaba, porque como suele ocurrir en todas las discusiones, el tema principal naufraga en una marea

de cuestiones adjetivas e incidentales. Estaba acostumbrado a hablar desde su púlpito, sin que nadie lo interrumpiese ni interpelase. Aquí era otra cosa, porque la discusión no llevaba a ninguna parte ni tenía trazas de terminar nunca. Utilizando todos los recursos de la dialéctica, el cura trataba de demostrar que los diarios no son evangelios que hayan de aceptarse como artículo de fe; y pugnaba después por regresar a los orígenes de la discusión, esto es, a la expedición punitiva...

—Pacificadora —insistía el notario.

Desde cuando escuchó en el páramo la confesión del sacristán, el buen cura no sosegaba. Aunque el muerto, a quien había enterrado a toda prisa aquella madrugada, se hubiera llevado al hoyo el secreto de quién mandó asesinar a don Roque, parecía al cura que aquel crimen no tenía nada de político. Pero el fantasma de don Roque seguía creciendo y como la piedra que tiró al rodadero el casco de una cabra, su cadáver arrastraba hacia la muerte a una muchedumbre de gentes por el precipicio de la pasión política. El secreto le escocía al cura, le dolía, lo enervaba, lo llenaba de angustia. Si aquella gente conociera la verdad que reveló el sacristán en el páramo, esa verdad a medias, ¿no cesaría el equívoco que amenazaba con perturbar todas las conciencias?

—Está claro que el Anacleto asesinó a don Roque Piragua —exclamó el notario.

—¡Clarísimo! ¿Pero quién lo duda? —preguntó Anacarsis.

—El señor cura parece convencido de otra cosa. Yo respeto sus opiniones, pero no las comparto. Creo que Anacleto no tenía motivos de índole económica para asesinar a su padre, pero sí motivos políticos...

—Aun aceptando que el Anacleto fuera el asesino de don Roque, lo cual tendrá que ser examinado por un investigador especial, analizado en un juicio, demostrado ante un jurado de conciencia...

—Permita que lo interrumpa, señor cura —dijo a la sazón el juez—. Si el gobierno declarase la provincia en estado de sitio...

—El señor alcalde del pueblo de abajo hizo esa petición al gobierno —interrumpió el sargento—. Yo creo que es una medida necesaria. Entretanto yo traigo instrucciones de obrar como si fuera el alcalde...

El que todavía lo era dió un respingo, pero no dijo nada.

—Debemos firmar aquí una petición encabezada naturalmente por su reverencia, para pedir esa medida que el sargento considera conveniente —dijo el notario.

—Si decretan el estado de sitio —continuó el juez— entonces muchos juicios de trámite ordinario se ventilarán de otra manera : se volverán juicios militares.

El cura se llevó ambas manos a la cabeza. Haciendo un postrer esfuerzo, solicitó del sargento un poco de calma mientras se implantaba aquella medida y llegaba al pueblo el investigador especial que el gobernador había prometido mandar. Aunque Anacleto fuese el asesino y aquel crimen fuese un atentado político, ¿quién ha dicho que es lícito lavar la sangre con la sangre, barrer el odio con el odio, vengar al justo en el inocente, cobrar ciento por uno, cuando Cristo se dejó crucificar por todos para enseñarnos a amar y perdonar a nuestros enemigos? Bastaba ahora salir al atrio de la iglesia, o asomarse al solar de la casa, para ver las quemazones del páramo.

Prestando oídos de mercader a las impertinentes interrupciones de sus feligreses, trataba el cura de ablandarles el corazón con la pintura de lo que había visto en el páramo y de lo que le había contado María Encarna en el despacho parroquial. Hombres que emigran por los caminos con un costal de trapos al hombro ; mujeres mutiladas ; niños sacrificados ; ranchos que arden como antorchas, sabe Dios si con criaturas o inválidos que no pudieron escapar ; sementeras perdidas, campos arrasados y el hambre y la desolación por todas partes. ¿Por qué se culpaba a los desgraciados campesinos de crímenes que no habían cometido, o de cometerlos, no los habían planeado? ¿Por qué hacer invivible la tierra de Dios, esta buena tierra que da al pobre su pan y su trabajo? ¿Qué les va ni qué les viene a los miserables pastores que viven en el páramo entre ovejas, con que en la ciudad manden los unos o gobiernen los otros? ¿Para qué buscarlos y perseguirlos como a bestias feroces? ¿Por qué quieren los ricos resolver sus problemas a expensas de los pobres, y los fuertes a costa de los débiles, y los que mandan, con mengua y para escarnio de los que obedecen? ¿Dónde está la caridad, entonces? ¿Y qué fue, pues, del Evangelio? Ante un pedazo de tierra, o un saco de monedas, o esas migajas de poder y ese hueso de vanidad que los políticos de arriba arrojan a las fauces de los políticos de abajo : ¿todo debe retroceder, inclusive la palabra de Cristo? ¿No recuerda Anacarsis la historia de Caín? ¿No recordamos

todos... —decía el cura, vibrante de indignación, con el brazo extendido que señalaba al través de la ventana las humaredas que ensombrecían el páramo—, no recordamos las llamas que abrasaron las ciudades malditas? ¿No sabemos que fue dicho por Dios a Moisés, cuando los hombres le volvieron las espaldas al Sinaí para adorar al becerro, no matarás? ¿No arrojó Cristo del templo a los mercaderes, no secó la higuera infecunda, no escarneció a los hipócritas, no amenazó con la muerte a los que escandalizan y no llamó sepulcros blanqueados y malditos de su Padre a quienes llevan la ley de Dios en los labios, y el frío y el veneno y la muerte en el corazón corrompido?

El sargento, poco familiarizado con este tipo de oratoria, se levantó impaciente para manifestar que pues era tarde, se ausentaría al momento. El alcalde lo debería acompañar, ya que se trataba del alojamiento y el rancho de la guardia.

—No se demore mucho, mi sargento. Recuerde que Ursula y Belencita nos están esperando a almorzar.

El Anacarsis, que había visto a Belencita aquella mañana, y encontró que con el internado se había vuelto muy mujer y muy atractiva, sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Yo pensaba pasar esta tarde por su casa, padrino. Quería llevarle unas pichonas a Belencita...

El notario, que abrigaba otras miras sobre el porvenir de Belencita, contestó evasivo:

—Mañana veremos, ahijado. Esta noche tengo algo que conversar con el señor sargento.

La reunión se disolvió a poco de allí. Algunos notables se demoraron un momento para echarle un vistazo al periódico y releer la información de un testigo imparcial que el secretario pegaría después a las puertas de la alcaldía, en el tablero de los edictos.

—¿Y cuándo empezará la cosa, sargento? —preguntó alguien.

—Hoy la gente está muy cansada. Será mañana, si Dios quiere. Y no se le olviden los fusilitos, don Anacarsis.

El cura salió de allí trémulo, con el corazón vuelto pedazos, en dirección a la casa cural, donde lo había citado para aquella tarde la señora Ursulita, sin que lo supiese el notario.

Cuando pasó por delante de la ventana de la señorita Zoila, que como todos los lunes celebraba su costurero piadoso, la señora Ursulita le hizo un cariñoso saludo con

la mano y masculló para sí: "¡Ya deben estar esas viejas despellejándose como a un plátano!" Momentos después, y todavía sofocada por este pensamiento, no había podido reprimir un grito de sorpresa y de pena, cuando vio en la sacristía, arrinconados, los dos cuadros que durante muchos años colgaron a lado y lado del cancel de la iglesia. Ella les tenía una especial predilección. Los cuadros eran obra de un pintor anónimo que como viajante de comercio visitó el pueblo hacía veinte años; y cuando se varó allí resolvió pintar para salir a flote. Eran de talla más que regular y el uno se llamaba "La Muerte del Justo" y el otro "La Muerte del Pecador". La del justo representaba en un gran lecho matrimonial, como el que la señora Ursulita tenía en su alcoba, a un hombre muy parecido al notario, con lentes que espejeaban en la sombra, encaramados sobre las cejas, la sonrisa dulce y beatífica y las manos piadosamente cruzadas sobre el pecho, acariciando un crucifijo. Un ángel de alas tiesas y cortas, más bien de ganso que de ángel, se acercaba al lecho y ofrecía al moribundo la palma de coco de los elegidos. Y de rodillas al pie del moribundo, de espaldas al espectador, pero volviéndole coquetamente la cabeza, se encontraba una gruesa mujer en actitud piadosa, vestida de novia, y con una corona de rosas a la cabeza. La pudibunda esposa del justo era doña Ursulita.

Quando el notario y su consorte obsequiaron a la iglesia ese cuadro, don Pío Quinto Flechas, que a la sazón era el cacique, para no quedarse atrás contrató los servicios del viajante de comercio para que con el título de "La Muerte del Pecador" embadurnara un óleo complementario. El personaje central sería su cuñado don Roque Piragua, que por aquella época ya había comenzado a emanciparse de su mujer y del recién nacido Anacleto.

La señora Ursulita, mordiéndose los labios, pensó que mejor sería callar y no comunicar sus tristezas a aquel joven e inexperto párroco que mostraba tan escasa sensibilidad para las obras de arte de verdadero valor, puesto que "La Muerte del Justo" había costado cincuenta pesos de aquella época, pero pudo más su angustia, y así dijo:

—Desde hace tiempos quería contar a su reverencia un asunto que me preocupa mucho... Se trata de Belencita.

—Belencita es una muchacha simpática, bonita, inteligente, cuya mezcla de buenos y malos sentimientos pude

apreciar en nuestro viaje por el páramo. Los primeros se manifestaron en su caridad para con los heridos ; los segundos, en la versatilidad y crudeza de sus palabras...

—¿No es cierto? Eso mismo le digo yo. ¡Las madres tenemos unas intuiciones, señor cura!

—Más que de intuiciones, en el caso de Belencita se trata desgraciadamente de realidades concretas —dijo el buen cura bajando los ojos.

La señora Ursulita se echó a llorar en aquel momento con tanto ímpetu, que los sollozos hinchaban y abatían alternativamente, como una tempestad, el pecho formidable.

—¿Su reverencia no sabe de quién es el hijo que Belencita tuvo donde las monjas?

—Francamente, no sé...

—¿Ni siquiera se lo imagina?

—No había pensado en eso...

—Pues es de don Roque... ¡De don Roque Piragua!... De ese viejo miserable, de ese monstruo, de ese desvergonzado, de ese... ¡Uy!... Dios y su reverencia me perdonen. Yo creo que el viejo fue un buen muerto, y don Pío Quinto Flechas tuvo como una intuición de lo que iba a pasarle, cuando hace veinte años hizo pintar al viejo como protagonista de "La Muerte del Pecador", achicharrándose en los quintos infiernos.

Don Roque fue siempre hombre de pasiones terribles y muy entregado a las mujeres, por lo cual cuando vio a Belencita espigada y florecida, con los senos pintones y las caderas madurando, se enamoró perdidamente de ella. El notario y doña Ursulita se hicieron al principio los de la vista gorda, porque don Roque tenía vara muy alta en el gobierno y de su buena voluntad dependía en cierto modo la carrera futura del notario. Pero no podía olvidarse que era muy viejo, pues le llevaba a Belencita más de cuarenta años. "No pegan los injertos en troncos viejos", decía doña Ursulita ; pero el notario recordaba que caso igual fue el del tetrarca de Judea cuando se enamoró de la juvenil Salomé. Don Roque se aficionaba cada vez más a la niña, porque semejantes pasiones son muy fuertes por ser las últimas, aun cuando haya quienes sostienen que acucian más las primeras. Don Roque le tenía prometido al notario el juzgado superior del distrito, que sería la coronación de su larga y meritoria carrera. A doña Ursulita le mandaba quesos de oveja de regalo. No había tarde en que no fuera a jugar dominó con el notario y a tomarse su copita de aguardiente con ellos. Ardía

el viejo como la yesca a la vista de Belencita, que mero-deaba por allí con los labios encendidos como una ascua, porque se los frotaba con pétalos de geranio. Un diciembre fue toda la familia a la finca de Agua Bonita a pasar las navidades y el año nuevo, y allí, al aire libre, ocurrió lo que tenía que pasar.

El notario y doña Ursulita acariciaron la esperanza, pasado el primer momento de rabia y estupor, de que don Roque contrajera matrimonio con Belencita, pero el hombre súbitamente se desentendió del asunto. Dijo que estaba muy fatigado de la vida para recomenzar una experiencia matrimonial a los cincuenta y cinco años. Semejante hazaña se prestaría a chistes en el pueblo, y echaría a perder su prestigio político, porque quienes predicán la moralización del país contra la corrupción de los contrarios, tienen que andar con mucho tiento hasta en su vida privada. Para evitar el escándalo en el pueblo, que comenzaba a comentar la senil afición de don Roque por la graciosa Belencita, la mandaron al pueblo de abajo con el pretexto de que estudiara un tiempo en el colegio, que buena falta le hacía.

—¿Cree su reverencia que todo este mal se pueda remediar casándola con el sargento?... Eso cree el desgraciado de mi marido, que todavía no ha perdonado a don Roque... Y es que además, señor cura, quería confesarle... ¡no sé cómo decirle!... Sepa usted que mi marido, desde cuando volvieron ustedes esta madrugada, no tiene reposo. Belencita le contó lo que había pasado en el páramo, y en mala hora le dijo que su reverencia había confesado al sacristán... Se puso pálido como un muerto y creí que iba a ponerse enfermo... Luego empezó a gritar y se excitó de tal manera que no sabíamos qué hacer para calmarlo... ¡Las cosas que decía, Dios mío!... Y a mí se me metió en la cabeza... ¡Virgen Santísima!... ¿Qué pecado habré cometido yo para que semejante maldición caiga sobre mi casa?!

Un pensamiento atroz zigzagueó por la mente del cura, como uno de esos súbitos relámpagos que iluminan las nieblas siempre grises del páramo y cuyo bronco trueno pone pavor en los viajeros. Sintió una profunda lástima por aquella mujer que se alejaba calle abajo, despacio y bamboleante, como un carro de yunta. Cuando la despidió a la puerta de la casa cural, abrió nerviosamente, con manos temblorosas, el sobre que le había entregado hacía un momento el peón de estribo que mandó el cura viejo para conducir su equipaje.

Las señoras del costurero piadoso atisbaron a la señora Ursulita, llenas de curiosidad, al través de los visillos de la ventana.

—¿Qué llevará Ursulita debajo del brazo? —preguntó alguna.

Porque la señora Ursulita llevaba el bastidor de "La Muerte del Justo", que el buen cura muy conmovido con su relato le había regalado para tranquilizarla, y convenido también íntimamente de que aquel cuadro sería un escarnio más en el cancel de su iglesia.

La impresión que le produjo al cura la primera lectura de aquella carta, fue de amargura y en cierto modo de indignación por la incompreensión que revelaba. A la segunda lectura, le invadió en cambio un dulce sentimiento de alegría. ¡Misterios del corazón que experimenta sucesivamente a veces, y otras a un tiempo, las emociones y los sentimientos más dispares y contradictorios! Lo más curioso era que ahora se hallaba tranquilo, desinteresado de pronto de sus amargas experiencias de los últimos días, como si todo no hubiera sido sino un sueño del que lo hubiese despertado la carta. Y a medida que el pueblo, con sus gentes mezquinas y sus casumbas miserables, se hundía entre las nieblas y el humo de las quemazones del páramo, el Seminario aparecía otra vez a sus ojos blanco, tibio, acogedor, poblado de hombres buenos e inteligentes que le tendían cordialmente las manos.

Al tiempo que la imagen de don Roque muerto y acribillado a puñaladas se le fugaba de la memoria, y se apartaban de ella las blandas facciones de doña Ursulita, que acababa de salir de su casa, cobraban apariencia nítida y precisa las gentes del Seminario. Su confesor, que despedía un tierno aroma a tabaco y a pastillas medicinales; sus amigos, que estudiaron y se ordenaron con él y a quienes cobijaba la misma aspiración religiosa; y el viejo obispo, tan comprensivo e inteligente, a quien la vida en el confesonario más que los libros en la biblioteca, había enseñado a comprender y a perdonar a los hombres.

Al trasplantarse idealmente de aquellas ásperas montañas erizadas de odio, más que de riscos y peñascos, al plácido jardín del Seminario, su alma se empapaba de ternura. Desaparecían de sus ojos la iglesia destartada, y el crimen de don Roque, y la confesión del sacristán, y el rostro torpe del sargento, y el equívoco rostro del notario, hasta la naricita respingada y los ojos retozones de Belencita, que en medio de aquella muchedumbre de gen-

tes feas y tristes había comenzado a parecerle hermosa. Pasearía otra vez con sus viejos amigos los profesores por los senderitos enarenados del parque, uno de esos jardines cuidados por religiosos, que tienen rincones sombríos donde crece libremente la yerba. Llevaría las manos a la espalda, como acostumbraba, y el breviario abierto en algunos de esos pasajes en los cuales se detenía largamente a soñar, con la ilusión siempre contrariada de llegar algún día a ser un santo. Y discutiría otra vez con sus amigos sobre las cuestiones teóricas y abstractas de la teología y la escolástica, que tanto le apasionaban. Sobre todo la moral se ofrecía a su entendimiento clara, de contornos geométricos y precisos, y no se prestaba a tergiversaciones porque era exacta. No hay cosas buenas a medias, y las malas lo son definitivamente. Las ideas y las teorías son tales cuales se presentan al espíritu, al igual que triángulos o cuadriláteros, y no podrían ser de otra manera. Para el buen cura el Evangelio era la primera y divina geometría de los hombres...

Sólo que a veces lo asaltaba el pensamiento atroz de si la moral no sería una abstracción descarnada de toda realidad, del mismo modo que las matemáticas lo son respecto de las cosas. Sólo podemos sumar, restar, multiplicar y dividir ideas y esquemas de cosas, meros conceptos pero no realidades, porque se requeriría que éstas fueran idénticas a aquéllos, unas e invariables como las palabras que los designan. Yo puedo sumar y restar naranjas ideales, es decir, ideas que no son propiamente naranjas, porque en el mundo de las cosas ciertas y evidentes jamás encontraría una perfecta identidad entre dos frutas ni entre éstas y la idea que de ellas nos formamos. Entonces la moral, que pide al hombre una identidad absoluta con Dios cuando dice "Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto", es una especie de matemática de la conducta, que se refiere a hombres esquemáticos e ideales, idénticos sólo al concepto que los teólogos, los moralistas y los santos tienen de lo que son los hombres. El hombre ideal es el Cristo, frente al cual todos somos remedos y aproximaciones. La moral cristiana sólo puede operar en hombres ideales que se identifiquen totalmente con el Cristo; pero esos hombres no existen porque si existiesen dejarían de ser hombres para comenzar a ser dioses. Luego es imposible pedir al hombre que sea perfecto como el Padre, como sería imposible pedir a las naranjas que fueran idénticas unas a otras para poder sumarlas y restarlas. Y sin embargo, hay que salvar al hombre...

Después de divagar largo tiempo sobre aquellas cosas, que de ecuación en ecuación lo llevaban muy alto y muy lejos, lo mismo que las operaciones matemáticas, llegaba siempre al resultado final de que el hombre debe amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Esta última ecuación admitía, según él, una postrera simplificación: Hay que vivir con caridad. La caridad es el amor de los hombres en Cristo y también la ternura del corazón que en El se sosiega y satisface. Sin caridad, la moral sería una estéril matemática... Sólo la caridad puede lograr el milagro de que los hombres, sin dejar de serlo, comiencen a ser dioses.

Se llevó la carta a los labios porque aquel olor tenue de que venían sutilmente impregnadas sus páginas, le penetraba hasta el corazón como un tósigo. Creaba en torno suyo una atmósfera suave y transparente, propicia a la exaltación de sus mejores sentimientos. Aroma de incienso que asciende perezosamente ante el sagrario, en las tardes de Bendición con el Santísimo; fragancia de viejos cueros, lustrados por el uso, de las sillas del coro; perfume de los jazmines del altar, que en su magnífica desnudez encarnaban las palabras del Cristo: "Contempla los lirios del campo cómo crecen y florecen. Ellos no labran ni tampoco hilan. Sin embargo, yo os digo que ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió con tanto primor como uno de estos lirios".

El reloj de la sacristía, cuyo monótono tic-tac había dejado de oír hacía mucho rato, dio lentamente las cuatro. El cura se levantó de su silla para ir a la casa a preparar sus maletas, pues pensaba viajar lo más pronto posible aquella misma tarde.

La boba había guardado en su baúl los reales que el cura le entregó en nombre del *Caricortao*, después de contarlos uno sobre otro, pues se encontraba en la casa cural desde la víspera. Había vuelto sin que nadie la llamara, como un perro, como si nunca se hubiera ido.

—¿Con que sumercé se va esta tardecita? ¡No hizo huesos viejos en este pueblo! Y eso qué sería, mi amo, ¿le sentó mal el clima?

—Ya lo ves... Me voy.

—Pues Dios lo lleve.

—El señor cura llegará antes de la media noche.

—Siquiera, mi amo. Es lo que decía el difunto sacristán: la mano de Dios aprieta pero no ahorca.

—Eso te digo yo.

—¿No quiere sumercé que le prepare un fiambre para el camino?

El cura leyó una tercera vez la carta del obispo, que despojada de las arandelas y los saludos de rigor, así decía :

“Harto te previne, hijo mío, de que tú sirves para cura de pueblo como yo para Sumo Pontífice. Te dije además que hay cierta manera de orgullo que consiste en presumir de humildad, cuando ésta es verdaderamente la aceptación de nuestro destino y el conformarlo a las facultades que Nuestro Señor nos dio y en las circunstancias en que su misericordia quiso colocarnos. Orgullo es no resignarnos a lo que somos, porque fue El quien nos hizo de esa manera. Orgullo es aparentar que somos lo que El no quiso que fuésemos. ¿O crees tú que Santa Teresa de Jesús, a quien tanto admiras, para ser humilde hubiera necesitado quedarse de hermana tornera en su convento en vez de barrer los caminos de España con su hábito para implantar la reforma carmelita? En cambio, tu obstinación orgullosa te llevó a donde no te necesitaban, te arrastró a lo que no servías, te apartó del camino que Dios te había trazado, te precipitó en un laberinto de confusiones que tú mismo creaste y del que no pudiste escapar. Creyendo ser humilde te hundiste en el último curato de mi diócesis, y pensaste que era orgullo permanecer en la ciudad y en el Seminario, predicando a los doctos, enderezando el juicio de los inteligentes extraviados, meditando en Cristo y escribiendo sermones. No consideraste que muchas veces ha sido tan importante para la causa de Cristo, según lo muestra la historia de la Iglesia, la conversión de un solo pecador como la conducción de todo el rebaño. Yo te digo que San Pablo o San Agustín, convertidos, constituyen tanta gloria para la Iglesia como la efímera conquista de Jerusalén por los caballeros cruzados en el siglo once. Muchas veces el buen pastor deja todo el rebaño por buscar la oveja que se le ha perdido, y el buen padre sacrifica el más bello de sus animales para festejar la vuelta del hijo pródigo. Y yo te afirmo que en este mundo que nos ha tocado vivir, en la ciudad se encuentran las ovejas descarriadas que arrastran el rebaño hacia el abismo, y los hijos pródigos cuyo retorno debemos procurar con la predicación y el ejemplo. Ellos, en el dolor de su soledad, han aprendido a conocer a Cristo. Y esa

labor quería yo para ti, porque me parecía que Dios te la tenía reservada”.

“Pero esta forma de orgullo de que te he hablado, te hizo ver como más verdadero el oscuro camino del páramo, y lo juzgaste por consiguiente más santo que la vía falsamente luminosa de la ciudad. Haz de saber, hijo mío, que es cien veces más difícil ser cura en tu pueblo que en mi Catedral predicador de Cuaresma. Nunca pensaste que tus fuerzas pudieran resultar insuficientes, tu espíritu versátil y tu voluntad caprichosa, por lo cual si los demás no habrían de derrotarte, en cambio podrías caer vencido por tu propia flaqueza. Tu fracaso te enseñará que los impenetrables designios de la Divina Providencia se manifiestan a veces más en el consejo de los viejos que en los momentáneos arrebatos de un joven corazón”.

El cura, con las orejas encarnadas y avergonzado como si fuera el propio obispo quien le leyera su carta, volvió la cabeza temeroso de que la boba adivinara su turbación en la descomposición de su rostro. Más adelante, monseñor decía :

“Me costó mucho trabajo creer a los miembros del Directorio Nacional Conservador cuando se presentaron en masa a mi despacho para poner su queja contra ti. Te inculpaban de faltas de comprensión que a mi juicio tu clara inteligencia no podía cometer, y de intromisiones abusivas que tu discreción natural siempre te había vedado. Pero tuve que contrariar mi estimación y mi amor paternal por ti, convencido de tus errores, ante la muchedumbre de testimonios que te condenaban. Recuerda que la Iglesia es una institución sabia y por lo mismo prudente. Sobre todo confiesa que muchas veces es preferible ceder a las circunstancias momentáneas que suscitar el escándalo permanente. Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, dice el Evangelio, y ahora el César te pide a ti, y sería insensato darle en tu lugar a la Iglesia”.

¿Y acaso en este pueblo, pensaba el cura, no representé yo a la Iglesia? ¿Para no traicionar a Cristo he debido negarlo tres veces, como San Pedro, plegándome a la ignorancia del sargento, a la hipocresía del notario y a la estupidez del Anarcasis?

“Yo ya tenía en mi poder una carta del señor cura del pueblo de abajo, que aunque palurdo es hombre de buen sentido para juzgar a sus semejantes, en lo cual tú

tanto te equivocas. Me decía él que cuando te vió por la primera vez le pareciste infantil de espíritu, tierno de corazón y demasiado ingenuo para desempeñar un cargo tan difícil. Para servir un curato de aldea no sólo se requieren luces y letras, hijo mío, sino otras condiciones de que posiblemente careces. Tú cometes el error de quienes piensan que la inteligencia lo puede todo en este mundo, y que al lado de ella la simpatía, la gracia, el don de gentes, el carácter dulce e igual, no valen nada, cuando son estas cualidades las que permiten a un buen cura de pueblo penetrar por el contacto de los sentidos en el corazón de sus fieles. Recuerda que a veces es más importante commover el corazón de un hombre que persuadir su inteligencia; sobre todo cuando se trata, como en tu caso, de ser casi literalmente (tú me lo dijiste) un simple pastor de ovejas”.

“El cura viejo poco te dejaría hablar porque es de aquellos hombres que se lo dicen todo y sólo tienen oídos para sus propias palabras. Pero esta clase de hombres, contentos de su suerte y llenos de sí, suelen ser benévolos al juzgar a sus semejantes; y él también fue duro al juzgarte”.

¡Cuánto nos equivocamos al tratar de penetrar en el corazón de nuestros semejantes! Yo creía que el cura viejo era un hombre ya fatigado y desgastado por la vida, incapaz de juzgar, y por lo mismo incapaz de juzgar mal a nadie. Pero he aquí que todos los hombres son distintos no digo al ideal cristiano, sino a la idea que nosotros nos formamos de ellos.

“También recibí una carta del notario del pueblo, que me pareció hombre sensato aunque ampuloso y un tanto perturbado por la pasión política. Me mandaba un recorte de prensa, con un extenso artículo sobre lo que él llama tu caso. Se quejaba de que estabas interviniendo en la política del vecindario, con tan mala suerte, que te habías enajenado la buena voluntad del alcalde cuando estuviste a dos dedos de cometer el delito de auxiliar en su fuga a un criminal redomado que había dado muerte a su propio padre y luego quiso que lo acogieras bajo el ala. Hoy, hijo mío, ya no hay derecho de asilo”.

Es imposible que lo haya. Antiguamente los hombres, si no practicaban la caridad, cuando menos la respetaban en sus ministros. Era en los tiempos en que se alzaban en medio de las aldeas, más altos que las torres de los castillos, los cimborrios y las agujas de las catedrales. El señor feudal no penetraba en el interior de las naves para

perseguir al siervo alzado; pero hoy los hombres siguen odiándose y persiguiéndose como entonces, pero ni siquiera construyen catedrales donde su barbarie se detenga.

“El gobernador del departamento me dirigió una comunicación muy comedida, porque al través de su estilo seco e impersonal se ve que es un buen funcionario; y en ella me decía que tú, olvidando que existen ciertos procedimientos administrativos cuyo desconocimiento por un cura de pueblo es inconcebible para un gobernador, le habías pedido un investigador especial como si no hubiera juez donde te encontrabas, o como si en tres días te hubieras formado sobre él un juicio temerario. Y por algo sería que el ministro de guerra para mi información nada más, me remitió una copia de un parte del sargento en que se dice en términos bastantes rudos y militares que tú pretendes entabrar la acción pacificadora que desarrollan las autoridades en la provincia. Eso quiere decir, en doblones, que te estás metiendo en lo que no te importa. Aunque imagino que el criterio de quien está formado en un cuartel no tiene por qué ser más claro que el de quien se crió en un Seminario, en materias de orden público y seguridad social tengo que concederle más importancia que a tu opinión, hijo mío, a la de un sargento en quien ha depositado su confianza el gobierno”.

Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, me decía Su Excelencia hace un instante. ¿Pero quién, sino Dios mismo, podría establecer esa frontera entre lo divino y lo humano, entre el espíritu y la carne, entre la conveniencia pública y la moral privada? ¿Y cuándo la injusticia del César puede ponerle vallas a la misericordia del Cristo?

“No dejó de impresionarme mucho el que un gobernador, un sargento, un ministro del despacho, un notario y un cura viejo de pueblo, coincidieran todos en afirmar que desde el día en que llegaste a aquel plácido y acogedor retiro que tú soñabas, el páramo se convirtió en un infierno. La principal queja de todos, la que sostuvieron con mayor énfasis los miembros del Directorio, consiste en que tú intervienes en asuntos políticos que no son de tu incumbencia, por lo cual te conviertes en piedra de escándalo y manzana de la discordia a donde vas llegando. Ya me lo había dicho el notario en su carta, con más desenfado y su punta de gracia, porque bien se ve que el hombre no es lerdo. Me había dicho que en principio los curas de pueblo no deben ocuparse de política, pero que si lo hacen debe ser por lo alto, es decir, con

los buenos y no con los malos “no con los liberales sino con los conservadores”. ¡Absurdos y necedades, hijo mío! Los curas buenos no deben meterse en esos andurriales, como te lo repetí cien veces antes de que te fueras. El sacerdote no puede servir a dos señores, cuando para él no existe sino Nuestro Señor. Es El como el buen pastor, que conoce sus ovejas, y las ovejas lo conocen a él, etc.”.

Con los ojos velados por la vergüenza y por la indignación, el cura permaneció largo tiempo con la carta en la mano, sin querer avanzar una línea más, confuso y descorazonado; pero su conciencia no le remordía. El no había prejuzgado a nadie, ni había amparado la fuga de un criminal, ni había impedido la acción de la justicia, ni se había metido en asuntos que no le interesaban. Había querido, sí, que las autoridades fuesen más dulces y comprensivas con los presos; que no se condenara, sin oírlo, a un pobre desgraciado a quien abrumaban todas las circunstancias; que el pueblo, exaltado por pasiones inconfesables, no se convirtiese en una cueva de bandidos: porque no otra cosa podía solicitar su corazón de buen cristiano. Además, no podía apartarse de su memoria la confesión del sacristán, ni las terribles alusiones de la señora Ursulita, pero el secreto de la confesión le había atado la lengua para la eternidad.

—¡Ea! Apuremos este cáliz hasta el fin —se dijo a sí mismo y siguió leyendo:

“Ya tendremos ocasión, hijo mío, de conversar largamente sobre las amargas experiencias que has tenido en el pueblo. Espero que de ellas saldrás purgado de tus imperfecciones y fortalecido en tu fe, porque de buenos cristianos es recibir los golpes de la adversidad con el corazón ligero. He resuelto retirarte de ese curato del pueblo de arriba y traerte al Seminario para que domes aquí tu temperamento exaltado, metiendo en cintura tus infantiles arrogancias como maestro de los seminaristas del primer curso. Nada apacigua más a un corazón enfermo, hijo mío, que el contacto con los inocentes. No vendrás, pues, a enseñar teología, ni a predicar sermones, ni a escribir libros, como yo deseaba que lo hicieras y como tú, por necia obstinación, no quisiste que fuese. Confundiste tus caprichos con una vocación de sacrificio, y en esto me parece que se refleja el orgullo de que atrás te hablaba. Vendrás al Seminario menor a enseñar a los niños gramática y ortografía. A su vez, ellos te enseñarán

a ser humilde. Su trato ingenuo y dulce te curará, debes estar seguro, de la impotente melancolía en que te habrá sumido el áspero comercio con los hombres”.

Está bien, pensó el cura. Yo cargué voluntariamente esta cruz y Dios quiso enviarme un coro de ángeles o de niños para que me ayudasen a cargarla como cirineos. Sólo El sabe que no fue el orgullo sino la humildad, que no fue el demonio sino Cristo, quien me condujo por este camino del Calvario que sólo desemboca en la confusión y en las nieblas. ¿No me siento íntimamente feliz? ¿No me alegro hasta las lágrimas de que Cristo se haya dignado redimirme personalmente, sacándome de este purgatorio del páramo?

Monseñor terminaba de esta manera :

“Aunque esto que voy a decirte sólo debes tomarlo en sentido figurado, porque aquí no te habla el obispo sino el padre, haz cuenta, hijo mío, que se te volvió el Cristo de espaldas. Pero ten la seguridad de que lo vas a encontrar otra vez entre los niños, en el Seminario. Aunque imagino que ya estarás pensando que si no pudiste ser cura de pueblo, ahora serás monje en la Tebaida para volverte santo. Nada, hijo mío : por lo pronto yo te enseñaré a ser el buen sacerdote que Dios quiere que seas y de cuya humildad habré de enorgullecerme algún día, porque te considero mi obra y eso me basta”.

El buen cura tuvo un sobresalto de rebeldía, pero no tardó en bajar los ojos y agachar la cabeza. ¿Por qué, entre todos, habría de estar él equivocado? ¿No dijo Cristo, trazando una línea de conducta a quienes procuran imitarlo : “Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de Dios?”.

Tuvo la tentación de sentarse a escribir, para decirle al obispo con cuatro rasgos lo que seguramente no se atrevería a explicarle de viva voz, cuando se le presentara en el Seminario :

—Si pequé, no fue por orgullo sino por ligereza; no fue de malicioso sino de ingenuo, y Dios perdona y ama a los niños porque son ingenuos y no son maliciosos. El Cristo no se me volvió de espaldas, Excelencia, porque yo lo siento vivo y ardiente en mi corazón y mi corazón no me engaña. Verá Su Excelencia : lo que ocurre es que los hombres le volvieron las espaldas al Cristo.

Cuando emprendió aquella misma tarde camino para el monte, sin que nadie saliera a acompañarlo hasta la primera revuelta, ni le gritara nadie como suele decirse por cortesía: “¡Buen viaje! ¡Que Dios lo traiga pronto!”, el pueblo quedó sumido entre las nieblas y el humo de las quemazones del páramo. Lo vio un momento como lo viera la primera vez, desde la roca del Alto de la Cruz: blanco, limpio, luminoso, con la torrecita mocha de la iglesia que se erguía como la flor del frailejón, apuntando al cielo grisoso que cernía la luz de las primeras estrellas.

El demonio le trajo a la memoria aquellas duras palabras de Cristo a los Apóstoles:

“En cualquier casa que encontréis, permaneced allí, y no la dejéis hasta la partida. Y donde nadie os recibiere, al salir de la ciudad sacudid aún el polvo de vuestras sandalias, en testimonio contra sus moradores”.

Pero pudo más su compasión por el rebaño perdido, y así, cuando picó con los tacones los ijares de la mula para seguir adelante, dijo interiormente:

—¡Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen!

I N D I C E

<u>Cap.</u>		<u>Pág.</u>
I.	La noche del jueves	9
II.	La mañana del viernes	31
III.	El viernes por la noche	59
IV.	La madrugada del sábado	83
V.	El sábado por la noche	91
VI.	El domingo es fiesta	105
VII.	El domingo por la tarde	118
VIII.	Y el lunes	131

Organización Continental de los Festivales del Libro

Lima - Quito - Bogotá - Caracas - Río de Janeiro -
México - La Habana

MANUEL MUJICA GALLO
PRESIDENTE

MANUEL SCORZA
DIRECTOR GENERAL

Perú: Miguel SCORZA

Colombia: Alberto ZALAMEA

Ecuador: Jorge ICAZA

Venezuela: Juan LISCANO

Cuba: Alejo CARPENTIER

Director Técnico: FRANCISCO CAMPODONICO

La Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana que, a través de multitudinarios Festivales del Libro, se está formando en centenares de miles de hogares latinoamericanos, responde a una imperiosa necesidad: difundir los libros fundamentales de la cultura latinoamericana.

Tal objetivo sólo podía lograrse sacando el libro de los anaqueles y las bibliotecas y, ofreciéndolo en plena calle, en la plaza pública, reduciendo al mismo tiempo su precio hasta ponerlo, verdaderamente, al alcance de todos.

Esto es lo que han logrado los Festivales del Libro, que vienen publicando, semestralmente, las series que forman la Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana. En ella figuran las obras más importantes de la literatura, del ensayo y de la historia de América, incorporadas a través de la más rigurosa selección, especialmente cuidada en el caso de aquellos libros que, debido a prejuicios, a desconocimiento o falta de circulación, no habían alcanzado la difusión que merecen.

La Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana es el medio más adecuado para alcanzar un conocimiento integral de la rica y variada cultura latinoamericana, tan fal-seada por fáciles sumarios.

Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana

Dirigida por Manuel Scorza

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO PERUANO

1ª y 2ª Ediciones: 150,000 ejemplares

- 1) LUIS E. VALCARCEL, NARRACIONES Y LEYENDAS INCAS.
- 2) GARCILASO INCA DE LA VEGA, HISTORIA DE LA FLORIDA.
- 3) RICARDO PALMA, TRADICIONES PERUANAS (primera serie).
- 4) LOS MEJORES CUENTOS PERUANOS (tomo I).
- 5) LOS MEJORES CUENTOS PERUANOS (tomo II).
- 6) MANUEL GONZALEZ PRADA, ENSAYOS ESCOGIDOS.
- 7) JOSE SANTOS CHOCANO, POEMAS ESCOGIDOS.
- 8) JOSE DE LA RIVA AGÜERO, PAISAJES PERUANOS.
- 9) CESAR VALLEJO, POEMAS ESCOGIDOS.
- 10) JOSE CARLOS MARIATEGUI, ENSAYOS ESCOGIDOS.

SEGUNDO FESTIVAL DEL LIBRO PERUANO

1ª Edición: 150,000 ejemplares

- 11) ANONIMO, OLLANTAY, LEYENDAS Y POESIAS QUECHUAS.
- 12) GARCILASO INCA DE LA VEGA, RECUERDOS DE INFANCIA Y JUVENTUD.
- 13) RICARDO PALMA, TRADICIONES PERUANAS (segunda serie).
- 14) CIRO ALEGRIA, LOS PERROS HAMBRIENTOS.
- 15) JOSE MARIA EGUREN, POESIAS ESCOGIDAS.
- 16) MANUEL MUJICA GALLO, PRECURSORES DE LA EMANCIPACION.
- 17) ENRIQUE LOPEZ ALBUJAR, LOS MEJORES CUENTOS.
- 18) POESIA AMOROSA MODERNA DEL PERU.
- 19) CUENTISTAS MODERNOS Y CONTEMPORANEOS.
- 20) SATIRICOS Y COSTUMBRISTAS PERUANOS.

TERCER FESTIVAL DEL LIBRO PERUANO

1ª Edición: 500,000 ejemplares

- 21 y 22) CIRO ALEGRIA, EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO.
- 23) MARIANO AZUELA, LOS DE ABAJO.
- 24) ENRIQUE LOPEZ ALBUJAR, MATALACHE.
- 25) JOSE HERNANDEZ, MARTIN FIERRO.

- 26) HORACIO QUIROGA, CUENTOS DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE.
- 27) JORGE ICAZA, HUASIPUNGO.
- 28) LOS MEJORES CUENTOS AMERICANOS.
- 29 y 30) ROMULO GALLEGOS, DOÑA BARBARA.

CUARTO FESTIVAL DEL LIBRO PERUANO

2ª Edición: 250,000 ejemplares

- 31) RICARDO PALMA, TRADICIONES PERUANAS (tercera serie).
- 32) JOSE DIEZ CANSECO, ESTAMPAS MULATAS.
- 33) CARLOS CAMINO CALDERON, EL DAÑO.
- 34) PRIMER PANORAMA DEL ENSAYO PERUANO.
- 35) PABLO NERUDA, VEINTE POEMAS DE AMOR.
- 36) RICARDO GÜIRALDES, DON SEGUNDO SOMBRA.
- 37) ROMULO GALLEGOS, CANTACLARO.
- 38) ALEJO CARPENTIER, EL REINO DE ESTE MUNDO.
- 39 y 40) JOSE EUSTASIO RIVERA, LA VORAGINE.

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO VENEZOLANO

Director: JUAN LISCANO

1ª Edición: 300,000 ejemplares

- 41) ROMULO GALLEGOS, CANTACLARO.
- 42) TERESA DE LA PARRA, MEMORIAS DE MAMA BLANCA.
- 43) ARTURO USLAR PIETRI, LAS LANZAS COLORADAS.
- 44) ALEJO CARPENTIER, EL REINO DE ESTE MUNDO.
- 45) MARIANO PICON SALAS, LOS DIAS DE CIPRIANO CASTRO.
- 46) MIGUEL OTERO SILVA, CASAS MUERTAS.
- 47) LOS MEJORES CUENTOS VENEZOLANOS.
- 48) LAS MEJORES POESIAS VENEZOLANAS.
- 49) ARISTIDES ROJAS, LEYENDAS HISTORICAS DE VENEZUELA (tomo I).
- 50) SATIRICOS Y COSTUMBRISTAS VENEZOLANOS.

SEGUNDO FESTIVAL DEL LIBRO VENEZOLANO

1ª Edición: 250,000 ejemplares

- 51) LAS MEJORES PAGINAS DE SIMON BOLIVAR, antología de ARTURO USLAR PIETRI.
- 52) LOS MEJORES POEMAS DE ANDRES ELOY BLANCO.

- 53) LOS MEJORES CUENTOS DE JOSE RAFAEL POCATERRA.
- 54) ANTONIO ARRAIZ, PUROS HOMBRES.
- 55) RAMON DIAZ SANCHEZ, CUMBOTO.
- 56) ENRIQUE BERNARDO NUNEZ, CUBAGUA.
- 57) PICON SALAS: PEDRO CLAVER.
- 58) LOS MEJORES ENSAYISTAS VENEZOLANOS.
- 59) ARISTIDES ROJAS, LEYENDAS HISTORICAS DE VENEZUELA
(tomo II).
- 60) SATIRICOS Y COSTUMBRISTAS VENEZOLANOS (tomo II).

TERCER FESTIVAL DEL LIBRO VENEZOLANO

Homenaje a Rómulo Gallegos

1ª Edición: 250,000 ejemplares

- 61) REINALDO SOLAR.
- 62) LA TREPADORA.
- 63) DOÑA BARBARA.
- 64) CANTACLARO.
- 65) CANAIMA.
- 66) POBRE NEGRO.
- 67) EL FORASTERO.
- 68) SOBRE LA MISMA TIERRA.
- 69) LA BRIZNA DE PAJA EN EL VIENTO.
- 70) LOS MEJORES CUENTOS DE ROMULO GALLEGOS.

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO COLOMBIANO

Director: ALBERTO ZALAMEA

1ª Edición: 250,000 ejemplares

- 71) JOSE MARIA CORDOVEZ MOURE, REMINISCENCIAS DE SANTAFE Y BOGOTA.
- 72) TÓMAS CARRASQUILLA, SUS MEJORES CUENTOS.
- 73) EDUARDO ZALAMEA, CUATRO AÑOS A BORDO DE MI MISMO.
- 74) EDUARDO CABALLERO CALDERON, EL CRISTO DE ESPALDAS.
- 75) HERNANDO TELLEZ, SUS MEJORES PROSAS.
- 76) LOS MEJORES CUENTOS COLOMBIANOS.
- 77) LAS MEJORES POESIAS COLOMBIANAS.
- 78) JORGE ZALAMEA, EL GRAN BURUNDUN BURUNDA HA MUERTO.
- 79) GARCIA MARQUEZ, LA HOJARASCA.
- 80) GERMAN ARCINIEGAS, EL CABALLERO DE EL DORADO.

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO ECUATORIANO

Director : JORGE ICAZA

1ª Edición : 100,000 ejemplares

- 81) JUAN MONTALVO, CATILINARIAS.
- 82) JUAN LEON MERA, CUMANDA.
- 83) MARTINEZ, A LA COSTA.
- 84) LAS MEJORES POESIAS ECUATORIANAS (tomo I).
- 85) LOS MEJORES CUENTOS ECUATORIANOS (tomo I).
- 86) LOS MEJORES CUENTOS ECUATORIANOS (tomo II).
- 87) LEOPOLDO BENTEZ. LOS ARGONAUTAS DE LA SELVA.
- 88) PAREJA DIEZ CANSECO, MIGUEL DE SANTIAGO.
- 89) ENRIQUE TERAN, EL COJO NAVARRETE.
- 90) JORGE ICAZA, EL CHULLA ROMERO Y FLORES.

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO CUBANO

Director : ALEJO CARPENTIER

1ª Edición : 300,000 ejemplares

- 91) CIRILO VILLAVERDE, CECILIA VALDES.
- 92) JOSE MARTI, SUS MEJORES PAGINAS (tomo I). Antología de JOSE ANTONIO PORTUONDO.
- 93) JOSE MARTI, SUS MEJORES PAGINAS (tomo II).
- 94) MIGUEL DE CARRION, LAS IMPURAS.
- 95) LOS MEJORES POEMAS DE NICOLAS GUILLEN.
- 96) ALEJO CARPENTIER, EL SIGLO DE LAS LUCES.
- 97) LOS MEJORES CUENTOS CUBANOS.
- 98) LAS MEJORES POESIAS CUBANAS.
- 99) LOS MEJORES ENSAYISTAS CUBANOS.
- 100) LEYENDAS NEGRAS DE CUBA Y EL CARIBE.

¡PRONTO! BOLSILIBROS*

DE LA ORGANIZACION CONTINENTAL DE LOS
FESTIVALES DEL LIBRO

BAJO LA DIRECCION DE ALEJO CARPENTIER



EL HOMBRE QUE LEE VALE MAS

- 500 TITULOS
- LAS ULTIMAS NOVEDADES EUROPEAS Y MUNDIALES.
- NOVELA, CIENCIA, HISTORIA.
- ENSAYO, BIOGRAFIA, POESIA.
- PRECIOS POPULARES.
- Por primera vez, el "POCKET - BOOK".

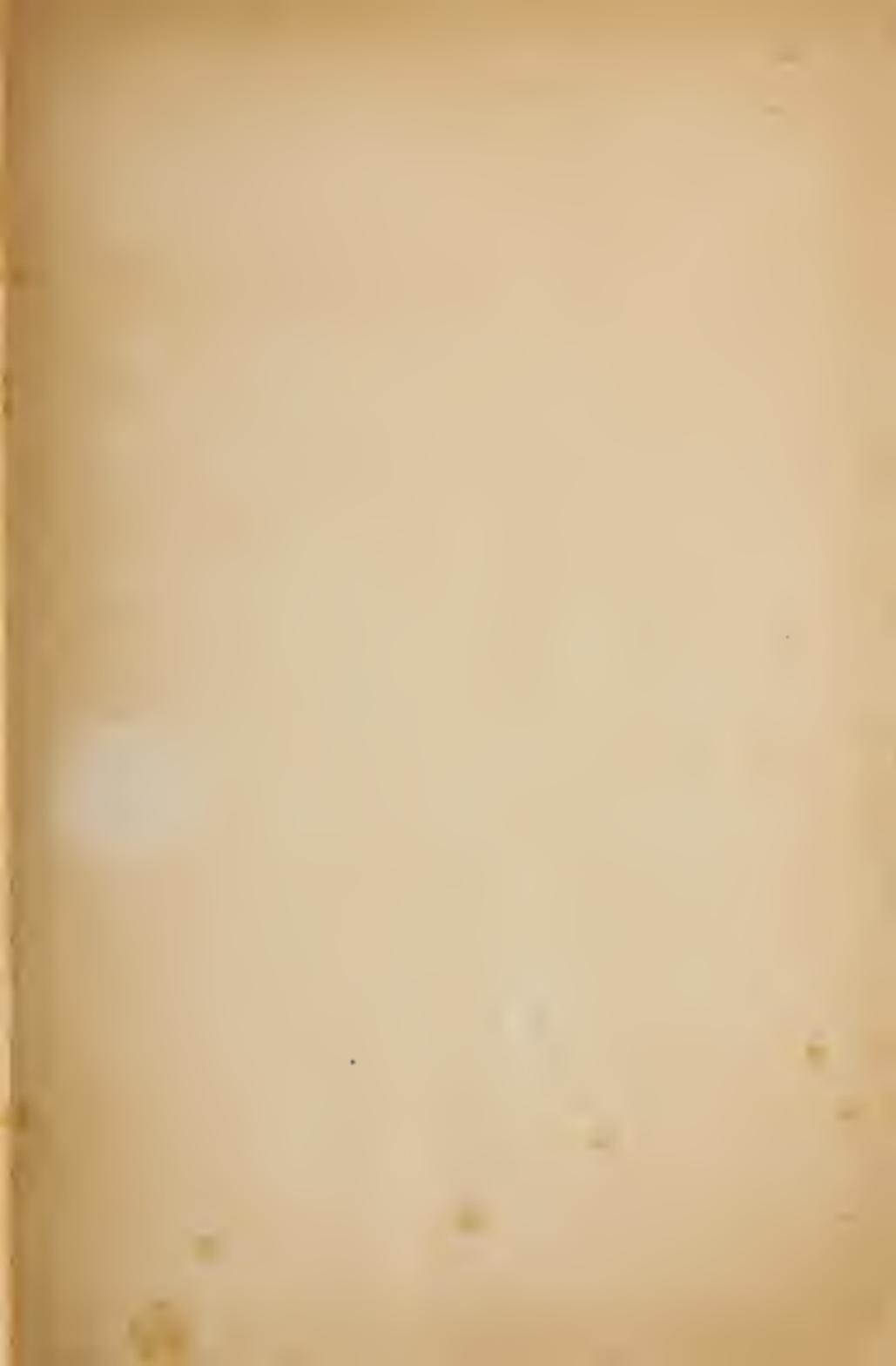
EN VENTA EN TODA AMERICA LATINA

Informes para Libreros:

EDITORA LATINOAMERICANA S. A.
ZAFIROS 285, BALCONCELLO, LIMA-PERU

* Marca registrada en todos los países.

IMPRESO EN LOS
TALLERES GRAFICOS TORRES AGUIRRE S. A.,
PARA EDITORA LATINOAMERICANA S. A., POR
CONVENIO ESPECIAL CON LA ORGANIZACION
CONTINENTAL DE LOS FESTIVALES DEL
LIBRO, REPRESENTADOS EN COLOMBIA POR
COMPANIA GRANCOLOMBIANA DE EDICIONES
S. A.



PQ8179.C11 C93
El Cristo de espaldas

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00214 9393

EL CRISTO DE ESPALDAS

Eduardo Caballero Calderón nació en Bogotá el 6 de marzo de 1910. Ocupó diversos puestos diplomáticos y viajó por toda América y parte de Europa, siendo nombrado Encargado de Negocios de Colombia en Madrid en 1947. En 1943 había sido ya elegido miembro de la Academia Colombiana de la Lengua y es también correspondiente de la Real Academia Española.

Su labor literaria es incesante. Escribe en distintos periódicos, y sus libros, publicados en la Argentina, España y Colombia, han alcanzado una gran audiencia, así se trate de sus novelas, de sus ensayos literarios o de sus obras políticas. Son los más notables: *Tipacoque*, *Breviario del Quijote* y *Ancha es Castilla*.

Culmina ahora la etapa de su madurez con el libro que ofrecemos a nuestros lectores. Pungente en su sencillez el título: *El Cristo de Espaldas*. Grande el tema, en su cotidiana ocurrencia: la lucha entre el bien y el mal. Clásica la unidad de acción, que abarca apenas el dramático curso de cinco días. Claro y llano el estilo, que dibuja los retratos de los personajes, pinta el escenario y narra los hechos sin divagaciones ni adornos supérfluos. Sostenido y creciente el interés que nos lleva a leer el libro de una sola sentada, como se dice familiar y gráficamente.

El Cristo de Espaldas está llamada a ser en breve tiempo una de las novelas clásicas de la América Latina. Sus episodios y personajes no son privativos de Colombia, sino que pertenecen a la historia latinoamericana.

**ORGANIZACION CONTINENTAL
DE LOS FESTIVALES DEL LIBRO**

